

AKAL / BÁSICA DE BOLSILLO

ASESINATOS ARCHIVADOS

Didier Daeninckx

Akal / Básica de Bolsillo / 206

Didier Daeninckx

Asesinatos archivados

Traducción: Equipo editorial con la colaboración de Esperanza Martínez Pérez



Diseño de portada
Sergio Ramírez

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

Título original
Meurtres pour mémoire

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-3758-3

Olvidando el pasado,
nos condenamos a revivirlo

Para Jocelyne y Aurélie

Capítulo I

Saïd Milache

La lluvia empezó a caer hacia las cuatro. Saïd Milache se acercó a la lata de gasolina para limpiarse las manchas de tinta azul de las manos. El tipógrafo, un joven pelirrojo que ya tenía la orden de movilización en el bolsillo, lo reemplazó en la Heidelberg.

Raymond, el encargado de la máquina, se había limitado a reducir la velocidad de impresión y recuperaba ahora la cadencia inicial. Los carteles se apilaban regularmente sobre la bandeja, al ritmo que marcaba el ruido de las ventosas al aspirarlos. De cuando en cuando, Raymond cogía un pliego, lo doblaba, comprobaba la referencia y después deslizaba el pulgar por los pliegues para verificar la calidad de impresión.

Saïd Milache lo observó un momento y se decidió a pedirle uno de los carteles de prueba. Se vistió rápidamente y salió del taller. El guarda paseaba de un lado para otro de la verja. Saïd le enseñó el justificante que había obtenido por la mañana, pretextando la enfermedad de un pariente. Tres excusas en menos de diez días, no dejaba de levantar sospechas.

El guarda cogió el papel y se lo guardó en el bolsillo.

—¡Hombre, Saïd, ni que te tocaran en la tómbola! ¡Si sigues así, no te molestes en traerlos hasta aquí, mándalos por correo!

Forzó una sonrisa. Sus relaciones con los compañeros de trabajo eran amistosas en la medida en que se esforzaba en no responder a sus incesantes observaciones.

Lounès le esperaba más arriba, en la esquina de la travesía Albinel. Tenía que cruzar el canal Saint-Denis y recorrer los barracones de madera y chapa que invadían las orillas. El puente dibujaba una curva y, si el tiempo era claro, se podía ver entera la basílica del Sacre Coeur detrás de la enorme chimenea de ladrillo rojo de Saint-Gobain. Aminoraba el paso y se entretenía moviendo la cabeza para situar la basílica sobre las colinas de azufre almacenadas en el recinto de la fábrica. Para conseguirlo, se agachaba a veces sin preocuparse de la extrañeza que producía en los viandantes. Más abajo, en el muelle, una grúa extraía de las profundidades de una gabarra unos bloques de metal que una Fenwick transportaba inmediatamente hacia los hangares de Prosilor.

Cruzó la avenida Adrien Agnès y se adentró en el estrecho laberinto de chabolas. Todavía vivían algunos franceses en las casas circundantes. Dos señoras mayores, con las bolsas de la compra llenas, charlaban en voz alta comparando la calidad del aceite Dulcine y la

margarina Planta. El bar-tienda de comestibles del Bretón estaba vacío, salvo un chico que jugaba al *flipper*.

Casa Rosa, Marius, el Café de la Justice, el Amuse Gueule, el Bar du Gaz; bares, restaurantes y hoteles cada vez eran más cutres. Con los años los propietarios habían vendido el negocio a los argelinos, y éstos conservaban los rótulos originarios.

Única excepción, el Djurdjura, último comercio árabe antes del barrio español. Saïd empujó la puerta de cristal y recorrió la amplia sala. El olor habitual, mezcla de serrín y humedad, procedía de la tarima desinfectada con lejía. Una docena de hombres, sentados en sillas alrededor de una estufa de carbón, observaba a dos jugadores de dominó.

Saïd se sentó discretamente en la barra.

—¿Ha llegado Lounès?

El dueño negó con un gesto y le sirvió un café.

A través del cristal Saïd podía ver un caserón imponente, el más importante del barrio aparte de las fábricas. A decir verdad, sólo un campanario provisto de tres campanas indicaba que no se trataba de un taller más. Él solo había cruzado una vez el umbral del convento de Santa Teresa de Jesús, con motivo de la boda de un compañero de trabajo catalán.

El chasquido de las fichas de dominó en la mesa de formica amortiguó el sonido del carillón de la puerta de entrada.

—Hola Saïd. Llego tarde, el jefe no quería dejarme salir…

Saïd se dio la vuelta y puso la mano en el hombro de Lounès.

—Lo importante es que has venido. Pasemos al despacho, apenas nos queda una hora.

Se encontraban en una habitación minúscula atestada de cajas y botellas. Sobre una mesa se apilaban papeles y facturas alrededor de un teléfono.

Saïd descolgó un cartel publicitario de los vinos Picardy. Quitó el marco con infinitas precauciones, sacó una hoja escondida entre el cartón de protección y la reproducción. Lounès se había sentado detrás de la mesa.

—¿Has visto? El Reims no aguantará. Estoy seguro de que perderá antes de que termine el campeonato. ¡Tres a uno contra el Sedán! Otro partido como ése y el Lens se coloca líder.

—Tenemos cosas más serias que hacer que hablar de fútbol. Llama por teléfono a los quince jefes de grupo. Simplemente diles «REX», ellos ya saben de qué va. Mientras tanto, yo iré a ver a los responsables del sector. Recógeme en Pigmy-Radio con el coche dentro de tres cuartos de hora. No te olvides de volver a poner la lista en su sitio.

* * *

Saïd y Lounès aparcaron el Citroën 4 CV en la Villette, en el bulevar Mac Donald, justo detrás de la parada del autobús de circunvalación, y luego se dirigieron hacia el metro. Un viento helado dispersaba las hojas caídas; la lluvia fina y persistente empapó enseguida la delgada tela de sus chaquetas. El cuartel de las Fuerzas Especiales parecía tranquilo a pesar de que el estacionamiento estaba abarrotado de los Berliet azules de los antidisturbios.

Un metro abandonaba la estación. El revisor les hizo esperar un instante antes de picarles los billetes. Lounès se dirigió hacia el plano de la red y señaló con el dedo la estación de Bonne-Nouvelle.

—Podemos cambiar en la estación del Este y después en Strasbourg-Saint-Denis, ¿o quizá Chaussée d'Antin directo?

—Por Chausée d'Antin parece más largo pero no tendremos que hacer más que un cambio. Llegaremos más rápido.

En cada parada, el metro se llenaba de argelinos. En Stalingrad estaba abarrotado; los escasos europeos se miraban angustiados. Saïd sonreía. Se acordó de repente del cartel que había pedido a Raymond antes de salir de la imprenta. Lo sacó del bolsillo, lo desplegó con cuidado y se lo enseñó a Lounès.

—¡Mira lo que está saliendo por mi máquina desde hace dos días!

Por encima de una foto de Giani Esposito y de Betty Schneider, un breve texto presentaba la primera película de Jacques Rivette, cuyo título ocupaba todo el ancho de la hoja: PARÍS NOS PERTENECE.

—¿Te das cuenta, Lounès? París nos pertenece.

—Por una noche… Si fuera por mí, les dejaría París con mucho gusto. París y todo lo demás a cambio de un pueblecito del Hodna.

—Ya me figuro su nombre.

—¡Entonces dilo!

Saïd se puso serio.

—No te preocupes, si estamos aquí esta noche es para poder pasar nuestra vejez en Djebel Refaa.

* * *

A las siete y veinticinco del martes 17 de octubre de 1961, Saïd Milache y Lounès Tougourd subían las escaleras del metro Bonne-Nouvelle. En el Rex proyectaban *Los cañones de Navarone;* varios centenares de parisinos esperaban en fila la sesión de las ocho.

Roger Thiraud

No era sólo la Edad Media lo que pesaba sobre la clase y le confería

una atmósfera lánguida. También contribuían los primeros fríos y la lluvia que ensombrecían el viejo caserón, así como la comida demasiado copiosa del comedor del instituto.

Al principio de la clase, Roger Thiraud se preguntaba con inquietud si no había que buscar el origen de esa apatía en la orientación que le estaba dando a la lección. Desde que su mujer estaba encinta, él se mostraba fascinado por la historia de la infancia e introducía frecuentes reflexiones sobre el tema en sus explicaciones.

¿A quién le había interesado alguna vez la condición del lactante en el siglo XIII? ¡A nadie! Sin embargo, a él le parecía que ese tipo de investigación era tan importante como las que decenas de eminentes especialistas habían llevado a cabo sobre acontecimientos tan decisivos como la circulación de las monedas de bronce en la cuenca de Aquitania o la evolución de la alabarda en el Bajo Poitou.

Tosió y reanudó la exposición.

—… Después del periodo de lactancia natural (no se atrevía a decir «al pecho» delante de sus alumnos) era frecuente en el siglo XIII ver que la nodriza, cuando el bebé echaba los dientes, masticara el alimento antes de pasarlo a la boca del niño.

Los veintidós alumnos se despertaron de golpe y manifestaron ruidosamente su asco ante costumbre tan repugnante. Roger Thiraud dejó que se relajaran un poquito y luego golpeó la pizarra con el extremo de la regla.

—Hubert, acérquese. Suba a la tarima y escriba los títulos de las obras siguientes, que todos, repito *todos,* deberán consultar en la biblioteca del instituto. En primer lugar, *De proprietatibus rerum* de Barthelemy el Inglés, capítulo seis, con la ventaja añadida de que les obligará a profundizar en la lengua latina. En segundo lugar, las *Confessions* de Guibert de Nogent. La clase ha terminado. Nos volveremos a ver el viernes a las tres.

El aula se quedó vacía a excepción de un muchacho que recibía dos veces por semana una clase particular de latín. El adolescente vivía en la plaza del Cairo; habían cogido la costumbre de subir juntos el Faubourg Poissonnière comentando los acontecimientos del día. Antes de llegar a los bulevares, Roger Thiraud pretextó unas compras para dejar al muchacho. Cogió la calle Bergère, dio la vuelta a la manzana donde se ubica el edificio del periódico *l'Humanité* y se encontró de nuevo en el bulevar. Observó a su alumno que, doscientos metros más arriba, cruzaba corriendo la calle en medio de una marea de coches. Caminó en esta dirección hasta llegar al Midi-Minuit. Entró furtivamente en el vestíbulo, pagó su localidad y penetró en la sala a oscuras. Entregó la entrada a la acomodadora junto con una moneda de veinte céntimos. La película ya había comenzado; tendría que esperar al principio de la siguiente sesión para ver el título.

Todas las semanas, el martes o el miércoles, esas dos horas de ensueño recompensaban el esfuerzo que hacía para pasar desapercibido y sentarse en aquel lugar de perdición. ¡Para no parecerse a los demás!

Se imaginaba el escándalo que provocaría entre sus colegas si se enteraban de que Thiraud –sí, hombre, el joven profesor de Latín e Historia, cuya mujer espera un hijo– frecuentaba los cines donde proyectaban películas indignas de un espíritu científico.

¿Cómo explicarles su pasión por lo fantástico? ¡Ninguno de ellos leía a Lovecraft! Apenas si conocían a Edgar Allan Poe. Así que Boris Karloff y Donna Lee en *The body snatcher*… La película duró menos de hora y cuarto; salió de la sala dando vueltas al nombre del director: Wise, Robert Wise. Un cineasta a tener en cuenta.

Vaciló entre el Tabac du Matin y el autoservicio situado en la planta baja de *l'Humanité*. Podía tomar un café allí, llevárselo a una mesa en una bandeja y, saboreándolo bien calentito, entretenerse viendo desfilar a las grandes firmas del periódico, las más ilustres figuras del Partido Comunista. Thorez, Duclos, incluso Aragon venían a tomar algo aquí entre dos reuniones o a esperar para corregir los ferros.

Desafortunadamente, esa noche se había retrasado demasiado; se limitó a una consumición en la barra. *Le Monde* dedicaba sus titulares a las dificultades del tratado franco-alemán y a los insistentes rumores que circulaban por los pasillos del vigésimo segundo congreso, allá en Moscú.

Antes de cruzar el bulevar Bonne-Nouvelle, bajo la marquesina luminosa del Rex que anunciaba la *Féérie des Eaux,* compró un ramo de mimosas y dos pasteles. Pensó que dentro de poco tendría que comprar tres, y sonrió. Inmerso en sus pensamientos, poco faltó para que le atropellaran dos jóvenes, un chico y una chica, montados en una motocicleta color naranja.

Le quedaban sólo quince escalones de la calle Notre-Dame de Bonne-Nouvelle para encontrarse de nuevo en casa. Miró mecánicamente al metro, tal como lo hacía años antes cuando esperaba a Muriel. Dos argelinos, con el cuello de la chaqueta subido para resguardarse del viento, aparecieron en ese mismo instante. El reloj de Roger Thiraud marcaba las siete y veinticinco del martes 17 de octubre de 1961.

Kaïra Guelanine

Las dos ovejas recularon, asustadas, cuando la motocicleta abandonó el camino y se detuvo al borde del campo donde pastaban.

Aounit mantenía el ralentí acelerando intermitentemente. Se llevó el índice y el pulgar de la mano libre a la boca, dio un silbido prolongado, luego hizo señas al muchacho para que se acercara.

—Tienes que volver enseguida. Papá te necesita en la tienda.

—¿Y las ovejas?

—¡No tengas miedo, que no se largarán! ¿Qué quieres que hagan… que se tiren al Sena? Venga, monta detrás.

El chico se sentó en el asiento de la Flandria, puso los talones en los pernos de la rueda trasera y se agarró firmemente a la base del sillín. Aounit conducía muy rápido, esquivando con destreza los charcos de agua y barro. Aunque parecía que las continuas maniobras concentraban toda su atención, no dejaba de hablar con su hermano.

—Esta noche voy a París con Kaïra. No es el mejor momento, aún quedan por preparar tres reses para la boda del hijo de Latrèche. ¿No tienes que ir a la escuela mañana?

—No, el profe está enfermo y ya sabes que el martes por la noche tengo partido. Además, jugamos contra el equipo de la avenida de la República.

—¿En el campo de Cimetière des Vieux?

—No, en Les Hirondelles. ¡Encima juegan en casa! ¡No va a ser fácil! Si no voy, pondrán de portero al chaval de El Oued para sustituirme. Es un auténtico colador.

—Se dice un coladero.

La motocicleta se adentró por el camino de sirga a la altura de la Ile Fleurie para rodear los almacenes de Papelerías Reunidas. Comenzaba a caer una niebla fría mezclada con lluvia, que envolvía ya los tejados de la fábrica de gas.

Entraron en tromba a las chabolas de la calle de Prés. Las detonaciones del motor de dos tiempos atrajeron a una banda de pilluelos que intentaban, sin éxito, subir a la parte trasera de la moto. Aounit aminoró la marcha y se dirigió hacia una de las pocas viviendas de cemento. Un hombre llevaba al hombro un cordero abierto en canal. Con el pie abrió la puerta en la que figuraba en mayúsculas la palabra CARNICERÍA escrita con tiza. La ventana de la casa servía de mostrador; dos clientes esperaban en la calle a que les atendieran. Al lado, unos hombres se afanaban en terminar el tejado de una chabola clavando tiras de neumáticos usados en las juntas de los tablones.

Aounit entró en la tienda empujando su Flandria, cruzó la habitación y llegó a un patio interior. Hacía cinco años que su padre había comprado, por 300.000 francos viejos[1], la casa 247 a una familia de Gèmar que se volvía a su tierra. En aquel momento, en 1956, no disponía más que de tres habitaciones y el patio. La tienda, el dormitorio de los padres, donde dormían también los niños más

pequeños, y el cuarto que compartía con su hermano y Kaïra. Al cabo de un tiempo, su padre y él habían construido otras dos habitaciones, lo que permitía que su hermana mayor fuera más independiente.

Kaïra le esperaba en el patio. No se parecía a las demás mujeres de las chabolas. A los 25 años, todas sus amigas ya hacía tiempo que estaban casadas y arrastraban detrás un ejército de arrapiezos. Cualquier patio parecido a éste constituía, junto con el Prisunic de Nanterre, su limitado universo. ¡Un horizonte de solares encajonado entre las fábricas y el Sena, a diez minutos en autobús de los Campos Elíseos! Kaïra conocía a mujeres que no habían pisado fuera del barrio desde hacía dos o tres años.

Su madre tampoco. El día que murió, Kaïra juró que su vida no se parecería a la de ellas. Cuidaba de sus hermanos y hermanas, de todo lo necesario para la vida cotidiana de seis personas. La compra, la cocina, el repaso de las lecciones, la limpieza de la casa, el cuidado de la ropa, la provisión de leña, de carbón y, sobre todo, de agua. Esos cubos que había que ir a llenar, tanto en invierno como en verano, a la fuente de la plaza y almacenarlos en el patio para la cocina, la colada, el aseo, la tienda…

Mantenía su juramento y, en contrapartida a esa sumisión que aceptaba por la felicidad de los suyos, se liberaba, insensiblemente, del fardo de las tradiciones. Esa lenta evolución estaba marcada a los ojos del vecindario por repentinas audacias inimaginables en una «auténtica mujer argelina».

Kaïra se acordaba de la primera mañana en la que, temblorosa, se había atrevido a salir con pantalones. No unos vaqueros como los que llevaban sus hermanos, sino unos amplios de tergal que escondían sus formas lo mismo que un vestido. Nadie se había permitido comentario alguno en voz alta a su paso, apenas algunas sonrisas congeladas al sostenerles la mirada. Orgullo no le faltaba; habría preferido morir antes que confesar que se había entrenado semanas enteras en casa, para afrontar el juicio de los demás.

Avanzó hacia su hermano con un vaso en la mano.

—Toma, bebe, es un zumo de naranja. Bueno, ¿qué? ¿Te decides a venir con nosotros?

—Me mantengo en lo dicho. Te acompaño hasta tu cita y me largo al club cuanto antes. Esta noche los Chats Sauvages salen en el programa de Albert Reisner. Seguro que me pierdo el principio.

—Si te molesta llevarme, cogeré el autobús y el metro.

Aounit abrazó cariñosamente a Kaïra y la besó con suavidad en la mejilla.

—Tiene gracia lo susceptible que te pones cuando se trata de tu amor…

Ella se deshizo con viveza del abrazo y fue a refugiarse a la cocina.

—¡Piensa lo que quieras! Para estar en París a las siete y media con los transportes públicos tendría que salir ahora mismo. Todavía tengo que ver a gente de los otros barrios de Nanterre. Para colmo, el cuscús aún no está preparado y no serás tú quien se ocupe de dar de comer a los pequeños.

—Olvida lo que te he dicho. Sólo quería picarte. ¿A qué hora termina?

—No lo sé, a las diez o las once, pero no te preocupes, Saïd y Lounès me traerán a casa. Han quedado con uno de sus amigos que vive en la calle de la Garenne, cerca de los talleres de Simca. Mañana por la mañana bajarán a la Porte Maillot, tomarán la circunvalación hasta la Villette. Lounès ha dejado el coche muy cerca de allí.

—Sería más sencillo que fuerais todos juntos a recoger el coche esta misma noche. Así no tendríais que molestar al tipo de la Garenne.

—Quizá tengas razón, pero tenemos consignas. ¡Estaremos más seguros en el metro que en un coche después de la sorpresa que les preparamos!

Mientras hablaba, Kaïra amasaba el cuscús y deshacía con los dedos los grumos de la sémola. Con una cuchara metió unos huevos en una cacerola de agua hirviendo, después puso la mesa para los niños. Sacó tres yogures de la fresquera de alambre que colgaba de la pared.

—Puedes decir a padre que ya está todo.

Salió de la casa y, ya en la calle, saludó a los clientes de su padre. Se dirigió a las casas de la Compañía de Aguas. Allí se alojaban los primeros habitantes del barrio. La Compañía, no se sabe por qué oscuras razones, había dejado baldío el solar, abandonando a su suerte cuatro casas rudimentarias, una especie de cajas rectangulares de ladrillo rojo. Varias familias se habían instalado allí y habían edificado una planta con chapas y tablones. Al cabo de meses y años, otras familias se habían unido a ellas y, hoy en día, las casas constituían el centro y punto de encuentro de una amalgama de chabolas y casuchas donde se hacinaban cinco mil personas: el suburbio de Prés.

Antes de subir al piso, Kaïra encendió una cerilla para iluminar los peldaños irregulares. Tres mujeres y un hombre la esperaban en una habitación escuetamente amueblada. Cuando entró, todos se levantaron y, uno tras otro, se llevaron la mano del corazón a la frente después de saludarla.

—Disponemos de poco tiempo, de modo que escuchadme bien. Nuestro objetivo, en primer lugar, es el puente de Neuilly. Tenéis que juntaros con los de Bezons, Sartrouville y Puteaux en el muelle Dion Bouton, frente a los jardines Lebaudy, a las ocho menos cinco. La gente de Colombes, Courbevoie y Asnières estarán al otro lado del puente, en el muelle Paul Doumer, a la altura de la Grande Jatte. Para llegar a Neuilly, tenéis que pasar por Puteaux evitando las vías

principales. Sobre todo, tened cuidado de no acercaros al Mont Valérien, está lleno de polis. Creo que el itinerario más seguro es la calle Carnot y los Bas-Rogers, hacia el antiguo cementerio. Una vez allí, esperad discretamente a que sean las ocho menos cinco y entonces subid al puente de Neuilly. Kémal y sus hombres estarán allí y os indicarán lo que se ha decidido.

Se levantó, pero el hombre la retuvo por la manga del jersey.

—Kaïra, ahora ya no importa, puedes decírnoslo. ¿Por dónde bajamos? ¿Por los Campos Elíseos?

—¿Quién sabe? ¡Quizás a partir de ahora la plaza de la Estrella pase a llamarse de la Estrella y de la Media Luna!

Aounit esperaba al final de la calle. Kaïra llegó a su lado corriendo de puntillas sin conseguir evitar los charcos de agua y de barro. Se ciñó un pañuelo a la cabeza, se montó en la motocicleta detrás de su hermano y se agarró a su cintura. Cruzaron las calles de Nanterre vacías a causa de la lluvia. Al pasar, reconoció la fábrica de arena con su plataforma elevadora y, justo después de los jardines obreros, el depósito de agua alzado sobre cuatro patas de hormigón. Tres días antes, un equipo llegado del barrio se había atrevido, en pleno día, a escalar el edificio para añadir la I y la S a las tres letras OAS pintadas en blanco, lo cual convertía la reserva de agua en un OASIS. Entraron en París por el puente de Puteaux y alcanzaron la avenida Foch a través del parque de Bagatelle y el Bois de Boulogne. Aounit se pasaba el día recorriendo la ciudad para una pequeña empresa de reparto a domicilio; conduciendo con gran seguridad, evitó los cruces de mayor tráfico a la caída de la tarde. Cuanta más prudencia le suplicaba su hermana, más forzaba el motor. Pasó en ámbar el último semáforo del bulevar Bonne-Nouvelle y estuvo a punto de atropellar a un peatón distraído que cruzaba por el paso de cebra con un ramo de flores y una caja de pasteles. Kaïra lanzó un grito.

—Para, Aounit, ya hemos llegado. Saïd me espera a la salida del metro delante de un estudio de fotografía. Ven conmigo, al menos para saludarle.

Aounit ató la motocicleta a una señal de prohibido aparcar; subieron unas decenas de metros por el bulevar. Aún no había nadie delante del estudio Muguet, pero tuvieron que aminorar el paso porque delante de ellos caminaba el hombre que habían estado en un tris de atropellar. Por suerte, se metió por una calle a la derecha que iba a dar a unas escaleras. En aquel mismo instante, Kaïra distinguió el rostro de Saïd que surgía de la boca del metro; a pesar del frío, sintió que sus mejillas le quemaban. Respiró profundamente por la nariz para no abalanzarse sobre él.

En la fachada de la joyería que hacía esquina con la calle de Notre-Dame de Bonne-Nouvelle, un imponente reloj con péndulo de cobre

marcaba las siete y veinticinco. El 17 de octubre de 1961.

[1] Los francos viejos eran la moneda legal en Francia hasta 1960, fecha en que fueron sustituidos por los nuevos. Cada franco nuevo valía 100 francos viejos. A su vez, en 1999 fueron sustituidos por el euro. *[N. de la T.]*

Capítulo II

En ese mismo instante, un silbato estridente cubrió el ruido de la circulación y el rumor confuso que se elevaba de la multitud arracimada en las aceras.

Centenares de musulmanes diseminados por los bares, delante de los escaparates de las tiendas, en las calles adyacentes al bulevar, respondieron a la señal e invadieron la calzada. En pocos minutos se organizó la manifestación. La gente sacaba de debajo de los abrigos unas pancartas improvisadas; a lo lejos se desplegaba una banderola: «No al toque de queda». Un grupo de mujeres argelinas vestidas con trajes tradicionales se puso en la cabecera, lanzando esos gritos agudos que los franceses denominan «yú-yú». Sin cesar de gritar, agitaban sus pañuelos de hilos dorados por encima de las cabezas. Otros manifestantes que estaban esperando en los pasillos del metro se les unieron. Ahora, más de un millar de argelinos bloqueaban el cruce Bonne-Nouvelle.

El dueño del Madeleine-Bastille tenía ya experiencia en noches de disturbios. Habían roto la cristalera de la esquina de su cervecería en dos ocasiones. La primera en 1956, cuando arremetieron contra el periódico *l'Humanité* para protestar por la invasión soviética de Hungría. La segunda en mayo de 1958, en el transcurso de una demostración de fuerza gaullista o antigaullista, ya no se acordaba bien. Con la ayuda de los camareros y de unos cuantos parroquianos metió sillas y mesas, y luego comenzó a pegar unas tiras anchas, adhesivas, por el interior de los cristales, una técnica que utilizó cuando los bombardeos y que ya había demostrado su eficacia. Enfrente, el periódico, mejor preparado, bajaba un cierre metálico.

Roger Thiraud volvió a bajar los peldaños de la callejuela, intrigado por el clamor. Vio pasar a muchos musulmanes y distinguió una pancarta con el eslogan repetido a plena voz a tres metros de él: «Argelia para los argelinos».

¡Así que se habían atrevido! La guerra, que, para la inmensa mayoría de los franceses, se reducía a una secuencia de comunicados, unas veces eufóricos, otras vacíos, esa misma guerra cobraba realidad en pleno centro de París. El portero del edificio salió a ver qué pasaba con una servilleta en la mano: le habían interrumpido la cena.

—¡Es el colmo! Se creen que están en Argel… Espero que el Ejército acuda para barrer de mi vista a todos esos moros de mierda.

—No parecen muy temibles. Hasta llevan a sus mujeres y a sus hijos…

—Se nota que no ve el telediario, profesor. Sus métodos consisten

en el pillaje y las matanzas. Utilizan a sus mujeres y a sus chavales para colocar las bombas. Si quiere saber mi opinión, no hay que dejar ni uno vivo.

Roger Thiraud se alejó preocupado. Saïd y sus amigos se encontraban delante del Rex. La cola ante la taquilla para *Los cañones de Navarone* se había disgregado. Aounit se afanaba en abrir la cadena antirrobo de su Flandria. Quinientos metros más abajo, a medio camino de la Ópera, el capitán Hernaud de la tercera compañía de CRS[1] recibió la orden de dispersar la manifestación que se formaba en Bonne-Nouvelle. La segunda y cuarta compañías debían a su vez reforzar la brigada de Fuerzas Especiales desplegada por los alrededores del puente de Neuilly, donde se podían ver importantes concentraciones de «franceses musulmanes». Otros destacamentos de la Policía Nacional caminaban hacia Stalingrad, estación del Este y Saint-Michel. La radio del coche de enlace no cesaba de recordar las consignas: «Abortad la manifestación, no vaciléis en utilizar las armas si la situación lo requiere. Quedáis autorizados para juzgar en cada caso el medio de respuesta adecuado si hubiera confrontación física».

El capitán metía prisa a sus hombres para que entraran en los Berliet azul oscuro.

—No olvidéis ajustaros las gafas. Empezaremos con las granadas, pero con este viento cabe la posibilidad de que nos las traguemos también nosotros.

La camioneta donde se almacenaban las armas estaba vacía. El reglamento preveía que sólo una cuarta parte de los hombres de la compañía dispondría de armas al comienzo de una acción. La norma quedaba temporalmente suspendida. Incluso se habían distribuido los cuatro fusiles lanzagranadas y los ocho fusiles ametralladora.

El capitán Hernaud dio la señal de salida; la columna subió el bulevar Montmartre y el bulevar Poissonnière con los faros encendidos y las sirenas a toda marcha, saltándose las direcciones prohibidas. Los camiones se detuvieron en el cruce de la calle Sentier. Los CRS se agruparon bajo el rótulo de Seguros Zurich, mientras que una decena de ellos obligaba a evacuar los coches que les separaban de los manifestantes. Cuando terminaron, los Berliet formaron una barricada que obstruía totalmente la calzada. Mientras tanto, otros policías se atrincheraban detrás de los automóviles estacionados. Desde ese improvisado parapeto, lanzaron las primeras granadas lacrimógenas. Pero una ráfaga de viento desvió el gas contra las fachadas, dispersando las nubes de humo. El comandante ordenó el alto el fuego y agrupó a sus tropas ante los faros de los camiones. Los manifestantes recibieron con carcajadas el fracaso de la ofensiva policial, pero algunos se sentían preocupados al ver a esa masa de soldados, calzados con botas de caña alta de un negro reluciente, con los cascos

oscuros separados por un saliente de metal brillante y esa ausencia de rostro escondido tras las gafas de motorista. La luz cegadora de los faros no permitía distinguir sus armas. Por supuesto, llevaban porras de madera, gruesas como bates de béisbol y largas como escobas, chismes y armas en el puño, muy cortas, que lanzaban destellos.

De repente, la enorme silueta se puso en movimiento, acompañada de un clamor sostenido. Lentamente al principio y ganando velocidad a cada zancada. Nada parecía poderla detener una vez en marcha; el martilleo de las botas sobre el pavimento reforzaba la sensación de fatalidad. Los CRS que componían la primera línea parecían gigantescos, hinchados por los chalecos antibalas debajo de los chaquetones de cuero. Los argelinos no reaccionaban, como si se hubieran quedado clavados de estupor en su sitio. Se notaba una clara vacilación en sus filas; ya era demasiado tarde para organizar la defensa. Todos lo vieron claro de repente. La multitud retrocedió en bloque hacia el Rex, donde se produjo el choque. Una lluvia de palos se abatió sobre las cabezas desnudas, mal protegidas por brazos y manos. Un policía tiró a una mujer al suelo y la molió a patadas; luego, le asestó una buena tunda de bofetadas y se alejó. Otro golpeaba con todas sus fuerzas el vientre de un chico con una porra, tan fuerte que la madera se rompió, pero él seguía ensañándose con la parte puntiaguda. Su víctima intentaba agarrar el palo con las manos para protegerse, sin éxito, pues tenía los dedos rotos.

Se oyeron unas detonaciones delante de la piscina Neptuna, donde había aparcado un autocar. En su interior, tres agentes apuntaban cuidadosamente a los fugitivos y no fallaban ni un blanco. Un Ariane rojo y crema, aparcado a menos de veinte metros, detrás del cual se parapetaban numerosos musulmanes, estaba acribillado por las balas. La gente corría gritando por todas partes. Debido al pánico, tropezaba contra los cuerpos caídos en las terrazas de los bares, entre las mesas volcadas, los vasos rotos y la ropa manchada de sangre.

Kaïra y Saïd estaban allí, atrapados bajo el fuego. Aounit yacía sobre la acera, al otro lado, cerca de su motocicleta. Muerto o herido. Las ráfagas se espaciaron: se hizo el silencio, sólo interrumpido por los estertores de los agonizantes. ¡Una simple tregua! Los CRS rehicieron filas y volvieron al asalto. Un movimiento desordenado de la multitud lanzó a Kaïra a primera línea, frente a una especie de robot rabioso con la porra levantada. Un miedo atroz y absoluto la inmovilizó, le cortó el aliento; tuvo conciencia de que la sangre se retiraba de golpe de su rostro. A pesar del frío, la piel de gallina se le cubrió de sudor. No podía apartar los ojos de ese ser espantoso que iba a matarla. La mano se abatió sobre ella, pero Saïd, con un esfuerzo terrible, se interpuso para protegerla con su cuerpo. La brutalidad del golpe les derribó a los dos. El policía no dejó de golpear a Saïd hasta que se

cansó. Kaïra temía efectuar el menor gesto que pudiera hacer creer a su agresor que aún vivía. Saïd, encima de ella, hacía lo mismo, pensaba Kaïra, hasta el momento en que identificó el líquido pegajoso y acre que empapaba su abrigo. El miedo que sentía se suavizó en comparación con el inmenso dolor que se apoderó de todos los átomos de su ser. Levantó el cadáver de su novio gritando:

—¡Asesinos! ¡Asesinos!

Dos policías la agarraron, se la llevaron hacia uno de los autobuses de la RATP[2], requisados para transportar a los manifestantes apresados al Palacio de Deportes y el Parque de Exposiciones de la Puerta de Versalles.

Únicamente Lounès estaba indemne e intentaba dispersar a la multitud por las callejas adyacentes a los bulevares. Numerosos transeúntes prestaban ayuda desinteresada a los CRS y les señalaban los portales, los escondrijos en los que intentaban ocultarse hombres y mujeres aterrorizados.

Eran cerca de las ocho. En los muelles situados más abajo del puente de Neuilly, dos inmensas columnas formadas por los habitantes de las chabolas de Nanterre, Argenteuil, Bezons, Courbevoie se pusieron en movimiento. Responsables del FLN[3] los dirigían y canalizaban los grupos que no cesaban de unirse a ellos. Eran por lo menos seis mil; las cuatro vías del puente parecían estrechas ante tamaña comitiva. Dejaron atrás el extremo de la isla de Puteaux y entraron en Neuilly. Ninguno llevaba armas, ni siquiera navajas, ni una piedra pequeña en el bolsillo. Kémal y sus hombres controlaban a los individuos sospechosos; habían expulsado a media docena de tipos que buscaban bronca. El objetivo de la manifestación estaba claro: obtener el levantamiento del toque de queda impuesto desde hacía una semana sólo a los franceses musulmanes y, al mismo tiempo, dejar constancia de la representatividad del FLN en la metrópoli.

La vía estaba libre; pudieron discernir a lo lejos el Arco de Triunfo iluminado con ocasión de la visita oficial del sah de Persia y Farah Dibah. Como de costumbre, las mujeres tomaron la cabecera. Incluso se podían ver cochecitos de niño. ¿Quién podía sospechar que trescientos metros más abajo, ocultos en la noche, les esperaba un escuadrón de Fuerzas Especiales reforzado por un centenar de Harkis[4]? A cincuenta metros, sin previo aviso, las metralletas descargaron una ráfaga de balas.

Omar, un muchacho de quince años, fue el primero en caer. El tiroteo continuó durante tres cuartos de hora.

Roger Thiraud estaba hipnotizado y horrorizado a la vez por el curso de los acontecimientos. Los cuerpos inertes de los manifestantes atraían su atención, sobre todo un cadáver, cuya cabeza reventada,

terrorífica, cruzada por una línea de sombra mortal, dejaba escapar hilos de sangre semejantes a serpientes líquidas. Enfrente, en la otra acera, los primeros invitados del Théâtre du Gymnase se apiñaban en las cristaleras defendidas por una quincena de miembros del personal. El director del teatro maldecía la suerte que estropeaba la gala inaugural de *Adieu Prudence* de Leslie Stevens, adaptada por Barillet y Grédy. Hasta el momento, habían logrado ocultar a Sophie Desmarets los acontecimientos que ensangrentaban la calle con el fin de atemperar sus nervios, pero los «amigos» que preguntaban por el camerino de la actriz acabarían por dar al traste con el empeño.

—Se lo han buscado –dijo un transeúnte.

Roger Thiraud lo miró fijamente.

—Lo que necesitan es que alguien les atienda; habría que trasladarlos a un hospital. ¡Van a morir todos!

—Si cree que allí andan con contemplaciones con los nuestros… Y, ante todo, ellos han disparado primero.

—No, no es verdad. Estoy aquí desde el principio, regresaba a mi casa. Corrían como conejos, con las manos vacías; intentaban esconderse, protegerse, cuando la Policía ha abierto fuego.

El hombre se alejó insultándolo.

El director del teatro bajó los peldaños de la escalinata e interpeló a un suboficial.

—Venga deprisa, al menos cincuenta de ellos se han colado entre bastidores. La función empieza dentro de diez minutos. Tienen que intervenir.

El oficial formó un destacamento que se posicionó ante la tramoya y, con el arma desenfundada, ordenó abrir los batientes. Una veintena de hombres asustados salieron a la luz de los focos con las manos en la nuca. Detrás de ellos, en el pasillo, ya se estaban preparando las copas para celebrar el éxito previsible de *Adieu Prudence*.

Roger Thiraud estuvo a punto de intervenir, pero no se atrevió. Asistió, impotente, a la paliza que le estaban dando a un automovilista bloqueado en la calle Faubourg-Poissonière, que socorría a un herido intentando esconderlo en la parte trasera de su vehículo.

Al otro lado, hacia el edificio en rotonda de Correos, en la esquina de la calle Mazagran, estaban agrupando a los prisioneros. Habían llegado muchos autobuses y se llenaban con centenares de argelinos despavoridos, que intentaban, sin conseguirlo, evitar los porrazos que los CRS repartían colocados en fila delante de las plataformas. En pocos minutos, la red pública de autobuses interrumpió el servicio para dedicar sus vehículos al traslado de los manifestantes. Un conductor leía *Le Parisien* esperando la orden de salida. Roger Thiraud contó instintivamente el número de autobuses llenos que pasaban ante sus ojos. Doce. Evaluó en más de mil el número de hombres apretados

unos contra otros, de pie, heridos.

Un fotógrafo acompañaba a los policías en las acciones más duras. A intervalos regulares, los relámpagos del flash mostraban otros tantos cuadros sangrientos.

Otro hombre observaba la escena desde el principio de la manifestación. No se había movido de un rincón del café Le Gymnase. A pesar de que iba uniformado de CRS no parecía sentirse afectado por la actividad de sus colegas y se contentaba, sencillamente, con fijar su atención en el lugar preciso en donde se encontraba Roger Thiraud. En un momento dado, salió de la sombra. Cruzó el bulevar y se acercó lentamente a la calle Notre-Dame de Bonne-Nouvelle; a pesar del frío y de la lluvia, se quitó el chaquetón de cuero y lo colocó sobre su brazo izquierdo. Con un mismo gesto, se ajustó el casco sobre la frente y comprobó que las gafas estuvieran bien colocadas. A la altura de la calle Thorel, hizo una pausa y sacó una Browning de la funda. No había escogido el arma a la ligera. El modelo 1935 era la pistola de ordenanza más utilizada en el mundo; aún hoy en día era motivo de fama y orgullo para la fábrica nacional de Herstal.

Sacó el cargador provisto de los trece cartuchos y lo volvió a armar con un golpe seco contra la palma de la mano. La culata le era familiar, a veinte metros de distancia alojaba todo el cargador en un blanco de diez centímetros de lado. Reemprendió la marcha después de haber colocado la Browning en su mano izquierda, bajo el chaquetón de cuero. No era la primera vez, pero no podía evitar estar temblando, con los dientes apretados. Por encima de todo, tenía que reprimir las ganas de huir, de dejar las cosas inacabadas. Caminar, seguir avanzando, no pensar más…

Ahora distinguía las facciones de Roger Thiraud y recordó las fotos que le habían entregado. La misma frente ancha, las gafas de concha, incluso esa curiosa camisa con las puntas del cuello abotonadas.

Como en las misiones precedentes, todo se decidió en un instante, demasiado deprisa para que él mismo comprendiera por qué acababa de colocarse a la izquierda del profesor. El menor de sus movimientos correspondía a lo que había que hacer, ineluctablemente, para cumplir su misión. Nada podía detenerlo. Era como si ya se hubiera producido lo irremediable. Escondió la mano derecha una fracción de segundo bajo el cuero y reapareció crispada sobre la culata de la pistola. Roger Thiraud no le prestaba atención; el hombre aprovechó para colocarse a su espalda. Bruscamente, le inmovilizó la cabeza con el brazo derecho. El chaquetón se pegó al rostro del profesor, que dejó caer el ramo de flores y el paquete de pasteles. Agarró desesperadamente la mano de su agresor para soltarse. Pero el hombre, metódicamente, encañonó con el arma la sien derecha de Roger Thiraud, introdujo el índice en el guardamonte y apretó el gatillo. Empujó el cuerpo hacia

adelante y retrocedió. El profesor se desplomó sobre la acera con el cráneo destrozado.

El hombre guardó tranquilamente el arma, se puso el chaquetón y desapareció por las escaleras de Notre-Dame de Bonne-Nouvelle.

* * *

Al amanecer, en los bulevares no quedaban más que miles de zapatos, objetos y restos diversos, testimonio de la violencia de los enfrentamientos. Al fin se había restablecido el silencio. Un equipo de socorro enviado por la Prefectura de Policía rebuscaba entre los heridos y los cadáveres. No se complicaban con miramientos ni con problemas de conciencia, amontonaban los cuerpos desordenadamente.

—¡Eh, por aquí! El muerto número quince en la esquina. No tiene muy buena pinta que digamos ¡La bala le dio de lleno en la cabeza! Bueno, ¿me ayudáis o qué?

Dieron la vuelta al cuerpo.

—¡Anda, coño, si no es un moro! Parece un francés.

Al jefe de equipo no le hacía ninguna gracia lo que acababa de descubrir y decidió que sería más prudente avisar a su superior.

A la mañana siguiente, miércoles 18 de octubre de 1961, los periódicos dedicaban sus titulares a la huelga de la SNCF[5] y la RATP para pedir un aumento salarial. Sólo *París Jour* abría en primera plana con los acontecimientos de la noche anterior:

LOS ARGELINOS, DUEÑOS DE PARÍS DURANTE TRES HORAS

Hacia el mediodía, la Prefectura comunicó su balance y anunciaba 3 muertos (entre los que había un europeo), 64 heridos y 11.538 arrestados.

[1] Los CRS, Compagnies Républicaines de Sécurité, son las fuerzas antidisturbios de la Policía Nacional francesa, temidas por la brutalidad de sus actuaciones en algunas ocasiones. *[N. de la T.]*

[2] Siglas que designan la red de transportes de París y la región parisina. *[N. de la T.]*

[3] Siglas que designan el Frente de Liberación Nacional, partido socialista argelino creado en 1954 para luchar por la independencia de Argelia. *[N. de la T.]*

[4] Designa a los argelinos enrolados para combatir al lado de Francia durante la Guerra de Argelia. *[N. de la T.]*

[5] Société Génerale de Chemins de Fer, que corresponde a la RENFE. *[N. de la T.]*

Capítulo III

A petición de su madre, Bernard apagó el televisor. El presentador del telediario se fundió en un punto luminoso y desapareció.

—Puedes utilizar el mando a distancia, mamá, hemos comprado este modelo a propósito, así no necesitas levantarte. Basta con apretar los botones…

Muriel Thiraud se limitó a mover la cabeza, siguió mirando fijamente al televisor que le devolvía el reflejo ensombrecido de la habitación y de su rostro.

Casi nunca se levantaba del sillón, donde veinte años antes había recibido la noticia de la muerte de su marido. Sólo el hijo que dilataba su vientre entonces le había impedido dejarse morir. Desde que Bernard vino al mundo, ella se desinteresó de él y vivió recluida en las tres habitaciones de la calle Notre-Dame de Bonne-Nouvelle. No se acercaba nunca a la ventana para no tener que mirar, tres pisos más abajo, los peldaños de la escalera en donde, una mañana de octubre de 1961, recogieron el cuerpo de su marido.

Bernard Thiraud fue educado por sus abuelos. Desde su adolescencia se consagró con toda naturalidad al estudio de la Historia. En el transcurso de una conferencia sobre «Los temores de Occidente» había conocido a Claudine Chenet. En esa época, ella empezaba una tesis, cuyo tema, «Los suburbios de París en 1930», fue el pretexto para múltiples paseos.

—Ya sabes que no se acostumbra a esos cacharros, Bernard. Ya es hora de marcharnos. Si esperamos una hora más, la autopista estará atestada. No soporto ir en caravana durante kilómetros y kilómetros…

Bernard se acercó a su madre y la besó.

—Estaremos de vuelta en un mes. Lo más tarde, a principios de septiembre. He dejado nuestra dirección y teléfono de Marruecos en la portería. Si hay un problema, no dudes en llamamos; eso sí, no antes de una semana. Tenemos que detenernos un día o dos en Toulouse, y después hay que cruzar toda España.

Claudine estrechó la mano de su futura suegra. Salieron del piso sin que Muriel Thiraud esbozara el mínimo gesto. En la escalera, Claudine no pudo evitar decir:

—Nunca me acostumbraré. Tengo la impresión de dirigirme a un fantasma.

Por toda respuesta, Bernard le pasó el brazo alrededor del cuello. El coche, un Volkswagen de color azul desteñido, estaba aparcado más arriba, hacia la calle Saint-Denis. Claudine se puso al volante y cruzó París en dirección a la puerta de Saint Cloud: uno más entre la marea

de veraneantes. Pasado el túnel, descapotó el vehículo y encendió la radio.

Hasta la salida de Monthléry circularon lentamente, debido sobre todo a las caravanas y a los camiones de gran tonelaje. Claudine conducía a mucha velocidad, ocupando la vía de la izquierda. Se detuvieron en Pons, «la ciudad de las galletas», hacia las siete. Pasaron la noche en el hotel de la Presse, en la puerta de Dijeaux, no lejos del Garona.

A la mañana siguiente, tuvieron que detenerse entre Damazan y Lavardac en la A 61: cada vez que frenaba, el Escarabajo se iba a la derecha, hacia la cuneta. Bernard intentó bromear.

—¿Por qué será que los coches alemanes siempre se escoran a la derecha?

No se trataba más que de un ajuste y llegaron a Toulouse al mediodía. Comieron en Vanel: cazuela de caracoles y civet de gallo al vino de Cahors.

—El recuerdo de esta comida nos ayudará a soportar la cocina marroquí.

—Nada de imperialismo culinario, Benard. No sabes lo que estás diciendo. Ya verás qué sorpresa te llevas al respecto.

—Tengo muchas ganas de llegar. No creo que tarde más de dos días aquí. Tengo que consultar unos cuantos informes esta tarde en el Ayuntamiento y mañana todo el día en la Prefectura.

—¿Sigues sin querer decirme lo que buscas?

Sacó un cigarrillo del paquete, lo encendió antes de responder, afectando ironía.

—No, es una investigación peligrosa: una organización misteriosa se agita en la sombra. Deja que te proteja manteniéndote en la ignorancia.

Salieron del restaurante. Claudine subió al coche y se dirigió a la plaza Occitane, a dos pasos de la iglesia de Saint-Jerôme. Entró en el hotel. Bernard llegó al Ayuntamiento por el casco viejo y accedió por los jardines. Las terrazas de los cafés estaban abarrotadas; renunció a tomarse un refresco. En el vestíbulo, una funcionaria le indicó el archivo. A las siete y media vinieron a decirle que cerraban.

—¿Cómo va esa investigación con ramificaciones internacionales? –le preguntó Claudine mientras tomaba una ducha.

—Estoy sobre una pista…, puede que la confirme mañana en la Prefectura. En cambio, me he enterado de una anécdota curiosa. Figúrate que fue aquí, en Toulouse, donde, hace cuarenta y dos años, el consejo de guerra de la 17.ª región militar degradó y condenó a muerte a un tal Charles de Gaulle. El 7 de julio de 1940.

—Envía la respuesta a Lucien Jeunesse para el concurso de los mil francos…

—Muy graciosa. ¿Y tú qué has hecho?

—Te he estado esperando…

Lo empujó hacia la cama riendo.

Bernard Thiraud se levantó muy temprano. Llegó a la Prefectura antes que el personal. Esperó en la barra de un café de la calle Metz y salió cuando llegaba el conserje.

Estaba solo en la biblioteca administrativa. De cuando en cuando, pasaba un empleado cargado de cajas, de carpetas negras o bien de montones de revistas. La sala estaba abierta ininterrumpidamente; pidió permiso para llamar por teléfono al oír las doce en las campanas de la catedral. La recepcionista del Mercure descolgó y llamó a la habitación doce.

—Claudine, creo que esta vez he dado con lo que andaba buscando. No me esperes para comer. La sala de consulta cierra a las seis, me voy a quedar a trabajar hasta esa hora.

—Me alegro por ti. Pero no tardes demasiado.

Fueron las últimas palabras que intercambiaron. A las seis y diez, Bernard Thiraud bajó las escaleras de la Prefectura y subió por la calle Metz hacia la plaza del Esquirol. Un hombre, sentado en un Renault 30 negro, se bajó del coche y se puso a seguirlo. Bernard tenía prisa por contar su descubrimiento a Claudine y aceleraba el paso. Anduvo unos 100 metros por la calle Languedoc. Rodeó la iglesia de Saint Jerôme por la derecha. La animación de las avenidas comerciales contrastaba con la tranquilidad de las calles adyacentes, que albergaban casas particulares, muchas de ellas deterioradas, con jardines de muros altos. Prácticamente no había tiendas, a excepción de algunos escaparates con objetos religiosos o antigüedades. De repente, desapareció la gente; ni siquiera un coche. Bernard notó la presencia del hombre que lo seguía. Se dio la vuelta, lo vio a dos metros de él hurgando en el bolsillo y sacando una pistola. Bernard, intrigado, no sentía ningún miedo de un hombre mayor, de unos sesenta años, jadeante; miró a su alrededor para comprender qué le impulsaba a exhibir un arma. Antes de que pudiera reaccionar, el primer proyectil le alcanzó en el hombro y le hizo tambalear. El asesino se acercó más aún, hasta tocarle. Podía sentir su aliento. Bernard no encontraba fuerzas para luchar. La segunda bala le atravesó el cuello. Se derrumbó, mientras su asesino le vaciaba los seis últimos cartuchos del cargador en la espalda.

El hombre huyó por el laberinto de callejuelas del casco viejo. Los transeúntes alertados por los disparos no encontraron sobre la acera más que el cadáver de Bernard Thiraud.

* * *

Después de seis meses en Lozères, en la comisaría de Marjevols, y a raíz del alboroto provocado por el caso Werbel, me habían trasladado a Toulouse, a una comisaría de barrio en la calle Carnot. Habitualmente, hacía mi trabajo en equipo con el comisario Matabiau, pero, como él tenía prioridad para elegir las fechas de vacaciones, estaba pasando unos días tranquilos en una playa de Córcega. Éste fue el momento preciso que eligieron los empleados de pompas fúnebres para echar un pulso a su empresario. ¡Una huelga de enterradores en plena ola de calor! Los incidentes eran inevitables y yo me encontraba entre dos fuegos: de un lado, las familias desconsoladas; del otro, los huelguistas decididos. El Ayuntamiento no se mojaba y trataba de pasar la patata caliente a otro tejado: a la espera de recibir el apoyo de la opinión pública, poco les importaba ver a la Policía parando los golpes. Una mañana de julio, las peleas entre parientes de difuntos y enterradores estallaron en el cementerio de Rapas, cerca de las cámaras donde decenas de ataúdes esperaban en orden ser conducidos a las fosas.

Dispuse a mis hombres delante de las puertas de las cámaras frigoríficas de la funeraria, en las que se habían refugiado los empleados, sobrepasados por el número y la energía de sus enlutados asaltantes. A las seis y media aún estábamos en medio de las tumbas.

Un huelguista me tocó en el hombro.

—Voy a intentar hablarles, explicarles los motivos de nuestra acción, si consigue calmarlos, inspector. Los muertos no corren ningún riesgo, les aseguramos los servicios mínimos…

El chaval parecía creerse lo que decía; acostumbrado a manejar cadáveres, no comprendía que ante él los manifestantes estaban muy vivos, por muy afligidos que se encontraran.

—De acuerdo; y si tiene la llave del edificio, cierre con llave. ¿Qué quiere exactamente? Puedo intentar razonar con ellos.

El hombre no daba crédito a lo que oía.

—¿Un poli de portavoz nuestro? ¿Está usted de broma?

—No es mi estilo. Pero pienso que un cementerio no es el lugar ideal para los ajustes de cuentas. No son ellos, ni menos la Policía, quienes van a solucionar sus problemas. Así que no sirve de nada seguir con esta historia.

—Nosotros reclamamos tan sólo una prima de insalubridad, como los poceros. Antes, los viejos, cuando desenterraban, no tenían ningún problema, en la caja se encontraban con diez kilos de huesos en polvo. Hoy en día sacamos los fiambres de los años sesenta. La edad de oro del plástico… No le doy detalles, pero le juro que casi nunca vemos los huesos. ¡Esas cosas no son buenas para el gaznate! Casi la mitad de los tipos que reclutamos se largan al cabo de dos o tres días. Prefieren morirse de hambre que ganar cinco mil francos en estas condiciones.

¡Trescientos que pedimos de prima, no es para tanto!

Un agente uniformado interrumpió nuestra conversación.

—Inspector Cadin, el sargento Lardenne pregunta por usted en la radio del coche. Ha recibido una llamada de la comisaría acerca de un asesinato en el barrio de Saint-Jerôme.

El enterrador estaba realmente consternado.

—¡Otra familia que se nos echa encima!

Crucé el cementerio. El coche estaba aparcado cerca de la puerta del camposanto para indigentes, un terreno invadido por las zarzas, en el que había plantadas seis o siete cruces de hierro medio caídas. En un montículo de tierra removida recientemente, un jarrón de porcelana blanca y unas flores…

Empujé la puerta… El sargento Lardenne, tumbado en el asiento izquierdo del Renault l6, estaba intentado resolver el enigma de las 43.252.003.274.489.856.000 combinaciones posibles de su cubo de Rubik.

—¿Qué? ¿Lo va consiguiendo?

Se levantó y escondió el juego en el bolsillo.

—Un lado y medio, inspector, y me quedo atascado. Mi hijo lo consigue con los ojos cerrados. En su clase de sexto celebran concursos.

—Muy interesante. ¿Y qué más?

Enrojeció tanto como la superficie completa del cubo.

—Sí, bueno, no… Unos transeúntes han descubierto el cuerpo de un hombre joven, muerto por disparos de revólver o de pistola. El equipo de Bourrassol está ya en el lugar de los hechos. Es a dos pasos de la calle Languedoc.

—Póngase al volante y larguémonos para allá. Conecte la sirena; si no, con todos estos veraneantes, no llegaremos antes de la puesta de sol.

El teniente Bourrassol conocía bien el oficio; los diferentes servicios de la Policía Judicial estaban ya en plena acción.

—Inspector Cadin, encantado de verle. He dejado el cuerpo en la posición inicial; no hemos tocado nada.

—Muy bien, Bourrassol. ¿Sus primeras conclusiones?

—Mínimas. No hay testigos oculares. Una decena de habitantes han oído los disparos. Uno de ellos ha visto una silueta que se alejaba hacia la calle Metz, y eso es todo. En fin, seguimos mirando todo con lupa. Ha recibido seis balazos en la espalda, en mi opinión del 9 mm parabellum. Tengo su documentación, seguramente se trata de un turista de paso.

Para apoyar su afirmación, me tendió un pasaporte francés y una cartera de cuero marrón. Los carnés estaban a nombre de Bernard Thiraud, estudiante; nacido el 20 de diciembre de 1961 en París, con

domicilio en el número cinco de la calle Notre-Dame de Bonne-Nouvelle en el distrito segundo. Un carnet de estudiante expedido por la Facultad de Jussieu y diversas fotos de la misma chica estaban metidas en las fundas transparentes del interior de la cartera. El billetero contenía ocho mil francos en cheques de viaje y una cuenta de Vanel con fecha del día anterior, por dos cubiertos.

—Al menos no se habrá quejado de su última comida: ¡430 francos para dos personas! Bourrassol, búsqueme a la persona que empuñaba el otro tenedor. Y pase una llamada al servicio de alcantarillado; dígales que busquen en las alcantarillas en un radio de ciento cincuenta metros; nunca se sabe, el asesino puede haberse deshecho del arma en cualquier esquina.

—Inspector, no es tan fácil. Los del alcantarillado nunca quieren ayudarnos…

—Esos tíos se creen que están por encima de las leyes. Además, ellos cobran una prima, ¡no como los enterradores!

—¿Qué dice, inspector Cadin?

—Yo ya me entiendo. Deje a los de las alcantarillas, yo me encargo de ellos.

* * *

A la mañana siguiente, a las nueve, el director de los servicios técnicos del Ayuntamiento entró en mi despacho y me dio una bolsa de plástico que contenía un arma.

—Aquí tiene, inspector; no tiene más que pedir, estamos a su entera disposición. Un empleado municipal lo ha encontrado en un colector de la calle Croix Baragnon. No hay mucha corriente en ese punto…

—Podemos suponer, pues, que el lugar donde la encontraron corresponde más o menos con el elegido por el asesino para arrojar la pistola.

—¿Es una pistola? Nunca he sabido la diferencia entre un revólver y una pistola.

—Elemental, la cosa funciona por parejas: pistola-cargador y revólver-tambor. ¿Su hombre no la habrá tocado? Le habíamos explicado bien cómo había que proceder.

Cogí el arma por el cañón y la examiné sin sacarla de la bolsa.

—Esto es obra de un profesional.

Mi interlocutor no pudo disimular su asombro. Debía ser fan de Conan Doyle y Richard Freeman.

—¿Cómo lo sabe?

Se lo expliqué, aun a riesgo de perder la naciente admiración de la que era objeto.

—Se trata de un Llama especial modelo 11. Una pistola de uso tan extendido como nuestra Unique L. Por otra parte, daría igual que hubiera cincuenta por metro cuadrado; cada arma posee sus propias características y los laboratorios trabajan para que nos den información. El problema con las Llama especial es que están fabricadas por Gabilondo, en Vitoria. Si además, como bien sabe usted, la fábrica está ubicada en la provincia de Guipúzcoa, en pleno País Vasco, supongo que empieza a hacerse una idea.

—Ni la más mínima…

—En 1972, un comando de ETA atacó un camión que transportaba ese tipo de armas. Desaparecieron trescientas pistolas. No se conocen las ramificaciones, pero el hampa francesa las utiliza de vez en cuando. Cada vez que echamos mano a un arma, comprobamos los números de referencia y los contrastamos con la lista que tiene la Guardia Civil, y se corresponden exactamente. ¡No hay que dar más vueltas, vamos directos a la fábrica de Vitoria! El laboratorio puede pasar enseguida a buscar huellas, pero nadie se procura una pistola virgen para dejar los dedos retratados en ella… Con todo, muchas gracias, esto nos permite seguir avanzando.

Me tendió la mano con respeto y se inclinó ligeramente. En el rellano no pude resistir la tentación de desconcertarlo un poco más todavía.

—Muchas gracias de nuevo y, para devolverle el favor, si un crimen tiene lugar en sus dependencias o en su propia casa, no dude en llamarme.

El teniente Bourrassol entró en el despacho a continuación. Nunca le había visto perder la calma ni la sonrisa. Decían que no era así cuando trabajaba en la comisaría de Mirail, la nueva ciudad construida en la periferia de Toulouse. Le acusaban de haber propinado una soberbia paliza a dos jóvenes delincuentes en el Narval, la cafetería del centro comercial.

—No hemos tenido que correr mucho para encontrar a la chavala. Anteayer, cuando comían en el Vanel, le pidieron al dueño la dirección de un hotel. Los mandó al Mercure Saint-Georges, a cien metros del escenario del crimen. No le hemos dicho nada, le está esperando; ¿o prefiere que se la traigamos aquí?

—No, en marcha. Dígale a Lardenne que se quede al tanto de todo y déjele nuestra posición.

A la dirección del hotel no le gustó nada nuestra visita; me rogaron que dejara el coche al fondo del aparcamiento. Enseguida pusieron a nuestra disposición un salón privado para pasar lo más desapercibidos posible.

Claudine Chenet no había dormido prácticamente; unas ojeras muy pronunciadas enmarcaban sus ojos. Se levantó al vernos.

—¿Qué le ha sucedido a Bernard? Quiero saberlo…

Inspiré profundamente.

—Ha muerto, asesinado. El hecho se produjo ayer noche, poco después de las seis, no lejos del hotel.

Un inmenso abatimiento se apoderó de sus rasgos; tuve que forzar el oído para entender lo que murmuraba.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué?

—Estoy aquí para descubrirlo, señorita. ¿A qué hora se marchó?

—Por la mañana muy temprano, yo aún dormía; antes de las ocho, probablemente. Compruébelo en la recepción. Estaba buscando información en la Prefectura para una investigación y me telefoneó al mediodía para avisarme de que no volvería a almorzar.

—¿Qué tipo de investigación?

—No quería decírmelo; se limitaba a bromear haciéndome creer que seguía los pasos de una organización internacional.

—Por desgracia es posible que no fuera una broma. ¿Se han reunido con algún conocido en Toulouse desde anteayer?

—No, inspector, con nadie. Nos dirigíamos a Marruecos de vacaciones. Nos desviamos por Toulouse, pero es la primera vez que pongo los pies aquí. Igual que Bernard. La primera y la última.

—¿Salió en el transcurso de la tarde o de la noche de ayer?

Esbozó una sonrisa desvaída.

—Ya imaginaba que iba a hacerme esa pregunta. La respuesta es no. Comí en el restaurante del hotel; puede preguntar a los camareros: ensalada, turnedós, fresas con nata. Luego he estado leyendo al sol, en la terraza.

—¿No le extrañó su desaparición? Su novio tiene que regresar a las seis de la tarde y, a la mañana siguiente, a las ocho y media, mis hombres la encuentran comiendo cruasanes, tan campante. Tengo razones más que suficientes para estar sorprendido, señorita Chenet. Se trata de un crimen.

Ella se llevó las manos a la frente y estalló en sollozos.

—A veces no regresaba por la noche. En París…

—¿Vivían juntos?

—Sí, VIVÍAMOS, ése es el término adecuado. Desde hacía seis meses Bernard vivía en mi casa. Algunas noches se sentía deprimido, desaparecía y volvía por la mañana temprano, sin explicaciones. Era por su madre; bueno, quiero decir que le faltaba confianza en sí mismo. Cuando nació, su padre acababa de morir en dramáticas circunstancias. Sólo sé que su desaparición afectó seriamente a la madre de Bernard. No sale nunca de su casa y, en total, no creo que le haya oído pronunciar más de tres frases en el transcurso de unas pocas visitas.

—Muy bien. Vamos a traerle los objetos personales de su novio. El

teniente Bourrassol le firmará un recibo. Por supuesto, tendrá que permanecer unos días en Toulouse a disposición de la investigación. Aún queda lo peor. Tiene que acompañarme al depósito para reconocer el cuerpo antes de la autopsia.

* * *

Durante nuestra ausencia, se había presentado un testigo. Lardenne le hizo esperar en el pasillo, ante la puerta de cristal de mi despacho. Se trataba de un hombre de unos treinta y cinco o cuarenta años, vestido con pantalón de cuero, chaqueta de cuadros multicolores y calzado con unas soberbias botas mexicanas. ¡Lo que se dice un payaso!

Llamé a Lardenne entre dientes.

—¡Qué pasa, tío, no estamos en carnaval! ¡Como me hagas perder el tiempo, te acuerdas!

Antes de empujar la puerta observé a mi «viejo rockero»: había sacado un peine del bolsillo y se estaba peinando, alisándose el pelo con la mano. Con la palma se atusó el flequillo. Le rogué que se sentara.

—Así que quiere prestar declaración en el caso del joven parisino.

Levantó los brazos, torció el cuello y con una voz voluntariamente elevada consiguió articular:

—No tan deprisa. Me fijé en ese chico la otra noche, cuando salía de la Prefectura. Mi cuartel general está situado enfrente, en el bar Chez Verdier. Es el único rincón en el que se puede jugar al pachinko.

¡Lardenne no se imaginaba la que le iba a caer cuando terminara con este farsante!

—No lo sabía. ¿Y en qué consiste el pachinko?

Pareció encantado de encontrar un neófito interesado.

—Una máquina tragaperras de origen japonés, parecida al *flipper*. Las bolas de acero se compran en el mostrador y se meten en el agujero de una caja colgada de la pared. Con los mandos laterales se van dirigiendo a través de los obstáculos. Si se da en el blanco, se ganan más bolas…

—Vale, ¿y qué más?

Me miró sin entender nada.

—Bueno, pues luego se empieza de nuevo.

—¡Estupendo! Pues vuelva a jugar con las bolitas. Tengo cosas más importantes que hacer que escuchar sus historias.

—Pero, inspector, yo he visto realmente a ese chico. No estaba solo.

Me sobresalté.

—¿Cómo que no estaba solo? Explíquese.

—Mire, había acabado la partida y me disponía a marcharme cuando el parisino salió de la Prefectura. Me gusta mucho mirar a los hombres bien parecidos, y éste lo era. Tenía intención de seguirlo, cuando me di cuenta de que otro hombre iba detrás de él. Un tío con pasta, conducía un Renault 30 TX negro.

—Entonces vio el coche… ¿Se acuerda de la matrícula?

—No, únicamente del departamento, el 75. También se trataba de un parisino. Entonces lo dejé correr y me invité a mí mismo a otra partida de pachinko.

—¿Podría describirme a su rival: estatura, cómo iba vestido…?

—Sí, un tipo de talla mediana, cerca de un metro sesenta y cinco, cabellos grises tirando a blancos. Lo vi de espaldas la mayor parte del tiempo, pero le echo al menos sesenta años. En cuanto al atuendo, iba vestido como un ejecutivo, traje gris, zapatos negros.

Llamé a Lardenne.

—Gracias por el cliente, es el primero que vio al asesino. Se pasea en un Renault 30 TX negro, matriculado en París. Debió seguir a Thiraud desde que inició el viaje. Póngase en contacto con la Policía, con Tráfico y con todos los peajes entre la Porte de Saint Cloud y Sept Deniers. Deje todo lo demás. No debe de haber más de diez coches de ese tipo que hayan efectuado el trayecto París-Toulouse en los últimos días. Examine cuidadosamente cualquier indicio. Yo voy a darme una vuelta por la ciudad, ¡a ver si hay suerte…!

Apenas eran las once; ya me había tragado un interrogatorio, una visita a la morgue y la declaración del fanático del pachinko. No me faltaba más que un buen café para digerirlo todo, así que me encaminé lentamente hacia la máquina automática. Metí dos monedas con un golpe seco, para así facilitar el funcionamiento del mecanismo. Un vaso de plástico blanco bajó hasta la rejilla; un hilo de agua turbia, interrumpido por algunas burbujas, lo llenó en silencio. Un bastoncillo transparente se introdujo en la bebida y me indicó el fin de la operación. Unos gritos interrumpieron bruscamente mi degustación. Provenían del vestíbulo y el follón sobrepasaba el nivel medio de las broncas con el público. Pasé detrás de las ventanillas. El jefe del servicio me cazó al vuelo.

—No entendemos nada de nada; toda esta gente ha sido convocada por el comisario Matabiau, pero no encontramos rastro alguno de sus informes…

—¿Cuántos se les han echado encima?

—Por el momento unos treinta, inspector; pero siguen llegando. Si por lo menos el comisario nos hubiera avisado…

—Voy a intentar solucionarlo. Denme una de esas citaciones.

Me pasó un papel azul, un formulario clásico, con el membrete de la comisaría, ordenando al destinatario que se presentara con

urgencia. El motivo estaba subrayado como de costumbre: «Puesta al día del nuevo fichero informatizado con destino a la lucha antiterrorista». El último párrafo explicaba la rapidez con la que había respondido toda esa gente: «Las personas citadas están obligadas a comparecer y a declarar. Cualquier contraventor queda sujeto a una pena que puede alcanzar los diez días de cárcel y 360 francos de multa (artículos 61, 62 y siguientes del Código de Procedimiento Penal)».

El sello «Comisaría Carnot-Toulouse» ocultaba a medias la fecha de envío: 28 de julio de 1982.

—Solicite la identidad de todos los que se presenten con una citación como ésta y dígales que vuelvan a sus casas sin preocuparse. Ya les avisaremos dentro de unos días. Creo que unos bromistas nos la han jugado bien.

—¿Cómo lo sabe, inspector?

—Ha hecho usted bien escogiendo un trabajo de despacho… Matabiau se fue de vacaciones antes del puente del 14 de julio. No me explico cómo hubiera podido firmar estos documentos anteayer. Alguien se está divirtiendo a nuestra costa, pero no nos resultará difícil dar con él. Para empezar, hágame una lista de los funcionarios que tienen acceso a los formularios y a los sellos. El teniente Bourrassol efectuará una primera selección y me enviará a los afortunados elegidos.

* * *

Tres días más tarde, sólo se había resuelto un problema: el Ayuntamiento de Toulouse acababa de pactar con los sepultureros doscientos cincuenta francos de prima. La vuelta al trabajo fue votada por unanimidad. Eso me permitió levantar el cordón de seguridad que había colocado en el cementerio de Rapas y recuperar así a cuatro hombres.

Cerca de doscientos ciudadanos de Toulouse habían desfilado por las ventanillas de la comisaría, escandalizados de que se pudiera sospechar de ellos por terrorismo, sin que yo consiguiera detectar el origen de aquella orden espuria. La investigación sobre el asesinato de Thiraud tenía prioridad. El resumen del laboratorio de balística vegetaba en un rincón de la mesa. Se había efectuado un disparo de prueba con el arma encontrada por los servicios municipales. El resultado era concluyente: se trataba sin duda alguna de la pistola utilizada por el asesino. Casquillos y balas eran absolutamente idénticos. El laboratorio había llevado su minuciosidad al extremo de adjuntar el cliché, aumentado treinta veces, de las estrías impresas en las balas. El esquema de las trayectorias me indicó que Thiraud había

recibido dos impactos de frente y los seis restantes por la espalda, cuando ya estaba en el suelo; los impactos de frente eran regulares: el laboratorio evaluaba la distancia de tiro entre dos y cuatro metros. Los otros disparos, por el contrario, habían dejado importantes residuos de combustión, por lo que el asesino debía encontrarse a menos de cincuenta centímetros de la víctima.

El informe del sargento Lardenne no aportó nada nuevo. Era como si el Renault 30 no hubiera existido, si su conductor no hubiera tenido la brillante idea de dejar su rastro sembrado con un cadáver.

—Lardenne, ¿ha interrogado a los empleados de las gasolineras?

Levantó los brazos y los dejó caer haciendo ruido contra los muslos.

—Claro que sí, inspector. Uno a uno. No es muy difícil; un coche de esa marca tiene un depósito de setenta litros… En la autopista, su consumo se puede fijar en una media de once litros. Suponiendo que haya llenado el depósito a la salida, se queda seco hacia Marmande o Agen. En todo caso, por fuerza ha tenido que pararse a echar gasolina. Sin embargo, ninguna estación de servicio ha recibido la visita de ese auto. Tanto a la ida como a la vuelta.

—¿Y por qué piensa que se ha marchado de Toulouse?

—Me parece lógico. Diría que se trata de la ejecución de un contrato. El tipo tiene la misión de liquidar a Thiraud; una vez efectuado el trabajo regresa a su casa con absoluta tranquilidad… Todo indica que nos enfrentamos a un profesional, como muestra la marca de la pistola, una Llama especial salida directamente de la serie robada en España.

—De acuerdo en lo que respecta al pistolero… pero hay una cosa que no encaja del todo…

—¿Cuál, inspector?

—Sencillamente, el asesinato en sí. Lea el informe del laboratorio. La escena es fácil de reconstruir. Thiraud camina al encuentro del asesino. Está claro que no le conoce. A tres o cuatro metros, éste desenfunda y le mete dos balas en el cuerpo, una en el hombro y otra en el cuello. Cuando Thiraud está en el suelo, le remata con seis balas en la espalda a quemarropa. ¿Conoce a muchos profesionales que trabajen así? ¡No! Un tipo con oficio habría esperado a que la víctima estuviera a un metro de él; alargando el brazo, le habría colocado el cañón sobre el corazón o en la sien, dependiendo del estilo. Una bala, dos como máximo. En lugar de eso, nuestro buen hombre vacía el cargador, aún a riesgo de alborotar a todo el barrio y dejarse pillar. Fíjese en este párrafo: «sólo la segunda bala ha causado lesiones mortales al atravesar el cuello. Ninguna de las otras ha alcanzado un órgano vital». Esas seis balas de más me hacen pensar que el asesino estaba directamente implicado en el móvil; eso explica el ensañamiento. No se trata de un profesional, sino de un aficionado

entrenado. Son los más tenaces. Para pillarle necesitaremos más energía e inteligencia que para ordenar las caras de un cubo de Rubik. ¿No lo cree así, Lardenne?

No le dejé tiempo para responder.

—Venga, sígame, vamos a dar una vuelta. Antes de morir, Thiraud consultó los archivos del Ayuntamiento y de la Prefectura. Pensaba dedicarse a enseñar Historia; es probable que sus pasos tuvieran relación con sus estudios. En fin, no hay que dejar ningún cabo suelto…

El aparcamiento de la plaza del Mercado estaba completo. Lardenne encontró sitio en la calle Taur delante del rótulo de La Cave, un cabaret municipal. La mala suerte nos acompañaba: Pradis, el teniente de alcalde, peroraba en medio del vestíbulo en el momento en que irrumpíamos en el interior. Abandonó a sus interlocutores y vino a nuestro encuentro.

—¡Inspector Cadin y sargento Lardenne! ¡Qué coincidencia, ahora mismo pensaba llamarles…!

Me agarró del brazo y me arrastró detrás de un macizo de flores.

—No podemos empezar otra vez con el cuento, inspector, es preciso detenerlos inmediatamente; si no, nos arrastrarán por el fango… ¡A usted también! ¡La prensa aún no sabe nada, pero no las tengo todas conmigo! Cuando huelan la carroña, se van a pelear por llevarse la mejor tajada.

El hombre sudaba la gota gorda. Un tufo a transpiración me llenaba las fosas nasales de acres efluvios. Respiraba intermitentemente intentando atenuar la agresión olfativa.

—Pero, detener ¿a quién? ¡Dígamelo de una vez! Le prometo que haré cuanto esté en mi mano.

—¡A los situacionistas!

—¿A quién?

—A los situacionistas. Una banda organizada que envía falsas citaciones con relación al fichero antiterrorista. Estamos recibiendo centenares de llamadas telefónicas de protesta. El gabinete del alcalde está prácticamente bloqueado por solicitudes de audiencia. No olvide que también es diputado y que desempeña un importante papel en la Cámara. Es la misma historia que en 1977, antes de las municipales; debería recordarlo.

—En esa época yo trabajaba en la región de Estrasburgo y me importaba muy poco lo que se cocinaba en política por aquí.

—No lo sabía. Perdóneme, esta historia nos está volviendo locos a todos, no se habla de otra cosa en los pasillos. En 1977 sufrimos un ataque en toda regla: un boletín municipal falso con una tirada de diez mil ejemplares, una conferencia de prensa camelo, intoxicación de la prensa nacional… ¡Incluso una manifestación de parados!

Sencillamente, los situacionistas habían anunciado a 1.500 parados que dejaban de cobrar las prestaciones por desempleo; les pedían a todos ellos que vinieran a entregar una petición de ayuda urgente al alcalde. A las once de la mañana, la plaza bullía de gente y ¿a que no se imagina lo que inventaron? Aparecieron tres camionetas de Pujol, el mejor cáterin de la ciudad. Le habían encargado en nombre del alcalde una recepción de lujo para doscientas personas: emparedados, canapés de salmón, caviar, *foie*… Imagínese usted la reacción de los parados, convencidos de que lo habían perdido todo, cuando los camareros de Pujol intentaron abrirse paso con las bandejas llenas de aperitivos.

—Muy ingenioso, en efecto. ¿Se enteraron de quiénes eran esos situacionistas? No se consigue un fichero de 1.500 personas sin dejar huellas.

Movió la cabeza a derecha e izquierda y algunas gotas de sudor, enfriadas en el trayecto, fueron a parar a mi mejilla, provocándome un escalofrío de asco.

—No, nunca. Sin embargo, la campaña debió de costarles muy cara. Desaparecieron sin sacar ningún provecho aparente. Se vigilaba a todo el mundo, Baudis y Savary incluidos. Después, nada de nada durante seis años. Hace unos meses pensamos que volvían al ataque con el asunto aquel del CLODO.

Siempre he pensado que era mejor evitar la relación con los ediles locales, pero el talento de Pradis como narrador me hizo reconsiderar mi decisión. Se interrumpió después de recordar la misteriosa organización y se adelantó a mi pregunta.

—Sí, el Comité de Liberación y de Organización de los Ordenadores. Un grupo de iluminados que prendió fuego al centro informático regional. Tuvimos que volver a hacer todos los formularios del impuesto municipal sobre la vivienda. ¡Todo el trabajo a la basura! Esos tipos ya están entre rejas y se pudo demostrar que su acción no tenía nada que ver con las de los situacionistas.

—He puesto manos a la obra para encontrar a esos falsarios; no andarán sueltos mucho tiempo. Por el momento, me encuentro con un asunto de asesinato entre las manos y ya comprenderá usted que me dedique a él con prioridad absoluta. Es preferible dejar a los bromistas en libertad antes que a un asesino.

—No estoy de acuerdo, inspector. Su asesino puede esperar, no le va a pasar nada, pero impida que estos otros nos hagan daño. Intentan desestabilizarnos, es la democracia la que está en juego.

—Le repito que ya nos estamos ocupando del tema. Aprovecho la ocasión para decirle que yo decido las prioridades en mi trabajo. Si no está de acuerdo conmigo, dese una vuelta por el depósito de cadáveres y diga de mi parte que le dejen ver a Bernard Thiraud.

Le dejé con la palabra en la boca y me reuní con el sargento Lardenne. ¡A los archivos! Según el jefe de servicio, Bernard Thiraud se interesaba por documentos administrativos de los años 1942 y 1943. Nos señaló una mesa y nos trajo la totalidad de los informes consultados por la víctima. Pasé revista al contenido de una caja: contratos, escrituras de poderes, resoluciones, todo un abanico de documentos cubiertos de sellos, fechas, cifras… Nada sospechoso. ¡Si por lo menos tuviéramos un hilo conductor! El día empezó mal y siguió peor. No encontré nada significativo, a no ser el estado anual del impuesto sobre los perros en la región de Toulouse en1942.

Lardenne desató un fajo de documentos procedentes del consejo de guerra que condenó al general De Gaulle al pelotón de fusilamiento por delito de alta traición. A las cinco y media abandonábamos el Ayuntamiento, desanimados, junto a los empleados municipales. Lardenne me arrastró al Florida, un bar de la plaza.

—Hace años que no pongo los pies aquí. Era nuestro lugar de encuentro en los años de facultad. Me acuerdo de que se decía que había que tener cuidado con lo que se hablaba aquí.

—Ah, sí, ¿por qué?

—Era el tugurio más infestado de bofia de todo Toulouse. Una leyenda, sin duda…

—Vamos, al menos esta vez justificará su reputación.

* * *

A la mañana siguiente, en la Prefectura, nos recibía Lécussan, director de los archivos administrativos, un viejo funcionario arrugado, aquejado de cojera. Nos precedió por el dédalo de estanterías. Su cuerpo se escoraba hacia la izquierda, pero cuando iba a chocar la cabeza contra los largueros de hierro, golpeaba el suelo de tarima con la prótesis y recuperaba la vertical. Acompañaba su contoneo con un gruñido casi imperceptible.

—Después de su llamada telefónica, inspector, he consultado los informes que la víctima quiso estudiar. Todo el registro «DE». Antiguallas como tantas otras aquí. He mandado llevar el conjunto de documentos a mi despacho. Estará usted más cómodo. Quedo a su entera disposición.

Cerró la puerta con cuidado y se alejó por los pasillos con su ritmo binario.

—Es una suerte; así estamos completamente seguros de que no escuchará detrás de la puerta…

Su propia broma lo puso de buen humor: lleno de entusiasmo, Lardenne agarró el primer legajo.

… DEducciones… DEfensa pasiva… DEsbrozado…

Los documentos administrativos que desfilaban por nuestras manos en el curso de esta jornada se diferenciaban poco de los precedentes. Esta vez tenían que ver con el conjunto del departamento del Haute Garonne y no sólo con la ciudad de Toulouse.

Pronto nos encontramos inmersos en los problemas de saneamiento en Muret, en Saint Gaudens o en los pleitos de los consistorios de Monastruc y de Lèguevin a propósito de su parte respectiva en la reparación de las carreteras nacionales N 88 y N 124. Las casualidades de clasificación emparejaban lo cómico y lo trágico. Así, una nota del prefecto exigía la anulación de las DEliberaciones de la DElegación especial de Lanta, con el pretexto de que los concejales se habían reunido en la parte trasera de la posada. Las cartas siguientes en las que explicaban su actitud a causa del derrumbamiento del techo de la alcaldía no consiguieron nada y el prefecto se mantuvo en sus trece. La carpeta catalogada después de DEliberaciones llevaba una inscripción cuidadosamente caligrafiada con trazos gruesos y finos: DEportación.

La DEportación recibía el mismo trato que las demás tareas de la administración; los funcionarios parecían haber rellenado los formularios con idéntico esmero que los de los bonos para carbón o la reanudación del curso escolar. Manipulaban la muerte en lugar de la esperanza. Sin hacerse preguntas. Pinchado en una cartulina con un alfiler, un telegrama amarillento firmado por Pierre Laval, fechado el 29 de septiembre de 1942, recomendaba a las autoridades provinciales que no separaran a las familias judías destinadas a la deportación, y precisaba que «ante la emoción suscitada por esa bárbara medida, he conseguido del ejército alemán que los niños no sean separados de sus padres y así puedan ir con ellos».

Un pliego de circulares acompañadas de la rúbrica A. V. hacía efectivas estas órdenes.

¡Contra la barbarie, dirección Buchenwald y Auschwitz!

Confié el montón catalogado «DEsratización» al sargento Lardenne y volví a sumergirme en las inmensidades burocráticas de la «DEsinfección».

Capítulo IV

El botones del Mercure colocaba las maletas en el portaequipajes del Volkswagen, mientras que Claudine Chenet pagaba la cuenta en recepción. Le salí al paso.

—Buenos días, quería saludarla antes de que se fuera.

—No me esperaba tanta cortesía por parte de la Policía de Toulouse. Por más que se empeñen, no lograrán que me caiga bien esta ciudad…

—Lo siento mucho… He venido a confirmarle que el cuerpo de Bernard Thiraud será trasladado a partir del lunes. La autopsia no nos ha aclarado gran cosa.

El recuerdo del trabajo del médico forense le hizo cerrar los ojos por unos momentos.

—Discúlpeme, no consigo hacerme a la idea… ¿Tienen ustedes alguna pista?

—Realmente, no. Tenemos un retrato bastante preciso del presunto asesino. Actualmente, el teniente Bourrassol estudia la lista de todas las personas que se hallaban presentes en la Prefectura la tarde de los hechos. Luego comprobamos su actividad, su situación financiera, sus problemas afectivos…

—¿Con qué objeto? ¿Qué tiene que ver eso con la muerte de Bernard?

—Escúcheme, no es más que una hipótesis absurda, pero no hay que descartar nada. Admitamos que el asesino no tuviera más que una descripción aproximada de su objetivo y que su novio respondiera exactamente a esa descripción…

—No, es imposible. Eso querría decir que Bernard murió por nada. ¡Un error lamentable, sin más!

—Le repito que no es más que una hipótesis de trabajo, pero no debo descartarla. El asesino y sus jefes, si ése fuera el caso, ya habrán debido darse cuenta de su error; intentarán enmendarlo lo antes posible. Mi trabajo consiste en impedírselo. Desafortunadamente, tengo que perseguir fantasmas más a menudo de lo que quisiera… Pero esté usted segura de que no por ello abandono la pista inicial. También es probable que el asesino haya cumplido perfectamente su misión. Eso quiere decir que les ha seguido desde París, o que vino directamente aquí, una vez enterado del recorrido de su viaje.

—Parece muy seguro de sí mismo, inspector.

—Si no es así, no entiendo por qué un asesino vendría a Toulouse para matar a un hombre que tiene al alcance de la mano en París. Más tarde, consiguió descubrir su hotel y siguió a Bernard la mañana que

se dirigía a la Prefectura. Permaneció al acecho todo el día y luego siguió a Bernard a la salida. Aprovechó que pasaba por una calle desierta para cometer el crimen.

—Pero, ¿cómo ha podido localizarnos tan deprisa?

—A primera vista parece complicado. Pero cuando se busca a alguien y se está dispuesto a echarle el guante, se da uno cuenta de que es lo más fácil del mundo. Sus parientes, sus amigos estaban al corriente de sus proyectos. El asesino llamó por teléfono haciéndose pasar por un allegado. ¿Cómo cree que procedemos nosotros? ¡Pues de idéntica manera! En lo que respecta al hotel, hasta un niño daría con ello. Turismo edita todos los años una guía de hoteles de Toulouse. El tipo se limitó a anotar todos los números y a llamar sistemáticamente hasta que llegó a la «M» de Mercure-Saint George. Respondiendo a su petición, el recepcionista tuvo el gusto de confirmarle la estancia del señor y la señora Thiraud. El hotel tiene 170 habitaciones, el telefonista recibe una media de 1.200 comunicaciones al día: me dieron los datos en la dirección. Por desgracia, nadie recuerda una llamada tan anodina.

El portero del Mercure había terminado ya de colocar el equipaje, se acercó a nosotros. Claudine no le prestaba atención. Saqué veinte francos del bolsillo y se los puse en la mano; me lo agradeció con una amplia sonrisa y una reverencia de primera clase. Claudine se dio cuenta de la situación e intentó devolverme el dinero.

—No, guárdeselo. Además, tengo que proponerle algo. Necesito pasar unos días en París para la investigación. Si me acepta de copiloto… le haría compañía durante el viaje.

Ella asintió sin tomarse tiempo para reflexionar. Me reuní con Lardenne, que estaba estacionado en el aparcamiento del hotel, e interrumpí su combate con el cubo de Rubik.

—Páseme la maleta, no voy a coger el tren; la señorita Chenet me ha propuesto que haga el viaje con ella. Para la vuelta, recójame, como estaba previsto, el sábado próximo en el tren de las once.

—De acuerdo, jefe, a menos que encuentre otro chófer de aquí a entonces…

Bien pensado, era la primera vez que me llamaba jefe.

* * *

Habíamos dejado a la izquierda el aeropuerto de Blagnac. El cuentakilómetros del Volkswagen no bajaba de los ciento treinta kilómetros. A ese ritmo, seguro que llegábamos a París por la tarde. Pero a la altura del restaurante de carretera de Saint-André de Cubzac decidió hacer una pausa. No me disgustó en absoluto, y la publicidad en tonos verdes, ensalzando la calidad de los platos que se servían en

la cafetería, no consiguió quitarme el apetito. Un autobús de turistas españoles llegaba en el momento de sentarnos a la mesa. Yo pedí un huevo con mayonesa y carne a la parrilla con patatas fritas. Claudine se contentó con un plato de ensalada y un té. Aparte de los tópicos (¿le molesta el humo?, ¿cierro un poco la ventanilla?), ella no había despegado los labios desde la salida de Toulouse; intenté iniciar la conversación.

—¿Qué tipo de estudios realiza?

La respuesta me sorprendió por su concisión.

—Historia.

Conté hasta diez antes de hacer otra pregunta.

—¿Qué periodo?

Mis esfuerzos fueron recompensados; abandonó su mutismo.

—Los suburbios de París a principios del siglo XX; concretamente, la población que se instaló en el emplazamiento de las fortificaciones, después de su demolición en 1920. Para que se sitúe, se trata aproximadamente de los terrenos que ocupa el proyecto actual del periférico.

Al hablar de sus investigaciones se había animado; decidí seguir en la misma línea.

—¡Es un tema curioso en una joven como usted! He leído algunos libros de Auguste Le Breton; uno esperaría ver a un militar retirado, o incluso a la poli, interesarse por este tipo de estudios. Bernard también era historiador. Era un especialista en la Segunda Guerra Mundial, según creo.

Ella dejó el tenedor y me miró fijamente haciendo un mohín.

—Nada de eso. Preparaba una tesis sobre el niño en la Edad Media. Sus fuentes de información no son exactas.

—¡Era simplemente una suposición! Su novio consultó en el Ayuntamiento y la Prefectura montones de documentos sobre el periodo 1942-1943. He deducido que aprovechaba su paso por Toulouse para consultar archivos no disponibles en París.

Pidió dos cafés al camarero y apoyó la cabeza entre las manos, apretándose las mejillas. Sus largas uñas pintadas y aceradas quedaban a la altura de los ojos. Me puse a considerarla en detalle por primera vez; una evidencia que trataba inconscientemente de eludir acabó por imponerse. Los momentos de intimidad habían acortado distancias. Claudine no era una simple implicada en el caso. Yo ya sabía que tenía que abandonar la ciudad esa mañana, el juez de instrucción me había informado de ello, y me las ingenié para obtener una orden de servicio que me permitiera seguir la investigación en París… En mi corta carrera, me había enamorado dos veces de testigos o de víctimas. ¡Y aún hay quien dice que a la Policía nos falta corazón! En primer lugar, en Alsacia, me había tropezado con Michèle Shelton,

la novia de un joven ecologista asesinado. Luego en Courvilliers, una ciudad-dormitorio de la periferia parisina, no me había resultado fácil confesarme a mí mismo mi interés por Monique Werbel. Tenía mis motivos: cuando la conocí, estaba tendida en una cama porque una bala de nueve milímetros acababa de atravesarle el pecho. Hasta el psicoanalista más negado lograría sacarle los cuartos a cualquier desaprensivo durante diez años, a razón de dos sesiones semanales: ¡Eros y Tánatos, la pareja maldita!

No dejaba de mirarla.

—¿Por qué me mira de esa manera, inspector? Me hace sentir incómoda, como si dudara de mi inocencia…

—¿Quiere que le sea sincero?

—Es lo que se espera de usted, digo yo. Si no, ¿en qué vamos a creer?

—Estoy aquejado de una enfermedad profesional muy extendida entre los policías jóvenes, sobre todo cuando se encuentran frente a una testigo tan guapa.

Retiró sus manos del rostro y se puso de pie bruscamente.

—¡Cómo se atreve, inspector! No le llevo a París para escuchar ese tipo de discursos, sino para facilitar la investigación. No me siento con ánimos de jugar a la viuda ultrajada y, si entierro a Bernard esta semana, quiero que sepa que no estoy dispuesta a volver a vivir otra masacre.

Pronunció la siguiente frase en el túnel de Saint Cloud, quinientos cincuenta kilómetros después.

—¿Le dejo en algún sitio?

—En la esquina de la avenida de Versailles, allí hay una parada de taxis.

No me propuso acercarme a mi destino; al arrancar, hizo chirriar las ruedas contra el asfalto.

* * *

A la mañana siguiente, mi primera visita me llevó a la isla de la Cité. Tuve que enseñar mi orden de servicio cinco o seis veces antes de acceder al fichero central. Después de haber dejado satisfecho al último ordenanza, entré en la sala del cuarto piso. Todo era gris, el suelo, las paredes, los anaqueles. Incluso los empleados vestidos con guardapolvos oscuros, cuyos cabellos y mejillas se habían ido tiñendo del mismo color. Un olor a polvo flotaba en la inmensa habitación. Un viejo olor incrustado a lo largo de los años en los anchos cortinajes que recubrían las ventanas y la serie de puertas de doble hoja que conducían a las escaleras.

Una nota en la entrada me informó de que el sistema de

clasificación se basaba en dos elementos distintos: el apellido de la persona buscada y la dirección con la que figuraba en el censo. Tendí el cuestionario al encargado. Me indicó una silla libre con un movimiento de cabeza. Me senté al lado de un funcionario de Policía abatido por lo ingrato de su labor. La investigación me ocupó una hora; me llamaron a la ventanilla antes de entregarme una ficha parduzca:

A) Fichero alfabético: Bernard Thiraud, desconocido.

B) Fichero de distrito: calle Notre-Dame de Bonne-Nouvelle, número 5, París, distrito 2. Personas fichadas: 1) Alfred Drouet. 2) Jean Valette. 3) Roger Thiraud. 4) François Tissot.

Llené un segundo formulario a nombre de Roger Thiraud y lo devolví al empleado. Se limitó a ir y volver con rapidez, luego escribió directamente la información delante de mí:

A) Fichero alfabético: Roger Thiraud, profesor de Historia en el instituto Lamartine, nacido el 17 de julio de 1929 en Drancy (Seine). Muerto el 17 de octubre de 1961 durante los disturbios del Frente de Liberación Nacional, en París. Elemento europeo probablemente relacionado con el movimiento terrorista argelino.

El servicio del Estado Civil del Ayuntamiento de París me confirmó que se trataba sin duda alguna del padre de Bernard Thiraud. Me dirigí a información general. Un colega con el que había estudiado en la facultad en Estrasburgo dirigía ahora la sección de Identificación. Golpe de suerte, estaba en su despacho, absorto en la lectura de una revista para hombres modernos.

—¡Hola, Dalbois! ¡Qué divertido trabajar en un despacho! ¿El jefe os paga la suscripción?

Se sobresaltó y dejó la revista abierta por la página de la chica del mes.

—¡Cadin, qué sorpresa! Creía que estabas en Toulouse. ¿Qué te trae por aquí?

—Nada comprometido, no te preocupes. Trabajo en un asesinato; un parisino que vino a dejarse matar a dos pasos de mi comisaría. Eso me supone ocho días de gorra en París. ¿Y tú qué? ¿Cómo te va?

Movió la mano imitando el balanceo de un barco.

—Así, así… Depuramos los ficheros. Hay que transferir todo lo que tiene que ver de cerca o de lejos con el terrorismo al nuevo servicio que han creado en el ministerio. Desde hace dos meses no hago otra cosa. Se acabó el trabajo de campo. ¡Me han transformado en un oficinista!

Se levantó, desplegando su larga silueta. La falta de entrenamiento quedaba patente de perfil: un michelín a la altura de la cintura tensaba la tela de su camiseta de verano. Seguía teniendo la tez amarilla de las personas que no toleran el alcohol pero que no

consiguen dejar de beber. En cinco años había perdido la mayor parte del pelo; la calvicie descansaba en una delgada tira que nacía por encima de la oreja y se ensanchaba en la nuca. Conservaba el gusto por los trajes sencillos, aunque la modestia de su paga le obligara a comprar en los Trois Suisses y no en Pierre Cardin.

—Si no es por asuntos del curro, no eres capaz de venir a verme, así sin más, para recordar viejos tiempos. Aunque no siempre teníamos las mismas ideas…

Avancé hacia él y le di un golpe en la espalda con gesto amistoso.

—Nunca llegamos a las manos… En realidad, necesitaría tu ayuda sobre una historia que pasó hace más de veinte años. En octubre de 1961, para ser más exactos.

—¿Qué tiene que ver eso con tu investigación?

Decidí ser franco con él: no dirigía un servicio de información por su cara bonita. A la mínima imprecisión, el tipo se me cerraría para siempre.

—El padre del chico asesinado en Toulouse murió durante los disturbios argelinos del 17 de octubre del 61. Lo he visto en el fichero. Puede ser una pista. Ya habrás oído hablar de los «maleteros», los europeos que recogían dinero para el FLN y lo pasaban a Suiza…

Movió la cabeza y comenzó a balancearse en el sillón.

—Claro que sí. La red Jeanson y todo el follón… En la casa aún quedan dos o tres viejos que siguieron el asunto de punta a cabo. Todas las ramificaciones dejaron de funcionar en julio del 62, en el momento de la independencia. Los informes fueron archivados, enterrados. Creo incluso que todos los franceses condenados por haber ayudado al FLN están amnistiados. No veo qué esperas encontrar por esa vía, salvo complicarte la vida.

La persuasión con la que intentaba convencerme significaba exactamente lo contrario. El tema era demasiado delicado; «el amigo de la infancia» se había transmutado en guardián del templo.

—Supongamos que el padre de Thiraud se mojara en el traslado de las maletas de pasta para el FLN. Su liquidación en octubre del 61 puede ser obra de esbirros encargados de limpiar el paisaje político… En aquel tiempo no se apreciaba mucho a los franceses que se habían pasado al otro lado.

—Te estás pasando, Cadin, ¿te das cuenta de lo que me estás contando?

—Sí, claro. Al principio hubo algunos procesos, pero el resultado producía el efecto contrario: les hacía publicidad y los convertía en mártires. No me vengas a decir que trabajando en el servicio ignoras esos pequeños detalles. Siempre han obrado de idéntica manera. Un antiguo prefecto de Seine-Saint Denis, que dirigía los comandos gaullistas, es el que liquidó a la OAS[1]. En fin, hay otra hipótesis

además de la de los esbirros: no excluyo la idea de que el mismo FLN hiciera el trabajo, por ejemplo, como represalia por la desaparición de un paquete o para castigar a uno que se había ido de la lengua. Incluso diría que esa explicación me parece más satisfactoria, pues tiene la ventaja de establecer un lazo con la muerte del hijo. Imagínate que, al meter las narices en los asuntos del padre, haya descubierto una parte del tesoro de guerra del FLN…

—¡Ahora mismo, al entrar, te cachondeabas de mí porque estaba mirando una revista de desnudos! ¡A ti lo que te gustan son las novelas por entregas! ¿Dónde está escondido tu tesoro de guerra? ¿En una sala secreta del Ayuntamiento de Toulouse?

—Quizá en Toulouse. Es una de las ciudades que cuentan con mayor número de repatriados de Argelia y de gente susceptible de vivir en el pasado. ¡Vale la pena comprobarlo! No te pido más que una cosa: sacar el informe de Roger Thiraud para que pueda echarle un vistazo.

Agarró el teléfono situado en el extremo de su mesa y marcó un número interior de tres cifras.

—Vamos a ver qué puedo hacer por ti.

Su interlocutor debía de tener la línea ocupada, porque tuvo que intentarlo dos veces antes de obtener respuesta.

—¿Gerbet? Soy Dalbois, de Identificación. Necesito hacerme una idea acerca de los mozos de las maletas. Es posible que algunos de ellos se hayan integrado en redes terroristas. Seguro que tienes algún resumen a mano. De momento, mándame el informe de Roger Thiraud, un individuo del FLN, un europeo muerto durante los disturbios de octubre del 61.

Colgó el teléfono muy afirmado. Parecía satisfecho de haber podido demostrar la amplitud de su poder a un pequeño inspector de provincias.

—Lo tendrás dentro de un cuarto de hora. A propósito, ¿te has casado?

—No, no me dejan echar raíces; me trasladan constantemente. Veremos en Toulouse… ¿Y tú?

Se dio unos golpecitos en el vientre y levantó la cabeza.

—¿No se nota? Supongo que tendrás un momento para ver a Gisèle. Es una excelente cocinera. ¿Qué te parece mañana por la noche? Lo arreglaré todo para que mi suegra se quede con los niños.

Acepté por interés. Al menos no tendría que esforzarme por divertir a los chiquillos. Un colega de Dalbois, Gerbet lo más seguro, entró en el despacho y dejó un informe voluminoso sobre la mesa.

—¡Ahí tienes!… Es todo lo que tenemos sobre la red de ayuda a los moros. Quizá estés en una pista importante, porque varios apellidos están marcados en rojo en las listas del terrorismo. Los pasamos una o

dos veces al año. Sobre todo a los que giraban en torno a Burdiel. Pero te aviso, son peces gordos, nunca hemos podido probar nada… Nos limitamos a comprobaciones, coincidencias… y, luego, volvemos a echar el telón. Incluso cuando el grupo Honor y Policía mató a Burdiel, no logramos encontrar nada en contra.

Mientras hablaba, el tipo aquél no dejaba de mirarme de reojo. Dalbois se decidió a tranquilizarle.

—Es un amigo, el inspector Cadin. Está investigando un caso de asesinato en Toulouse. Aprovecha que está de paso en París para visitar a los viejos amigos. Puedes seguir, Gerbet, estamos entre amigos.

Gerbet me estrechó la mano y siguió su discurso de aviso a Dalbois.

—Si metes la nariz ahí dentro, sé prudente. Ejecutaron a Burdiel como consecuencia de una movida en nuestros servicios. Desde el final de la Guerra de Argelia, había abandonado el servicio activo y militaba a favor del acercamiento político entre los palestinos y la izquierda judía. Nos hicieron creer que estaba en contacto con elementos armados, que operaban en territorio nacional, y que su piso era un escondite. Se organizaron unas cuantas filtraciones a partir de documentos de la investigación: la prensa aireó la historia. Una semana más tarde, Burdiel se dejó atrapar por el grupo Honor y Policía.

—De acuerdo. Iré con pies de plomo. ¿Y el informe Thiraud?

Gerbet colocó una carpeta de color amarillento ante Dalbois y la abrió. Contenía tres o cuatro hojas mecanografiadas.

—Me pregunto qué puede interesarte de ese tipo. Su vida se puede resumir en dos líneas…

Dalbois cogió las hojas, a la vez que le espetaba:

—¡Me importa un huevo su vida, lo único que me interesa es su muerte! Déjame estos papelotes y te los devuelvo antes de la noche.

Gerbet me saludó y salió de la habitación.

—Realmente afable, tu colega. Me imaginaba unas relaciones más tensas en un servicio de información. No hay más que pedir con educación que te pasen los secretos de Estado a domicilio, y hecho.

—No, hombre, no exageres. Algunos son reticentes, pero ése no es el caso de Gerbet. Él no puede negarme nada.

—¿Por qué?

—Permíteme mantener la discreción. Mi trabajo consiste en saber el máximo de cosas acerca del máximo de gente posible. Por regla general, se trata de hechos que los principales interesados intentan ocultar. Supón que estás empleado en la Prefectura y que hay rumores incesantes que ponen en duda la integridad moral de tu mujer. Por ejemplo, se deja caer que no hace ascos a la compañía de jovencitas…

—¡Por ahí no van los tiros, ya te he dicho que no estoy casado!

Dalbois sonrió.

—Tampoco es el caso de Gerbet. Dejemos de hablar de esas tonterías. Si sigo, voy a quedar como un cerdo. Veamos el pedigrí de tu buen hombre…

Sacó una ficha de la carpeta.

—… «Roger Thiraud, nacido el 17 de julio de 1929 en Drancy, Seine, muerto el 17 de octubre de 1961 en París, Seine. Profesor de Historia en el instituto Lamartine de París. Casado con Muriel Labord. Un hijo nacido después de la muerte del padre (Bernard Thiraud, el 20 de diciembre de 1961 en París). Domiciliado en el número 3 de la calle Notre-Dame de Bonne-Nouvelle, en París, distrito segundo. Ninguna actividad política o sindical. Miembro de la Sociedad de Historiadores. Su nombre figura en 1954 en una lista de firmas denominada "Llamamiento de Estocolmo"».

—¿En qué consistía ese llamamiento?

Dalbois dejó el papel y me miró.

—Un manifiesto internacional a favor de la prohibición de armas atómicas.

—¿Eso tenía que ver con los comunistas?

—Estaban en el ajo, pero el llamamiento fue firmado por más de un millón de franceses… Si nos ponemos a examinarlo detenidamente, nos encontramos con la mitad de los diputados de la actual Asamblea Nacional, tanto del gobierno como de la oposición. Es difícil conceder demasiada importancia a una lista de ese tipo. Aquí está también el informe del forense: «Muerto de una bala en la cabeza, sien derecha, a consecuencia de los disturbios argelinos del 17 de octubre de 1961. Hora probable de la muerte: entre las 19 y las 24. Autopsia: negativo. Prendas de vestir y objetos diversos encontrados en el cadáver: traje tres piezas de lana, marca Hudson, talla 42, color gris con rayas blancas. Camisa estilo americano de color azul claro, talla 38. Camiseta y *slip* blancos sin marcas. Zapatos negros Woodline con medias suelas nuevas. Calcetines de color negro, marca Stemm. Un reloj de pulsera Difor en funcionamiento; una cartera con un carné de identidad y un carné profesional expedido por el Ministerio de Educación a nombre de Roger Thiraud. Una factura por un total de 1.498 nuevos francos por la compra de un televisor Ribet-Desjardins, provisto de segunda cadena. Ciento veintitrés nuevos francos en metálico. Una entrada de cine del Midi-Minuit». Eso es todo. ¡No parece muy hablador tu cliente!

—No. Me importa un huevo saber si llevaba *slips* Petit Bateau o Eminence… Pero lo que me parece más interesante es saber que frecuentaba un cine llamado Midi-Minuit. ¿Lo conoces?

—De oídas. Actualmente se ha reconvertido en cines porno, pero en la época era el lugar de cita de los aficionados al cine fantástico.

Programaban películas de vampiros, de brujería. Entonces estaba tan mal visto meterse en esos cines como pasar la velada en Pigalle.

—Si me llamara Hércules Poirot, apuntaría el número de la entrada y me dirigiría hacia la cinemateca nacional para averiguar la fecha exacta en que fue expedida. Con esa información, ya puedo saber el título de la última película que vio Roger Thiraud. Y, además, la edad de la acomodadora. ¿Qué más puedo pedir? Nada. Este informe no está completo. O aún peor, es un camelo. Tiene que haber en alguna parte elementos más interesantes… Por ejemplo, la manifestación. Me he informado vagamente acerca de ella, la Prefectura declaró entre cuatro y diez muertos, depende de los comunicados. El SDP, el sindicato departamental de la Policía, publicó un balance que eleva el número a sesenta muertes comprobadas. Por el contrario, la Liga de los Derechos Humanos…

Al oír ese nombre, Dalbois cerró el puño derecho e hizo el gesto de dar por el culo.

—… Sí, ya sé lo que piensas de ese tipo de organizaciones, pero en ese asunto su opinión vale como cualquier otra. Ellos hablan de doscientos muertos la noche de los desórdenes y otros tantos en el transcurso de la semana siguiente. Lo que intento subrayar es que se trata de un asunto importante. Un Oradour[2] en pleno París y nadie sabe nada. ¡Tiene que haber rastros de una masacre semejante…!

Dalbois se rascó la mejilla y se echó hacia atrás en el sillón.

—Voy a ver lo que puedo hacer.

Volvió al teléfono y llamó de nuevo a Gerbet.

—Acabo de echar un vistazo a tus papeles; es poca cosa. Cuando estés libre, ya puedes pasar a recogerlos. Además, aún me quedan dos o tres cuestiones que aclarar.

Después se dirigió hacia mí.

—Viene enseguida. Déjame abonar el terreno y sigue en tu papel de compadre provinciano. ¡A ver si logramos convencerle!

Dos minutos más tarde, Gerbet estaba sentado a mi derecha. Escuchaba a Dalbois, que agitaba la carpeta amarillenta delante de sus ojos.

—Resulta increíble que se recoja a un profesor de Historia en una acera parisina con la cabeza llena de plomo y nadie tome la precaución de practicarle la autopsia. Nada. Tampoco ninguna investigación. ¡Ni se buscan los motivos, ni al asesino! Parece mentira. Según estos papeles, nadie pudo relacionar a Roger Thiraud con el FLN. Aparece como un profe tranquilo e inofensivo. ¿Qué se esconde detrás de todo eso? Seguro que hay algo más. ¿Tienes alguna idea?

Gerbet se removió en el sillón. Se sentía incómodo. Se aclaró la voz.

—Escucha, Dalbois, deja en paz todas esas historias. Eres el

primero que mete la nariz ahí desde hace veinte años. No servirá de nada, ni a nadie, demostrar que un profesor de Historia informaba a una organización subversiva y que el Estado decidió cargárselo. Hoy en día esos asuntos conciernen a dos países, Francia y Argelia. Los gobiernos no tienen ningún interés en resucitar viejos fantasmas. El descubrimiento de los cadáveres de Kenchela nos ha proporcionado la prueba de ello. Unos jornaleros sacaron a la luz más de novecientos esqueletos cuando construían un estadio de fútbol al este de los Aurès. Se trataba, según parece, de soldados del ejército de Boumédienne ejecutados por la Legión, que tenía un campo de prisioneros en ese emplazamiento. Las autoridades argelinas reaccionaron muy discretamente, manteniendo el asunto en el ámbito interno. No se desencadenó ninguna campaña antifrancesa con este motivo. Tuvo que ser un listillo de *Libération* el que se encargara del trabajo.

—¿Quieres decir que habrá que esperar a que salga en *Libération* para conocer las razones de la muerte de Roger Thiraud?

—¡No, hombre, no! Hay que ser claro. La gente que está en el poder actualmente en Francia condenó la acción de la Policía en aquella época. En su inmensa mayoría. Desenterrando el pasado, el gobierno argelino no conseguiría más que predisponer a los unos contra los otros y reavivar los enfrentamientos, los rencores. Es la hora del olvido, incluso del perdón.

—No te entiendo, Gerbet. Si los actuales dirigentes criticaban la acción de la Policía y el papel que se les obligaba a representar, para ellos es una buena maniobra sacar de nuevo el informe y así darse importancia en nombre de la fidelidad a sus principios.

Gerbet no parecía apreciar el sesgo que había tomado la conversación. Se agitaba cada vez más en el sillón y empezaba a lanzarme miradas desesperadas.

—Hablando claro, la Inspección General de Servicios hizo una investigación en octubre de 1961, presionada por los diputados y senadores de la oposición. Un poco al estilo de Begin con las matanzas de Sabra y Chatila. Se encargó del caso a siete jueces bajo la autoridad del ministro del Interior de entonces. No ignoras que ese personaje es hoy en día presidente del Consejo de Estado, lo que da la medida de las precauciones que hay que tomar antes de hojear este informe… Entre otras cosas, los jueces tuvieron que pronunciarse sobre las causas del fallecimiento de sesenta personas, cuyos cuerpos habían sido llevados al instituto anatómico forense al día siguiente de la manifestación. El de Roger Thiraud debía de formar parte del lote. Nueva coincidencia: esta comisión salió a la luz gracias a la insistencia del actual ministro del Interior.

—¿Y el resultado?

—«Sobreseído». Quedó establecido en las conclusiones del informe

que la Policía parisina había cumplido con su misión de proteger la capital de un motín desencadenado por una organización terrorista. Pocos detalles se hicieron públicos. Existen dos volúmenes del trabajo de esta comisión y un resumen de la actuación de los diferentes grupos de intervención durante esa noche. Uno en el Ministerio y el otro aquí, en los archivos de la Policía Nacional.

Dalbois se levantó sonriendo.

—Bueno, pues ése es el que yo deseo consultar…

Gerbet se puso pálido; sudaba la gota gorda. Se había encogido en el sillón, con los hombros encorvados.

—Es absolutamente imposible. Nadie tiene acceso a él. Sólo el ministro tiene facultades para sacarlo de la caja y divulgar su contenido. Ya conoces los decretos respecto al secreto de los documentos de Estado. Cincuenta años en absoluto secreto. No tengo autoridad para derogarlos. Y algunos informes explosivos se pudrirán durante siglos enteros antes de salir a la luz. Sabéis tan bien como yo que los gobiernos necesitan una Policía fuerte y unida. Sacar ahora a la luz pública el asunto de octubre del 61 produciría un efecto contrario. Tendríamos que juzgar las decisiones de un Ministerio del Interior y las de un prefecto de la Policía. Tal barullo provocaría la desestabilización de, al menos, la mitad de los mandos de las Compañías Republicanas de Seguridad, que siguen todavía bajo la autoridad de los mismos oficiales. ¿Quién puede desear tal conmoción? Desde luego no el poder político. La ganancia sería ridícula en comparación con la pérdida de confianza que se produciría en el conjunto de los cuerpos de seguridad e incluso del ejército.

Dalbois decidió poner fin a su tortura.

—Lo que resulta maravilloso en el servicio de Identificación es el conocimiento que poseen de *todos* los informes… Tranquilo, Gerbet, no te pediré que airees los secretos de Estado. ¡Aunque nuestro trabajo consista en crearlos! Si he comprendido bien, el terreno está completamente minado. El mínimo paso en falso y saltamos todos por los aires. Al menos, eso tiene el mérito de la claridad. ¿De verdad que no tienes ninguna fuente disponible de información?

—No existe una solución cómoda. Claro que queda el abecé del oficio. Rebuscar en los periódicos de 1961, octavillas, declaraciones de confidentes. De todo eso tenemos una buena colección en microfilms, además de algunos miles de fotos procedentes de la identificación judicial. Pero nada decisivo. Hubo problemas con el fotógrafo del servicio, un tal Marc Rosner. Debía cubrir la intervención de las Fuerzas Especiales, pero nunca entregó los carretes, al menos ésa es la versión oficial. Al principio de los años sesenta, la fotografía y el cine *amateurs* no estaban tan desarrollados como hoy en día. No disponemos más que de diez o quince negativos, disparados por

transeúntes. Por otro lado, se sabe que un equipo de la televisión belga, la RTBF, rodó una película de cerca de una hora de duración. Estaban aquí en París para cubrir la información acerca del viaje oficial del sah de Persia y Farah Diba, pero filmaron la manifestación, escondidos primero en su propio coche y después en un bar. La tele belga no emitió nada del material rodado, fue la única concesión que nos hicieron… Intentamos comprarles los rollos sin éxito. Puedo proporcionaros las señas de los directores belgas y las de Rosner…

Yo le interrumpí.

—En lo referente a Marc Rosner, no vale la pena, tuve ocasión de interrogarle en una investigación anterior.

Dalbois me fulminó con la mirada, mientras abría la boca. Gerbet se plantó delante de él.

—¿Qué significa eso? No eres tú quien se ocupa de ese asunto… ¿A santo de qué debo ayudar a este señor?

Dalbois le explicó el tipo de interrogatorio relacionado con el asesinato de Bernard Thiraud y el de su padre. Casi consiguió calmar a su colega; le prometió mantenerlo al corriente de nuestras investigaciones. En cuanto cerró la puerta del despacho, Dalbois me echó la bronca.

—Estoy empleándome a fondo para sacar el máximo de información a uno de los individuos que más saben y tú, como agradecimiento, me pones en ridículo. Ni que lo hicieras aposta… Ahora comprendo por qué no consigues mantenerte mucho tiempo en el mismo puesto. ¡Te quitan de en medio por seguridad, por patoso! Dime al menos de qué manera trabaste relación con ese Rosner, eso me interesa.

—Fue el año pasado en Courvilliers. Una oscura historia de montajes fotográficos destinados a pringar a personalidades locales. Como por casualidad, me tropecé con Marc Rosner. Estaba encargado de la parte técnica. Su negocio legal no debía resultarle lo suficientemente rentable.

—¿Por qué? ¿Ya no trabaja para nosotros?

—Desde 1961, no. Un tipo de identificación judicial me contó sus altercados con sus jefes. A Rosner le faltaba un tornillo, le gustaba divertirse con los cadáveres que salían del laboratorio.

—Quieres decir que…

Dalbois parecía realmente horrorizado.

—No, se contentaba con modificar las poses, componía una especie de bodegones. No era una cosa tan perversa y, la verdad, no tenía incidencia alguna en su trabajo. Todo el mundo pasaba, menos el director del gabinete del prefecto, que había decidido cargarse a Rosner. En septiembre recibió dos avisos y fue convocado el jefe de Identificación… La noche de la manifestación Rosner estaba de

servicio; parece ser que captó situaciones muy serias: argelinos empalados en las verjas del metro, violaciones en las comisarías… Con ese material en las manos, Rosner creía tener la sartén por el mango y pensaba que el jefe de gabinete se mostraría más comprensivo. Presumió de ello ante algunos colegas. Unos días más tarde, un equipo de *fontaneros* montó una operación en el laboratorio fotográfico de la Prefectura y en su domicilio. Desaparecieron todos sus archivos. Rosner se encontró en la calle, despedido por falta grave. A continuación, abrió un estudio en Courvilliers: reportajes, bodas, comuniones…

—Es lo que te espera si sigues metiendo las narices donde no te llaman.

—¡No tengo ni idea de fotografía!

—Entonces tendrás que hacerte detective privado. Por cierto, no olvides que cenamos juntos en mi casa mañana por la noche.

* * *

En el ascensor ya estaba buscando un medio de escapar a su invitación. No me apetecía nada conocer a Gisèle Dalbois. La urbanización en el extrarradio, el chalecito con garaje contiguo, las vigas vistas… Dalbois había acertado cuando, al preguntarme si estaba casado, retrató su realidad al masajearse el vientre. La señora Dalbois se limitaba a eso: una mesa repleta. No creía que una velada aburrida consiguiera modificar mi opinión. Caminé hasta la estación Saint Michel y me instalé en la parte de atrás de un taxi con los asientos hundidos. Un pastor alemán dormía en el lugar del copiloto. Sus párpados se levantaban intermitentemente y su cuerpo estaba agitado por tics nerviosos. Hurgué en mi bolsillo, pero apenas saqué un paquete de cigarrillos cuando el animal se puso a gruñir. Su dueño le puso voz.

—No le gusta que se fume en su coche. Ni a mí tampoco. ¿Adónde vamos?

—A Courvilliers, a la calle de la estación. Eso está por Aulnay-sous-Bois.

—Pues va a ser una carrera un poco larga.

Puso en marcha su taxímetro digital. Me sumí en la atenta observación del cambio de las cifras rojas, con particular ternura ante la pureza de la transformación, con ayuda de una sola barra, del 5 al 6 y del 8 al 9. A intervalos regulares, el conductor intentaba iniciar una conversación sobre los vicios de conducta comparados entre árabes y negros. Desesperado por mi silencio, intentó entablar un contacto antisemita sin mayor éxito. Cuando se le acabaron los argumentos, se refugió en la interpretación silbada de los últimos éxitos de Sergio

Lama.

El perro se incorporó en su asiento a la altura del Parque de Exposiciones y se sacudió. El habitáculo se llenó rápidamente de pelos grises y leonados. El conductor golpeó afectuosamente el lomo del animal y consiguió que se quedara quieto. El coche dejó la autopista para rodear los inmensos talleres de la fábrica Hotch, luego se dirigió hacia el barrio de la estación.

—Ya hemos llegado. Serán 62 francos más 20 por la vuelta.

Rebusqué en mis bolsillos y le entregué el importe exacto.

—Pues no es usted muy generoso que digamos. ¿Y la propina? ¿Para quién?

Me incliné sobre la ventanilla mientras me sacudía la chaqueta y el pantalón.

—¡Para la tintorería! La voy a necesitar para pagar la limpieza…

El taxi arrancó haciendo chirriar los neumáticos. Giró hacia el enlace con la autopista, pero aún se podían escuchar las voces del chófer y los ladridos del pastor alemán.

[1] Organización terrorista francesa de extrema derecha, contraria a la independencia de Argelia. *[N. de la T.]*

[2] Oradour-sur-Glane, pequeño pueblo de la región del Limousin, fue destruido y sus 642 habitantes asesinados el 10 de junio de 1944. El objetivo no era militar, sino intimidatorio para la sociedad civil y la Resistencia. *[N. de la T.]*

Capítulo V

El estudio de fotografía no había cambiado de aspecto desde hacía un año. Empujé la puerta; una campanilla anunció mi llegada a una joven que estaba llenando un estante con carretes vírgenes. Se volvió hacia mí y me preguntó qué deseaba. Poseía un rostro perfecto, con los rasgos regulares y suaves. Algunas pecas muy claras, diseminadas por los pómulos salientes y bajo sus ojos, hacían juego con el color de sus cabellos. Pero el modulado armonioso de su voz no conseguía evitar el extremo nerviosismo que provocaba su acentuada tartamudez.

—¿Qu… qué de… sea us… us… ted?

—Soy el inspector Cadin; vengo a ver al señor Rosner. ¿Sigue trabajando aquí?

Se empeñó en responderme. Yo apreté los dientes y los puños para no gritarle que me lo escribiera y pusiera fin al tormento.

—Mi… pa… padre está ha… ha… haciendo un re… repor… portaje de… del parque de ex… exposi… cio… ciones pa… para el Ayu… Ayunta… tamiento.

—Gracias. Dígale que le espero en el Bar des Amis.

El fotógrafo llegó a la media hora, siempre tan robusto, vestido con su eterno traje de pana negra gastado en las rodilleras, con una Leica colgada del cuello. Parecía de buen humor.

—¡Vaya sorpresa, inspector! No acababa de creerme lo que me decía mi hija. ¿Así que vuelve con nosotros?

—No, mi plaza está en Toulouse. Estoy aquí por una investigación un poco especial… Por casualidad, alguien pronunció su nombre delante de mí en relación con los acontecimientos del caso que investigo.

Se inclinó hacia mí; sin pronunciar palabra, me hizo una señal para que continuara. Le resumí brevemente el caso Thiraud.

—¿Y qué espera usted de mí, inspector?

—Me gustaría que me contara sus recuerdos de octubre del 61. Sobre todo si se dio un garbeo por el Faubourg Poissonnière. Tiene mi palabra de que no lo mencionaré en el informe. Deseo únicamente comprender qué es lo que pasó en realidad aquella noche. Nadie quiere hablar de la cuestión, y prácticamente no se encuentran pistas… Sin la muerte de Bernard Thiraud en Toulouse, probablemente no me hubiera enterado de nada.

Rosner se echó para atrás en la silla y comenzó a balancearse.

—¿Qué sacará removiendo el pasado, inspector? No creerá que entre mis recuerdos va a aparecer el nombre del asesino. Aquella

noche gasté un montón de rollos, trescientos cincuenta negativos tirando por lo bajo. No recuerdo haber retratado a un solo europeo, aparte de la bofia.

—¿Hubo muertos entre las fuerzas del orden?

—Ninguno, ni siquiera heridos. Pero algunos antidisturbios me pidieron que los sacara en la pose del cazador, con la bota encima de un argelino… Eso sí que me sigue sorprendiendo cada vez que lo pienso. Los manifestantes no llevaban armas; en ningún momento intentaron contraatacar. En el mejor de los casos, intentaban huir o refugiarse en los portales de los edificios, contradiciendo totalmente las informaciones que daba el centro de control. Al principio de los disturbios, la coordinación de todo el servicio policial, una especie de núcleo de emergencia instalado en la Prefectura, hablaba de una decena de polis muertos a manos del FLN en la Madeleine y los Campos Elíseos. Yo salí a escape hacia allí con un vehículo de las Fuerzas Especiales. Se habían puesto como locos al oír la radio… auténticas bestias. Llegados al lugar, ¡nada! Nos informamos bien; ni uno solo de los nuestros tenía el menor rasguño. Por el contrario, a partir de ese momento, los argelinos empezaron a recibir hostias sin tino. En un cuarto de hora conté seis cadáveres…, y no hablo de los heridos. De la Madeleine bajé hacia Ópera. La refriega era muy seria en todo el barrio. Recuerdo una escena en particular, un grupo de manifestantes perseguido por la Policía se había metido en el Café de la Paix, en el bulevar des Capucines. Los polis no tuvieron necesidad de cercar el refugio; los propios clientes y el personal de servicio les ahorraron el trabajo expulsando a los fugitivos. Me voy acordando punto por punto… Justo unos momentos antes, me había detenido ante el Olympia para fotografiar el perímetro de reagrupamiento de los manifestantes prisioneros. Recuerdo el anuncio del espectáculo…, lo había incluido en el encuadre: una actuación de Jacques Brel. Un poco más tarde, un motorista me llevó hacia arriba por el bulevar des Italiens a Richelieu-Drouot. Una veintena de autobuses de la tercera compañía de antidisturbios se encaminaban a la plaza de la República. Me dispuse a seguirles.

—¿En la moto?

—No, en una de las tanquetas. ¡Iban armados hasta los dientes! Fusiles, lanzagranadas, pistolas, sin contar las porras. Todos querían una foto antes de empezar la faena. Muchos de ellos habían servido en Argelia; el conductor mandaba un DOP en la región de Orán…

—¿Mandaba el qué?

—Un Dispositivo Operacional de Protección. Era una especie de destacamento de quince o veinte guripas, que estaban encargados de controlar un pequeño sector geográfico, estableciendo contactos con elementos indígenas… Poco a poco, su misión se circunscribió a

desmantelar las redes de ayuda a los guerrilleros por todos los medios. ¡Se ha hablado mucho de la picana, pero desgraciadamente no era lo peor! ¡Quemar la planta de los pies con un soplete tampoco está mal! ¡Ah, los DOP! Entonces los daban a la entrada de las piscinas… ¿No conoció eso, inspector? Los pequeños envases individuales de champú. Lavado de cabeza y lavado de cerebro en la misma operación. Volviendo a aquella noche que usted dice, formaron una barricada con los autobuses, más abajo del cine Rex, y empezaron a disparar. Me refugié en el vestíbulo del Midi-Minuit. Siempre recordaré el título de la película que proyectaban aquel día, *The body snatcher,* con Boris Karloff y Bela Lugosi.

—Ya no tendré que ir a la cinemateca…

Marc Rosner dejó de hablar; hizo una señal al dueño para que sirviera otros dos cafés.

—Ah, sí, ¿por qué?

—Parece que Roger Thiraud había asistido a una sesión de cine antes de ser asesinado. En todo caso, llevaba encima una entrada del Midi-Minuit cuando lo encontraron muerto.

—No creo que le metieran a propósito una entrada de cine en el bolsillo… Los profes de Historia tienen todo el derecho del mundo a ver el cine que les guste. En cuanto a mí, desde ese lugar cubrí la parte esencial de mi trabajo con el ojo pegado al visor. Voy a confesarle una cosa: lo que importa, llegado ese momento, es la foto. Realmente, no se ve lo que sucede, sino la luz, los volúmenes, el encuadre. El fotógrafo no es un testigo; es su película la que está ahí para desempeñar ese papel. En el momento de apretar el disparador, fijamos una imagen, pero no la comprendemos. ¿Conoce la foto de un reportero de El Salvador que está fotografiando al soldado que le apunta? Hizo la foto en el momento preciso en que el soldado apretaba el gatillo. Seguramente sabía que arriesgaba la vida, pero no llegaba a analizarlo. El objetivo era como una pantalla. Quizá yo haya fotografiado la muerte del hombre que usted dice, pero puede estar seguro de que no lo vi.

—No se esfuerce, Rosner, comprendo muy bien que no quiera ayudarme. Nada le obliga a hacerlo.

—Se equivoca, inspector, no me estoy escabullendo. El 17 de octubre es una fecha muy importante para mí. Marca el fin de mi carrera de poli. ¡Puede que no se lo crea, pero era un trabajo que me gustaba de verdad! No he hablado de ello con nadie desde hace veinte años. Me había prometido a mí mismo olvidarlo todo. Sin embargo, me ha pillado de improviso y le estoy confesando lo que más me afecta. Déjeme tiempo para ordenar mis ideas. Creo que crucé la calle del Faubourg Poissonnière, delante de *l'Humanité.* Me tomé un café en el bar del gimnasio. Allí había un equipo de la televisión belga. No

creían lo que estaban viendo con sus propios ojos, acostumbrados a las rivalidades entre valones y flamencos. Se habían parapetado detrás de la gramola. El cámara no paraba de rodar. De todos modos, creo que no sacaron gran cosa; se iba haciendo de noche y, claro, resultaba un poco difícil instalar los proyectores y todo el follón, dirigidos hacia la bofia. Yo trabajaba con flash. Después del café, me pasé al otro lado, al teatro. Unos antidisturbios desalojaban a un grupo de argelinos que habían conseguido colarse entre bastidores. Me quedé allí hasta las nueve para recobrar aliento. El director me pasó una copa de champán; celebraban el estreno de una obra y el tío debió de tomarme por un fotógrafo de prensa.

—¿No vio nada extraño al otro lado del bulevar, hacia la calle Notre-Dame de Bonne-Nouvelle?

—Nada… Lo siento, inspector. Cuando abandoné el teatro, me dirigí directamente al parque de exposiciones de Porte de Versailles, donde agrupaban a los manifestantes detenidos. La Prefectura no había encontrado un estadio lo suficientemente grande ni lo bastante cercano. ¡Habría estado mal visto amontonar prisioneros de guerra en el estadio de Colombes! En Bonne-Nouvelle disparaban en todos los sentidos. Fue allí donde se recogió el mayor número de muertos y heridos, exceptuando el patio interior de la Cité.

—¿Quiere decir que murieron manifestantes en el interior de la Prefectura? Es imposible, nunca hubieran conseguido entrar allí.

—No, nada era imposible en esa noche de locura. El gobierno reconoció tres o cuatro muertos… Una cifra que conviene multiplicar por cincuenta, por lo menos, para aproximarse a la verdad. Un equipo del instituto anatómico forense fue llamado hacia las dos de la madrugada del 18 de octubre para hacerse cargo de cuarenta y ocho cadáveres, en un solo lote, en el jardincillo colindante con Notre-Dame antes de las obras del aparcamiento subterráneo. Ni uno solo había muerto por herida de bala. El diagnóstico era el mismo para todos ellos: apaleamiento. Según insistentes rumores, se trataba de responsables del FLN transferidos directamente a la Cité para interrogarlos. Se encontraban bajo vigilancia en un local del primer piso cuando, de pronto, una decena de polis entraron en la sala apuntando con metralletas. Los prisioneros creyeron que había llegado su última hora y se precipitaron sobre la puerta del fondo, que cedió ante su empuje. Como por casualidad, esa puerta daba directamente a la sala del estado mayor del prefecto. No era cuestión de disparar allí. El prefecto y cuantos le rodeaban oyeron el estrépito. Enseguida pensaron en un ataque del FLN contra el dispositivo central. Dirigieron a toda la guardia de la Cité contra los prisioneros. Resultado: ¡48 a cero! Una buena goleada. Al lado de esas cifras, los embolados de hoy parecen juegos de niños. Le cuento todo eso,

inspector, a pesar de que nunca haya tenido lugar oficialmente. No existen pruebas ni rastro de esos 48 cadáveres. El instituto encontró una causa real y seria para explicar cada muerte y las mandó a las mazmorras de la Historia. ¡Mejor para todo el mundo que se queden allí! Déjelos tranquilos o se vengarán como Drácula, revivirán con nuestra propia sangre.

Por primera vez, Rosner había dejado el tono irónico que mostraba siempre. Se levantó apoyándose en la mesa.

—Parece complacerse metiendo las narices en los casos más cenagosos, inspector, pero no se sale del fango removiéndolo…

—¿Cómo, entonces?

—Sencillamente, metiendo en él a los demás.

* * *

Regresé a París en el tren de cercanías y llegué a la estación del Norte un poco antes de las cinco. Los escasos viajeros apresuraban el paso hacia las paradas de autobús. Crucé la galería comercial y fui a desembocar a la explanada. La plaza gris estaba vacía. Delante de mí caminaba una pelirroja y yo observaba distraídamente los movimientos de sus piernas. A cada paso, el tejido de su falda se tensaba marcando la braga de manera discreta pero insistente. La intensidad de mi mirada era tan fuerte que la mujer se giró y me observó de la cabeza a los pies, manteniendo una larga y desafiante mirada a mi entrepierna.

Llevaba una camiseta con el nombre de Nathalie impreso. Se alejó en dirección a la estación del Este.

Tuve la idea de visitar a la señora Thiraud, pero renuncié. Me parecía más correcto fijar una cita y dejarle la iniciativa de la hora y el lugar de nuestro encuentro. Me senté en la barra del bar Ville de Bruxelles para pedir una Gueuse cuando, de repente, me asaltó una idea. Abrí mi agenda y pedí al camarero que llamara a un número de Bélgica. Cinco minutos más tarde, la telefonista de la Radio Televisión Belga Francófona respondía a mis deseos.

—Quisiera hablar con el señor Deril o bien con el señor Teerlock, del servicio de Informativos y Reportajes. Es sobre una película realizada para el programa *Nueve Millones*.

—Ese programa ya no existe desde hace casi diez años. Dejó de emitirse en el 73. Ya hemos sobrepasado los diez millones de habitantes… El señor Teerlock se jubiló el año pasado, pero puedo ponerle en contacto con el señor Deril. Está a cargo de los temas de actualidad para el telediario de la noche.

Me cuidé muy mucho de no responderle, para evitar que me contara la historia de los telediarios desde sus comienzos; conseguí

que me pasara con Jean Deril.

—Soy el inspector Cadin, de Toulouse. Estoy investigando actualmente la muerte de un joven, cuyo padre murió a su vez en los acontecimientos de octubre del 61, en París. Disponemos aquí en Francia de pocos documentos al respecto, al menos de documentos accesibles. Me gustaría visionar las películas que ustedes realizaron entonces…

—¡Qué sorpresa! Sobre todo por parte de la Policía… Después de veinte años, empezaba a convencerme de que la justicia francesa no tenía ningún interés por estos documentos. Estoy de acuerdo en ponerlos a su disposición. Podemos fijar una fecha.

—Muy bien, ahora estoy en la estación del Norte. El próximo tren para Bruselas sale a las 17:15. Puedo estar con usted esta noche a partir de las ocho.

—Me encanta su decisión, inspector. De acuerdo. Pero no venga a la sede de la televisión, en el bulevar Reyers, ya no estaré. Estamos rodando una secuencia en el mercadillo de la plaza del Jeu de Balle, a dos minutos en taxi de la Estación Central. Es imposible que no nos vea, habrá tres furgonetas de material, más la de dirección. ¿Qué quiere visionar exactamente? Teerlock había preparado un montaje comentado de diez minutos que nunca se emitió. ¡Su embajador se empeñó en que así fuera! A pesar de eso, conservamos en los archivos la totalidad de la película sin montar, casi una hora de imágenes mudas.

—El montaje no me interesa. Me basta con las tomas en bruto. Hasta ahora mismo, en el mercadillo.

No hace falta más que pasar una frontera para creerse en plena aventura. ¡Cambrai, Valenciennes, Mons! Ya estaba disfrutando por adelantado de mi incursión en territorio belga. La vez anterior fue hace dos años. Entonces trabajaba en Hazebrouck, sumido en la más profunda desesperación, y terminaba, con más frecuencia de la que hubiese sido deseable, en una taberna que cerraba al amanecer. Una noche, deprimido más que de costumbre, me aposté con el dueño que tomaría café en Bruselas y estaría de regreso para el desayuno. Habría podido dar una vuelta por cualquier sitio e inventarme una historia. Nadie hubiera dicho nada, sólo querían pasar el rato otra noche y ya está. Pero yo insistí y prometí, además, traer el recibo de la caja del bar belga. La carrera no tenía nada que ver con el París-Dakar, pero impresionaba a los de Hazebrouk, algunos de los cuales nunca habían visto el mar, que distaba a unos cincuenta kilómetros. ¡Si es que se puede llamar mar a lo que se encuentra junto a la costa, por Dunkerque, Bray les Dunes, Loon playa, Wissant, Ambleteuse! ¡Nada que ver con la sonoridad de nombres como Saint-Trop, Ramatuelle o Juan-les-Pins!

Tenía que hacer trescientos kilómetros; la ida transcurrió sin problemas. Llegué a Bruselas por la carretera de Tournai y me encontré en medio de una ciudad siniestrada, abierta en canal, complicada con desvíos y direcciones prohibidas. Tardé más de una hora en llegar al casco viejo, donde un cartel enorme advertía a los visitantes de la duración de las obras del metro, agradeciéndoles su comprensión. No había ninguna tienda abierta, lo que contribuía a reforzar mi impresión de estar atravesando una ciudad en estado de guerra. Evité todas las trampas que habían dispuesto en mi camino los topos belgas; aparqué en la Grand Place. Una linterna roja brillaba bajo las arcadas. Me acerqué al escaparate débilmente iluminado, soñando ya con el ruido sordo de la jarra de cerveza sobre el mostrador. Empujé la puerta dispuesto a gritar mi pedido al camarero. La sorpresa de los agentes de guardia en la comisaría del barrio fue al menos tan grande como la mía.

Aquella noche no sólo averigüé que una lucecita roja indicaba la comisaría de la Grand Place. También me enteré de que una placa de latón (me aseguraron que era de oro), en el pavimento de la plaza de Notre-Dame de París, marcaba el kilómetro cero de las carreteras nacionales francesas. Eso sucedía en un bar de las afueras, a la vuelta, cerca de Halle. Me había sentado en un taburete alto, cerca de lo que al principio tomé por un flamenco rosa. Observaba el lugar bebiendo la ansiada cerveza: un tugurio de las afueras en el que mi flamenco, una gallina vestida de muselina rosa, esperaba pacientemente a un probable camionero retrasado.

El dueño, en plan confidencial, me contó que había vivido en París antes de la guerra. Me enseñó algunas botellas de alcohol de las que se enorgullecía como poseedor exclusivo. No ahorraba elogios acerca del *gignolet-kirsch*[1]; me obligó a brindar por la amistad franco-belga. Después habló a grandes rasgos de la colocación del kilómetro cero en Notre-Dame…

El tren entró en la Estación Central un poco antes de las ocho y media. Cogí un taxi y le indiqué la plaza del Jeu de Balle.

—Muy bien, señor, está aquí mismo, todo recto, pero tengo que dar la vuelta a Saint Gudule a causa de las obras.

—¿Siguen las obras del metro?

—¡No, ésas ya han terminado! Ahora son las de ampliación de la estación. ¡Mire, ahí está la iglesia de Saint Gudule! Entre el edificio del Banco Nacional belga y el de la compañía aérea Sabena… En este país se cargan todo, ¡como si en París hubieran construido las torres de la Défense al lado de Notre-Dame…! ¡Uno de estos días pondrán el Manneken-Pis en un retrete y habrá que meter una moneda para verlo mear!

Me dejó en la esquina de la calle Haut con la calle Renards. La

plaza estaba bloqueada por un cordón de la Policía; en cuanto pronuncié el nombre de Deril me dejaron pasar. Me dirigí directamente al camión de dirección estacionado en un recodo de la calle Blaes. Un hombre de unos cincuenta años, con el pelo gris flotando sobre los hombros, me miró fijamente a través de unas gafas redondas con montura metálica.

—Estoy citado con el señor Deril, el director.

—Está usted de suerte, inspector, soy yo. En un minuto estoy a su disposición. Tengo que señalar unas marcas para el movimiento de la grúa.

Le seguí con la mirada. Movía la cabeza, los brazos y la cabellera en medio de un grupo de técnicos, daba órdenes, escuchaba las sugerencias. Regresó al camión donde estaba yo.

—Me habló de un mercadillo por teléfono. Esperaba encontrarme una plaza llena de tenderetes y turistas.

—Es para mañana por la mañana, inspector; nosotros tomamos el espacio desierto, sin un solo figurante. La cámara va a pasearse por las fachadas y por el suelo, siguiendo un itinerario preciso. Mañana hacia las once, cuando el mercadillo esté funcionando a pleno rendimiento, volveremos a hacer exactamente el mismo recorrido… Bueno, no ha venido desde París tan rápido para asistir al rodaje de un tema que conoce, por lo menos, tan bien como yo. ¡Mercadillos hay en todas partes!

—Es verdad. No dispongo de mucho tiempo.

—No es el primer francés que se interesa por esta película sobre las manifestaciones de los argelinos. Los servicios de seguridad de su país han intentado comprar el original y las copias a la RTBF, pero la Dirección no lo ha consentido. Imagino que los responsables de la matanza no desean que se haga publicidad de las consecuencias de sus órdenes… Es una petición de hace más de veinte años. Justo después de que apareciera una página en *Le Soir* con una entrevista a Teerlock. Hasta entonces, creo que todo el mundo ignoraba la existencia de esas bobinas.

—Salvo la dirección de su cadena.

—La televisión belga ha sabido desligarse del poder político mucho antes que sus homólogas francesas… Nadie presiona a los periodistas para obligarles a retirar un tema determinado. Para ser absolutamente sinceros, no estábamos en París para cubrir esa manifestación, sino para rodar una serie de conciertos de Jacques Brel en el Olympia. Recuerdo que estrenaba al día siguiente durante una quincena y se había anulado el ensayo general. Brel estaba obligado por un contrato antiguo, el 16 de octubre por la noche, en los salones del Ministerio de la Marina. Un cartel fantástico: ¡Jacques Brel, Charles Trenet, la orquesta de Jacques Hélian y… Farah Dibah! Habíamos conseguido

invitaciones para la recepción en la embajada de Bélgica. ¿No se enteró usted de lo del viaje oficial del sah de Persia con su esposa a Francia?

—¡No, no tuve el placer!

—Repasé todas las páginas del listín telefónico. En Bélgica, no hubiese llamado tanto la atención; pero ver a la guardia republicana rendir honores al emperador de Persia escapa a mi comprensión. ¡Nunca entendí qué hacía el gran Jacques Brel en ese berenjenal!

Nos sentamos en el camión de dirección. Deril se colocó delante de un monitor conectado a un vídeo. Introdujo una casete.

—Lo he comprobado, tardará una hora y siete minutos. Si una escena le interesa especialmente, sólo tiene que anotar el número que aparece en el contador y nosotros podemos sacar algunas fotos. Le dejo, aún me queda mucho trabajo por hacer.

Las imágenes desfilaron ante mis ojos, cada una más insoportable que la anterior. La primera parte del documento había sido rodada desde un coche circulando por París. Un gran número de enfrentamientos oponían a manifestantes desarmados y azorados contra grupos compactos del Cuerpo Republicano de Seguridad y de las Fuerzas Especiales, decididas y motivadas. La ausencia de sonido daba más fuerza aún a las escenas de violencia.

Bruscamente, el coche se detuvo y luego se acercó lentamente a una acera. Una panorámica efectuada a mano por el cámara me permitió identificar el barrio de la Porte de la Villette. Los antiguos edificios del matadero aún estaban en pie junto al caserón de piedra del Banco Gravereau. El plano terminó en la negra superficie del estanque de la Villette, allí donde el canal del Ourcq se une al canal Saint Denis. El objetivo se elevó de golpe y el operador maniobró el zoom para captar a un grupo de hombres que se afanaban en la calle Corentin Cariou; se dirigían a las barandillas del puente. La lluvia hacía brillar los chaquetones de cuero y los cascos. De pronto, un cuerpo fue arrojado al agua. Me pareció oír el choque del cadáver en contacto con la superficie líquida. Le siguió otro, después otro más. El mismo movimiento repetido once veces. Y de nuevo las luces. La fachada del Grand Rex, el anuncio de *Los cañones de Navarone.* En una valla, una publicidad en blanco y negro de la primera aspiradora Tornado cubría la mitad del anuncio de una enciclopedia por fascículos: «A partir del 25 de octubre, TODO EL UNIVERSO por un franco cincuenta a la semana».

Un primer plano registró el rostro de una joven argelina, pronto tapado por un uniforme negro. Cuando el policía salió de cuadro, un rostro de hombre reemplazó al de la mujer; una porra golpeando. El ángulo de la toma varió una vez más. Una parte de la imagen estaba ocupada por la parte superior de una gramola. Se trataba casi con

seguridad de la secuencia a que se habla referido Rosner aquella misma mañana en Courvilliers.

Un destacamento de antidisturbios rodeaba a un puñado de manifestantes. Unos autobuses de la RATP estaban estacionados más adelante, hacia la calle Sentier. Los argelinos fueron conducidos allí sin ningún miramiento. Los autobuses iban saliendo uno tras otro, llenos a rebosar. Algunos cuerpos colgaban peligrosamente de la plataforma trasera. Sólo iba el conductor con una carga humana. Cien, ciento cincuenta prisioneros. No obstante, ninguno de ellos pensó en huir ni en liberar a sus compañeros. París estaba cercado, toda huida parecía condenada de antemano al fracaso.

La cámara se desplazó hacia la izquierda y subió por el bulevar Bonne-Nouvelle. El director captó en detalle el escaparate del café Madeleine-Bastille y se detuvo en la esquina de la calle Ville Neuve.

Un CRS caminaba por la acera lentamente; se quitó el chaquetón de cuero sin preocuparse de lo singular de este gesto en mitad de un barrio en pleno motín. Parecía ignorar los combates encarnizados a su alrededor, así como la lluvia torrencial. El operador no se detuvo en esta escena sorprendente; volvió unos metros hacia atrás a centrar el objetivo en el cuerpo de un herido. Pasaron treinta segundos interminables antes de que la cámara siguiera su recorrido. El CRS seguía avanzando con paso acompasado. Dejó atrás la calle Thorel. Llegado a la altura de la calle Notre-Dame de Bonne-Nouvelle, se detuvo, como si vacilara, luego giró y subió los escalones. Allí había un hombre, de pie, con un ramo de flores y un paquete de pasteles en las manos. El CRS se colocó a su lado.

En primer plano agrupaban a los argelinos, todos con las manos en la nuca. Un capitán dedicaba toda su energía a contener a sus hombres que, en el colmo de su excitación, no cesaban de golpear a los prisioneros. Las imágenes siguientes estaban tomadas delante de la Ópera de París, donde la Policía estaba instalando un cordón de seguridad destinado a proteger a los espectadores de *Les Indes Galantes.* Después la pantalla quedó vacía. Apreté la tecla de parar y esperé la vuelta de Deril. A través de la ventana lo veía comprobar la orientación de los proyectores y modificar las trayectorias de los focos. Terminó sus ajustes y vino a reunirse conmigo en el camión.

—¿Ha encontrado algo interesante, inspector? Parece satisfecho.

Sacudí la cabeza.

—Sí, he podido reconocer al tipo que buscaba. La imagen se encuentra en el cliché 813, hacia el final de la cinta. Si vuelve a poner en marcha este aparato, se la enseño.

Visionó la escena, extrajo la casete y pidió a uno de sus asistentes que fuera a los estudios para sacar una copia del fragmento en que se veía al CRS apoyado en la barandilla de la escalera al lado de Roger

Thiraud. Luego, me cogió por los hombros.

—Le invito a cenar, inspector. No puede marcharse de Bruselas sin hacer honor a nuestra cocina. Aquí aún tienen, como mínimo, dos horas de ajustes. ¡Es una locura el tiempo que se pierde esperando! Pero el cine es así. Hay cincuenta tipos que trabajan a mis órdenes, uno detrás de otro, aportando cada uno su toque personal y una profesionalidad irreprochable. Sin embargo, es el director el que se va a cenar y se lleva todas las felicitaciones. Venga, vamos, le llevo a My father Mustache. No hay nada igual en Francia. Una asociación de estudiantes compró un antiguo cine en quiebra. Han sustituido los sillones por mesas de madera y filas de bancos. Sirven especialidades de cocina belga. Cada cuarto de hora, apagan las luces y proyectan cortometrajes mudos, Laurel y Hardy, Harold Lloyd, Charlie Chaplin o Buster Keaton. Dos o tres veces cada noche dejan actuar a un cantante o a un grupo, casi siempre se trata de chavales que se buscan la vida en la calle. Ingleses, alemanes, japoneses…; bueno, cualquier nacionalidad es bienvenida.

En la mesa, me aconsejó un plato de Namur, anguila escabechada; pidió dos cervezas Kriek de un litro.

—Ahora va a comprobar por qué tiene tanta fama la anguila marinada en vinagre antes de hacerla a la plancha. Se sirve fría, con gelatina. Por cierto, ¿sabe que el mismo río riega nuestras dos capitales?

—No, se equivoca. El Sena nace cerca de Dijon y desemboca en el canal de la Mancha, entre El Havre y Honfleur, sin salir de territorio francés.

Estalló en una sonora carcajada.

—¡Ah, qué susceptibles son ustedes cuando se trata de su país! Pues claro que el Sena no discurre al lado de las fachadas burguesas de la plaza De Broukère, pero casi… Nuestro río se llama el Senne, con dos enes. ¡De buena se ha librado! Bruselas es una ciudad digna de Alphonse Allais: coja, por ejemplo, los bulevares del cinturón que siguen el trazado de las antiguas fortificaciones. El bulevar de Waterloo se parece mucho al bulevar de L'Abbatoir.

Una vez engullida la anguila, regresamos a la plaza del Jeu de Balle, donde ya me esperaba el cliché copiado del reportaje. Deril llamó un taxi e insistió en pagarlo por adelantado. Le prometí tenerlo al corriente de mis investigaciones.

El litro de cerveza hizo sentir sus efectos en el tren que me devolvía a París. Entonces comprendí por qué este pueblo afable había escogido al Manneken-Pis como emblema.

[1] Licor a base de cerezas y kirsch. *[N. de la T.]*

Capítulo VI

La señora Thiraud aceptó recibirme al día siguiente, al final de la tarde. Aproveché las horas que me separaban de la cita para deambular por París. Llegué con antelación a los bulevares y me dediqué a rehacer, casi inconscientemente, el trayecto que había efectuado el CRS veinte años antes, mientras lo estaban filmando los cineastas belgas. Pocas cosas habían cambiado desde entonces, aparte del cartel del Rex, que anunciaba una película de dibujos animados de Walt Disney, y del autoservicio de *l'Humanité,* que se había convertido en un Burger-King.

Crucé el bulevar frente Madeleine-Bastille, cuya terraza ocupaba la mayor parte de la acera. Un grupo de turistas japoneses en camisetas y blusas blancas bajaban de un autobús de dos pisos París-Visión, señalando con el dedo el Teatro del Gymnase, cuya cartelera anunciaba un espectáculo de Guy Bedos. Para mi gran sorpresa, todo el grupo se precipitó al vestíbulo, siguiendo al guía. Subí hacia la puerta de Saint Denis, pasé la calle Ville Neuve y luego la calle Thorel. Notre-Dame de Bonne-Nouvelle no desembocaba en el bulevar, ya que está situada a una altura diferente. Por ese lado, se terminaba en dos escaleras: la primera, ancha y ligeramente curvada; la segunda, estrecha y empinada. Al franquear los peldaños de una y otra, se accedía a un barrio totalmente diferente al de los grandes bulevares. El relumbrón de los letreros, los luminosos de los bares, dejaban paso al ajetreo anárquico de los oficios relacionados con la confección. A partir de la calle Beauregard, empezaba el reino de las telas, todo un mundo industrioso de costureras, modistas, bordadoras y cosedoras, tan exóticas, que daba la impresión de que acabaran de llegar de las llanuras de Anatolia o del Nilo, o bien minúsculas asiáticas supervivientes de un exilio indochino. Chicos de los recados pakistaníes o bengalíes, con un turbante de impresionante blancura, acarreaban enormes rollos de tela; tenían una enorme habilidad para conducir carretillas por aceras y calles, evitando perros, coches y peatones.

La calle Notre-Dame de Bonne-Nouvelle, encajonada entre los bulevares y la calle Beauregard, constituía un islote de tranquilidad; la imponente presencia de la iglesia que le daba nombre contribuía a ello. Me senté en la barra del bar Des Quince Marches y pedí una caña, que me sirvió un camarero manco. No le quité el ojo durante varios minutos, asombrado por su destreza para exprimir limones, preparar perritos calientes, untar con mantequilla los bocadillos, sostener los vasos, las barras de pan o las salchichas con la ayuda de

su muñón. El dueño se me acercó desde el otro lado de la barra. Su mirada pasó rápidamente del camarero a mí.

—Le extraña, ¿verdad? ¿Es la primera vez que viene por aquí?

Le respondí afirmativamente.

—Al principio, la clientela queda impresionada, pero termina por acostumbrarse.

Señaló al camarero con un gesto de la barbilla.

—Es un veterano del Arsenal, como yo. Trabajábamos juntos en explosivos, con nitroglicerina. Yo tuve suerte; él, no. Yo retiré la mano y él la dejó… ¡Así es la vida!

—¿Y cómo sucedió? ¿Un accidente?

—Sí, pero al principio no lográbamos entenderlo. Él manipulaba nitroglicerina todo el día, durante años, como yo, sin dificultades. Y de pronto, un día, en la primera hora de vuelta al trabajo tras las vacaciones, va y se le cae un frasco. En lugar de ponerse a cubierto, de protegerse, intentó cogerlo al vuelo. Ése es el resultado…

—Sí, son riesgos del oficio.

—Sí, señor, eso decíamos nosotros. Pero los tipos de investigaciones científicas se dieron cuenta, a partir de estadísticas, de que esa clase de accidente se daba con más frecuencia los lunes o a la vuelta de las vacaciones. Y estudiando más y más, llegaron a la conclusión de que la nitroglicerina actuaba sobre el corazón. ¡Como si fuera una droga! Y es verdad que cuando currábamos nos sentíamos bien. Durante los fines de semana y las vacaciones nos daba el bajón. Debíamos notar la falta de vapores de nitroglicerina. Desde entonces, han sacado medicamentos a base de nitroglicerina para los enfermos cardíacos; parece que dilata las coronarias…

—En resumen, que su camarero no ha sido víctima de un accidente de trabajo, sino que su mano desapareció a consecuencia de una enfermedad profesional.

—¡Mira, pues en eso no había pensado!

Dejé el Des Quince Marches después de haber pagado mi consumición. En el cuchitril del cerrajero, adosado al final de la escalera, un rótulo publicitario prometía la copia de llaves al minuto, mientras que un papel pegado al cristal advertía: *el cerrajero vuelve dentro de un cuarto de hora.*

El número cinco de la calle Notre-Dame de Bonne-Nouvelle correspondía a un viejo caserón parisino, bien cuidado, con las ventanas con persianas graduables. En la pared, a la izquierda de la puerta de entrada, una placa de mármol blanco anunciaba en letras de oro la Sede Social del Sindicato Nacional de Conductores de Grúas. Entré después de cruzar un minúsculo jardín. Accedí al vestíbulo del edificio. El frontón estaba adornado con un ridículo relieve de inspiración griega, que representaba a un hombre tocando el caramillo

y a otro la siringa. La lista de los inquilinos se encontraba anunciada en el cristal de la portería, con la indicación de la planta y el número del piso de cada uno de ellos. Los peldaños encerados de la escalera de madera chirriaron bajo mis pasos. El primer piso estaba engalanado con un gran espejo de marco dorado y un cuadro campestre en tonos marrones. Llegué al tercer piso un tanto jadeante y llamé a la puerta varias veces, fuerte, antes de que la señora Thiraud se decidiera a abrir. Tres cerraduras se descorrieron una tras otra y luego la hoja de la puerta se entreabrió unos centímetros, retenida por la cadena de seguridad.

—Soy el inspector Cadin. He hablado con usted esta mañana…

La puerta volvió a cerrarse bruscamente, al tiempo que sonaba la cadena; al fin, conseguí entrar en el piso.

La viuda de Roger Thiraud no debía de tener más de cuarenta y cinco años, pero la vida que llevaba de reclusa voluntaria la había convertido en una mujer mayor. Caminaba por el pasillo, delante de mí, con la espalda encorvada, las rodillas ligeramente flexionadas, sin levantar los pies. Parecía deslizarse sobre la tarima, silenciosa. Daba la impresión de que el menor movimiento le costaba esfuerzos insoportables. Suspirando profundamente, se hundió en un sillón recubierto por una funda de ganchillo. Me miró con expresión vacua.

La habitación estaba sumergida en la oscuridad. Todos los postigos estaban echados; la mujer sólo había dejado abierta una ventana para que circulara el aire. Unos rayos de sol se filtraban a través de los cristales. Acerqué una silla y me senté cerca de la mesa.

—Como ya le he dicho esta mañana, estoy investigando las circunstancias de la muerte de su hijo Bernard. A fecha de hoy, el asesinato resulta un misterio; no poseemos elemento alguno lo suficientemente serio como para orientar nuestras pesquisas. No creemos que tuviera enemigos; aparentemente, su vida sentimental parece muy sencilla… Para ser franco, hay, sin embargo, un episodio que no logro comprender: se trata de la muerte de su padre…

Yo observaba las reacciones de mi interlocutora, pero el recuerdo del final de su marido no modificó en nada su comportamiento.

—… He sabido incidentalmente las condiciones dramáticas en las que desapareció su esposo. No hay nada que permita afirmarlo con seguridad, pero es muy probable que su hijo haya sido ejecutado por idénticas razones. ¿Qué cree usted?

Tenía la impresión de estar hablando con la pared, con un muerto viviente. La señora Thiraud mantenía los ojos clavados en mí, pero su mirada no conseguía fijarse, como si me atravesara y se posara lejos, detrás de mí. Proseguí.

—… Sé también que en 1961 no se llevó a cabo ninguna investigación y que su marido figuraba entre las víctimas oficiales de

las manifestaciones argelinas. ¿Víctima de quién? La pregunta sigue sin respuesta. No es demasiado tarde para reparar esa falta. Quiero dedicarme a ello.

Se alteró por primera vez, se levantó y se apoyó en un aparador.

— Todo eso pertenece al pasado, inspector. No sirve de nada volver a esos acontecimientos y exigir responsabilidades…

Marcaba largas pausas entre cada palabra y puntuaba sus frases con largas espiraciones.

—… mi marido ha muerto, mi hijo ha muerto. No conseguirá que vuelva a tenerlos. Acepto que mi vida sea así; espero reunirme con ellos lo antes posible.

—¿Por qué? ¿Qué quiere esconder? Roger Thiraud recibió un disparo mientras participaba en una manifestación. ¿Sabía que formaba parte de una red de ayuda al FLN?

—Se equivoca. La política no formaba parte de las inquietudes de mi marido; sólo le interesaba su trabajo, la Historia. A ella consagraba todo su tiempo, tanto en el instituto como en casa. La noche que murió, regresaba después de su última clase, como de costumbre…

Se movía por la habitación gesticulando como una señora mayor, evitando cuidadosamente la zona situada cerca de las ventanas que daban a la calle. Me acerqué por simple curiosidad, pero mi gesto le provocó un ataque de pánico. Se pegó a la pared opuesta, jadeando.

La superficie que rodeaba la ventana constituía una auténtica tierra de nadie, en donde el polvo se iba a acumulando. Nadie tocaba nunca ese espacio. Agarré bruscamente las cortinas y las deslicé por los rieles. La falleba estaba ligeramente agarrotada. Tuve que hacer un esfuerzo para abrir los batientes de la ventana. A continuación, levanté el pestillo que cerraba las persianas. La luz invadió el piso; un rayo de sol destelló en la pared en que se apoyaba la señora Thiraud. Me asomé. Diez metros más abajo la gente se arremolinaba alrededor del cuchitril de la cerrajería, de la que no se veía más que el techo ondulado. Un grupo de jóvenes subía las escaleras de la calle Notre-Dame de Bonne-Nouvelle.

La señora Thiraud se había refugiado en la cocina, presa de una auténtica crisis de histeria. Lloraba, su cuerpo temblaba, azotado por tics nerviosos. Pasé mi brazo alrededor de sus hombros.

—No pretendo hacerle ningún daño; estoy aquí para ayudarla. No tema…

La cogí por las muñecas y la arrastré poco a poco hacia el lugar tan temido. No dejaba de hablarle, de reconfortarla. Cuanto más nos acercábamos a la ventana, más se intensificaba su angustia. Gritaba, pero se dejaba llevar, abandonando toda resistencia. Conseguí colocarla a mi lado y que apoyara los brazos en el alféizar.

—Abra los ojos, se lo suplico. Han pasado veintidós años. Ya no

tiene nada que temer.

Se relajó, dejó de llorar y de gemir. Levantó los párpados; al principio imperceptiblemente, luego cayeron otra vez. Movió de nuevo las pestañas. De repente, se decidió a mirar hacia la calle.

—Estaba aquí, ¿verdad? Estaba aquí, esperándole, cuando cayó asesinado. Dígame, ¿nadie le ha pedido nunca que declarara?

Se alejó lentamente de la ventana y regresó al sillón. La prueba la había cambiado, parecía más fuerte, más joven, como si hubiera recuperado su verdadera edad. Se giró hacia mí.

—Sí, yo estaba asomada a la ventana. Roger acababa la última clase a las cinco. Normalmente, debería haber regresado dos horas antes por lo menos. Yo estaba nerviosa en esa época. Estaba encinta de Bernard, un embarazo muy difícil que me impedía salir. Tenía que guardar reposo para evitar un parto prematuro. Roger no me había avisado de que podría retrasarse. Y luego, de repente, la manifestación comenzó. Los gritos, los empujones, las granadas que estallaban, los disparos. Yo estaba como loca. Iba a mirar por la ventana para ver si venía mi marido, o a la puerta cuando creía escuchar pasos en la escalera. En un momento, le vi en la calle, se acercaba a casa. Me acuerdo como si estuviera sucediendo ahora mismo. Caminaba con un ramo de mimosas y un paquete de pasteles en las manos. Subió unos escalones y se detuvo cerca de la barandilla para observar los acontecimientos, las palizas. Le grité que subiera, que no se demorara, pero el ruido de la manifestación ahogaba mi voz.

—¿Estaba solo?

—Al principio sí, pero, poco después, un hombre vestido con el uniforme de la Policía, un CRS creo, se colocó a su lado. Su actitud no era normal. Llevaba un chaquetón de cuero doblado sobre el brazo, a pesar de la lluvia y el frío. A continuación, se puso detrás de mi marido y le inmovilizó la cabeza con el brazo. Tenía un revólver en la otra mano. Yo grité, grité tan fuerte como pude, sin resultado. Quise bajar, pero apenas conseguí cruzar la habitación a causa de Bernard… En fin, a causa de mi vientre. ¡Pobre Bernard!

—Perdone que la obligue a remover semejantes recuerdos, pero no queda más remedio. Un cineasta belga rodó una parte de esa escena. Se encontraba al otro lado del bulevar, cerca del Teatro del Gymnase. Tengo una foto sacada de ese documento. Se trata de los últimos instantes de la vida de su marido. El rostro de su asesino está medio cubierto, pero puede reconocérsele. ¿Quiere verlo?

Aceptó. Saqué la copia realizada la noche anterior en los estudios de la RTBF.

Movió la cabeza de un lado a otro.

—No, inspector. Nunca he visto a este hombre. Jamás vi a mi marido en compañía de policías y no comprendo por qué lo

asesinaron…

—Una última cosa, para terminar. Hace un instante, ha dicho que su marido acababa las clases a las cinco. ¿Cómo explica que no llegara a casa hasta dos horas más tarde? Se tarda menos de diez minutos en hacer el recorrido entre el instituto y los bulevares…

—No me lo explico, inspector, pero es así.

—¿Esos retrasos eran frecuentes?

—Una vez por semana, a veces dos… Escuche, inspector, mi embarazo nos impedía toda relación íntima. No es agradable confesarlo, pero es un hecho. Me parecía lógico que Roger necesitara una relación con una mujer normal. ¿Qué mal hay en ello?

—Ninguno. Lo siento mucho, pero mi oficio se basa en la indiscreción. Le hacía esta pregunta porque en el inventario de los bolsillos de Roger Thiraud se menciona la presencia de una entrada de cine. El Midi-Minuit para ser exactos. ¡Pienso que la verdad está ahí! Hace veinte años, un respetable profesor de Historia debía de tener algunas reticencias para confesar su interés por el cine fantástico… incluso a su mujer. Tengo la numeración de la entrada, encargaré a uno de mis ayudantes que compruebe en la cinemateca la fecha exacta en la que fue vendida.

Me dirigió una sonrisa; me sobrecogí al pensar que se trataba de su primera sonrisa en veintidós años.

—Su marido no murió por casualidad. Es evidente que su asesino obedecía a un plan preciso y que tenía la descripción de su víctima. La película belga es reveladora al respecto. El CRS, o el hombre disfrazado de CRS, abandonó su escondite y se dirigió sin vacilar hacia la calle Notre-Dame de Bonne-Nouvelle. Sus métodos ponen de relieve que se trataba de un profesional, lo mismo que sucede con el asesinato de su hijo en Toulouse. O, hipótesis inverosímil, su marido era el sosia perfecto de otro objetivo. No, creo que era realmente el blanco del asesino. Su marido molestaba a alguien, hasta el punto de ser víctima de una auténtica ejecución. ¿Está segura de que no realizaba alguna actividad de tipo político, sindical o humanitario?

—No, ya se lo he dicho. Aparte de esos retrasos, esas sesiones de cine si tengo que creer en lo que usted me dice, no encuentro nada misterioso en la vida de mi marido. Roger nunca abordó esos temas en casa. Hablábamos de historia o de literatura. La Edad Media le apasionaba, y se relajaba escribiendo una especie de monografía sobre su ciudad natal, Drancy. Amaba enormemente a sus padres, que aún viven allí, en Seine-Saint-Denis. Viven en la calle Bois-de-l’Amour. Me sigo preguntando si no es esa casa la que le impulsó a dedicarse a la Historia…

¿Podría ser más precisa?

—Al principio, el edificio formaba parte de una granja que se

convirtió en restaurante a principios de siglo. Durante algunos años, se decía que se había utilizado como casa de citas. Después de la ley Marthe Richard, se demolieron las tres cuartas partes para construir una maternidad. Mi marido nació allí. Pasó toda su juventud en una casa colindante que escapó a la renovación del barrio. Esto no le debe interesar demasiado… Lo entiendo. En fin, la monografía se encuentra en casa de mi hijo. Por lo menos en casa de su novia, Claudine. ¿La conoce usted?

—Sí, la conocí en Toulouse. Me gustaría echar un vistazo a ese trabajo. Tengo previsto entrevistarme con ella mañana por la noche, antes de marcharme. ¿Se llevaban bien?

—Con toda sinceridad, no lo sé. La chica se esforzaba por venir aquí; Bernard debía de convencerla. Yo sabía que ella no se sentía cómoda en mi presencia, pero era algo superior a mis fuerzas. No soy una persona fácil para la convivencia. Daba la impresión de que eran felices juntos, no recuerdo nada más.

* * *

La dejé enseguida y bajé con precaución los peldaños encerados, sin soltar la barandilla. Giré a la izquierda en dirección a los bulevares. En la mitad de la escalera de la calle Notre-Dame de Bonne-Nouvelle, me volví y miré hacia el piso de la señora Thiraud. Estaba apoyada en el alféizar. Me saludó amistosamente. La observé un momento antes de devolverle el saludo y bajé las escaleras del metro. Hice transbordo en la estación Auber para coger un cercanías. Dalbois me había aconsejado seguir hasta el final de trayecto, en Marne la Vallée.

Un paseo peatonal, protegido por una bóveda de plástico traslúcido, unía la estación con la explanada, donde se agrupaban las diferentes líneas de autobús que comunicaban con la ciudad. ¡Con una ojeada comprendí que no eran las únicas líneas que arruinaban el paisaje!

La plaza ocupaba el centro de una hondonada rodeada de colinas. El lado oeste estaba cortado por la fachada ciega de un gigantesco centro comercial. La única nota de fantasía residía en un bloque rosa, de una veintena de pisos, construido en la cima de una de las colinas. El autobús que había cogido pasaba al lado del edificio, así que pude examinarlo al detalle. El exterior imitaba con bastante acierto las fachadas de las plazas de toros españolas, una especie de largo muro circular tachonado de celdillas. Cada veinte metros, una columna en semicírculo cortaba perpendicularmente la construcción. Unas aberturas practicadas en estas garitas mostraban el recorrido de las cabinas de los ascensores. Unos amplios soportales permitían

descubrir un gran patio con árboles y flores. Un cartel de la empresa indicaba los nombres y direcciones de los promotores, y añadía: «El Grand Théâtre. 630 pisos de lujo con vistas al Marne. 2 y 3 habitaciones disponibles. Facilidades de préstamos».

El conductor anunció la parada Piramyde. Dalbois me había dicho que pasara un edificio de oficinas y después girara a la izquierda, hacia el depósito de agua. Vivía en un tipo de ciudad residencial, a medio camino entre las viviendas de protección oficial y la casa unifamiliar. El diseño de las viviendas se había concebido como un conjunto de cubos apilados, siguiendo un orden aparentemente anárquico. El techo del elemento inferior constituía el patio del elemento superior. Llamé a la puerta número 73. Me abrió Dalbois.

—Buenas noches, Cadin. Ya me preguntaba si no te habrías arrepentido.

Inicié un movimiento hacia atrás, intentando indicar que esa idea ni siquiera se me había pasado por la cabeza.

—Venga, hombre, pero si es un verdadero placer corresponder a tu invitación.

Me presentó a Gisèle, ocupada en preparar la cena. Cerró el horno pirolítico programable y se volvió hacia mí señalando el delantal con las palmas de las manos abiertas.

—Perdóneme, pero aún no he tenido tiempo de cambiarme.

Dalbois me obligó a visitar hasta el más recóndito rincón del piso y luego me llevó al salón. Encendió la televisión y quitó el sonido.

—¿Cómo lo llevas?

Le conté mi expedición a Bruselas, así como mi entrevista con la madre de Bernard Thiraud. Empezó a interesarse cuando le conté que tenía una copia realizada por los técnicos belgas a partir de la cinta de vídeo.

—¿Llevas la foto?

La puse sobre la mesa, entre los aperitivos y las botellas de alcohol.

—Este caso es absolutamente increíble.

Acercó los ojos a la foto.

—… el CRS parece de verdad. Aparte de la falta de signos distintivos. Lógicamente tendría que haber llevado los números de su compañía y de su distrito. ¿No crees?

—En una ocasión cualquiera, sí. Pero no esa noche en concreto. Me he informado de que estaban suspendidos los reglamentos. Todas las unidades utilizaban las armas de reserva, incluidas las ofensivas. Es completamente plausible que los hombres recibieran la orden de ocultar sus números de identificación.

—Te has metido en un asunto feo. Ya te lo he dicho, pero insisto: déjalo correr. Investiga tranquilamente en Toulouse. Nadie te pide más. El caso terminará en un informe clasificado como archivado.

¿Qué puedes perder? ¡Nada! Encontrarás otro caso de asesinato menos hediondo para promocionarte. ¿Un Ricard?

—No, gracias, con este calor no soporto el alcohol.

—Entonces, vamos a la mesa. He escogido el menú en recuerdo de los años de curro en Estrasburgo.

Gisèle Dalbois, con toda clase de zalemas, nos sirvió una fuente de barro cocido llena a rebosar de una imponente chucrut con salchichas blancas, que colocó entre dos botellas de gewürztraminer.

—Ataca, Cadin, no te cortes. Ya verás qué rica la hace mi mujer. Es una chucrut con guarnición de lujo. Gisèle la cocina al estilo de Colmar: le añade un vaso de kirsch una hora antes de servirla. ¿Qué te parece?

—Deliciosa. La felicito, señora.

Terminamos con la fuente y con el vino de Alsacia. Gisèle nos llevó a la terraza, al fresco, para tomar el café. Dalbois se inclinó hacia mí con tono serio y confidencial.

—No sé si eres consciente de que pertenecemos a una minoría…

Y enseguida se recompuso.

—… Por la mañana, ocho de cada diez franceses beben café. Después de comer, ya sólo quedan cuatro; dos, en la merienda y ¡sólo UNO después de la cena! ¡Bueno, pues nosotros pertenecemos a este último grupo!

Miró el reloj y fingió sorpresa.

—… Tenemos que darnos prisa, el último tren sale dentro de veinte minutos. Te habría ofrecido que te quedaras a dormir en casa, pero las camas de los chicos son un poco cortas.

No se me ocurrió insistir… La vida de familia, incluso la de los demás, no me satisface demasiado. Me acompañaron hasta la estación. Durante el trayecto le entregué a Dalbois la foto extraída de la película.

—Hazme un último favor; intenta informarte acerca de este tipo. No debe ser fácil dar con él, sobre todo teniendo en cuenta que se habrá jubilado. Si no encuentras nada, seguiré tus consejos.

Se metió el documento en el bolsillo interior de la chaqueta. El tren entraba en la estación. Me senté cerca de la ventanilla y la bajé saltándome todas las advertencias. Dalbois, en el andén, se ponía de puntillas para no tener que hablar muy fuerte.

—No te prometo nada, Cadin. Déjame tres o cuatro días. Si hay algo que merezca la pena, no necesito más tiempo. Para serte sincero, ese CRS es más peligroso que un cartucho de dinamita; no veo la hora de perderlo de vista. Te llamo a Toulouse cuando tenga algo. ¡Chao!

El vagón estaba vacío. Fui solo hasta la estación de Vincennes. Una panda de gamberros tomó posesión del lugar. Un tipo corpulento vestido con una cazadora claveteada se me acercó. Se dejó caer en el

asiento que quedaba delante del mío y estiró las piernas hasta colocar los zapatos a menos de un centímetro de mi muslo. Por toda respuesta, separé el faldón derecho de mi americana para que viera la funda de mi revólver y la culata negra. Inmediatamente, se replegó. El tipo se levantó, un poco nervioso. Escuché algunos retazos de conversación: «Es uno de la pasma, lleva una pipa». Decidieron bajar en la estación siguiente, Nation, y volví a quedarme tranquilo.

* * *

No es que me llevara una gran sorpresa, no, pero sí un ligero sobresalto cuando, a la mañana siguiente, reconocí la voz de Claudine Chenet al teléfono. Estaba pensando en proponerle una cita sin acabar de decidirme. Me preparaba una primera frase, la cambiaba… Su llamada puso fin a mis vacilaciones.

—Inspector, le llamaba para darle las gracias; nada más. La madre de Bernard se ha puesto en contacto conmigo ayer por la noche para contarme su visita. No sé si la conversación ha servido para algo, así lo desearía, pero el simple hecho de que esté intentado comprender el motivo por el que Bernard ha sido asesinado nos sirve de gran consuelo.

Tartamudeé lamentablemente y la dejé tomar de nuevo la iniciativa.

—Vuelve a Toulouse esta noche, ¿no es así?

Creí notar un acento de despecho en su entonación, casi un reproche.

—Sí, cojo el tren de las cuatro. ¿Podríamos vernos antes? En cualquier sitio, donde le venga bien, pero es necesario, tengo aún algunas preguntas que hacerle. ¿Qué hace usted a mediodía?

—Trabajo en mi tesis.

—¡Y yo que creía que los estudiantes siempre andaban de vacaciones!

La frase me salió sin pensar. Respondió sin enfadarse.

—En ese caso, qué tristes son las vacaciones… Prefiero trabajar, así no pienso. Además, el tema es muy interesante. En cuanto a su propuesta, de acuerdo. Estoy haciendo un trabajo de campo, entre la Puerta d’Italie y la Puerta de Gentilly. Hay un pequeño restaurante en el bulevar Kellerman, detrás de la entrada del estadio Charlety. Podemos vernos allí hacia la una. Se llama Le Stadium.

Acepté el lugar y la hora de la cita y colgué el teléfono. Dediqué unos minutos a colocar mi ropa en la maleta. Bajé al salón del hotel, en el que dos clientes desocupados miraban el telediario de la primera cadena. Yann Marousi anunciaba la muerte en trágicas circunstancias de uno de los padres fundadores del vídeo. Concluyó su alegato

ditirámbico con el anuncio de un programa especial.

—… así, con motivo de la muerte de este ilustre precursor de nuestra profesión, tenemos el gusto de ofrecerles una entrevista realizada hace menos de una semana…

Los técnicos del estudio debieron indicarle con gestos que ese «gusto» no encajaba con el suceso, pues Marousi cambió de expresión. Prosiguió.

—… Les ofrecemos, pues, esta entrevista que nuestra redacción tiene el triste privilegio de dedicar a la memoria de este pionero de las nuevas tecnologías.

Me negué a soportar aquello. Pagué la cuenta, guardé con precaución la factura y me dirigí a la estación de metro más próxima. Bajé en Maison Blanche, lo que me permitió llegar al bulevar Kellerman rodeando el cuartel de la Guardia Republicana.

Claudine me esperaba al fondo del antro. El mostrador había sido tomado al asalto por los hinchas de un equipo de rugby que celebraban por adelantado la victoria de los suyos en el encuentro de la tarde.

Ya me había tomado un copioso desayuno, así que me contenté con un vaso de agua mineral.

—A ver esas preguntas, inspector; estoy preparada.

Lo dijo con una voz llena de emoción, como si esta conversación se le hubiera vuelto indispensable. Yo todavía recordaba el viaje mudo y el hecho de que me hubiera largado sin miramientos en una parada de taxis. ¡Las cosas iban demasiado deprisa para mi gusto, aunque fueran en buena dirección!

Rápidamente, puse cara de profesional serio.

—¿Le parezco un bruto? Sencillamente debo precisar algunos puntos con usted. No tenemos ningún elemento nuevo que nos permita explicar la ejecución de su novio. Nada, excepto la historia de su padre. Para ser claros, el asunto sólo sirve para complicar todo un poco más…

Me interrumpió:

—Pero tiene una pista, mi suegra me ha hablado de una foto…

—Sí, espero poder echar el guante a ese CRS. Seguro que él se cargó a Roger Thiraud en 1961. No me hago demasiadas ilusiones; sé que tengo muy pocas posibilidades de encontrar su rastro. La única hipótesis digna de interés consiste en admitir que los dos crímenes estén relacionados. Sin embargo, no me explico en absoluto el episodio de Toulouse. ¿Para qué se arriesgó tanto el asesino?

Cogí la mano de Claudine cuando la puso encima de la mesa para coger la taza. No la retiró; al contrario, juntó su palma con la mía y entrelazamos los dedos. Me esforzaba en hablar, pero ya no eran preguntas ni respuestas lo que necesitábamos. El interrogatorio debía

dejar paso a las confidencias.

—… ¿Ha pensado en todos los detalles desde que ha regresado? Haga un esfuerzo… ¿Bernard hizo alusión a los acontecimientos de la Guerra de Argelia, en especial en el transcurso de los últimos días?

—No. Ya se lo he dicho. Bernard no me hablaba nunca de sus problemas. Charlábamos sobre todo de nuestros estudios, de lo que haríamos más tarde. Por lo que respecta a lo demás, nos íbamos apañando… No resultaba fácil… Como ha podido ver, su madre está completamente ida. Prácticamente no sale de casa. Por suerte, Bernard mantenía muy estrechas relaciones con sus abuelos. Era reconfortante pasar un día en su casa. Viven en las afueras, en Drancy, en un viejo caserón… Está en Seine-Saint-Denis, pero parece que estuviera a doscientos kilómetros de París, en pleno campo. Tienen un jardín con árboles frutales. Por lo que he podido ir comprendiendo, la madre de Bernard quedó muy afectada por la muerte de su marido, hasta el punto de negarse a criar a su propio hijo. Fueron los abuelos quienes se hicieron cargo de él… Debería visitarlos, son gente muy hospitalaria, muy amable. Lo cual no quita que creyeran encontrar de nuevo a su hijo treinta años más tarde: concibieron la educación de Bernard de igual manera que si se hubiera tratado de su hijo. En ningún momento trataron de restablecer las relaciones con su nuera, por miedo a tener que renunciar a Bernard. En cierto sentido, los comprendo…

Hablaba muy deprisa, con la frente baja, para evitar mi mirada. Intentaba explicarse, sin reabrir demasiado sus heridas. De pronto, se levantó y recuperó su aspecto jovial.

—Esta vez pago yo las consumiciones. Estoy en deuda con usted. No se haga el inocente. Me refiero a la propina del portero del hotel… ¡No he tenido ocasión de devolvérsela!

Cuando salimos, me cogió del brazo y me guió a través de los HBM[1] de la calle Thomire y de la avenida Caffièri. Habíamos llegado en silencio hasta la Poterne des Peupliers. Bajo el puente de piedra del tren de cercanías, una jauría de perros acometía en oleadas sucesivas el contenido de un contenedor de basuras que el Ayuntamiento había colocado para que los parisinos pudieran depositar sus desechos voluminosos. Un pastor con el pelo amarillo se había adueñado del botín, que vigilaba desde lo alto de un montículo. Cuando nos acercamos, enseñó dos filas de dientes amenazadores, que nos hicieron cambiar de acera.

Claudine cogió la calle Max Jacob, que sube en suave pendiente hacia el barrio de Italie. Podíamos ver las torres de cristal y acero detrás de las casas de ladrillo rojo. En mitad de un recodo de la calzada, giró a la derecha y empujó un portón metálico pintado de verde. Descubrí un enorme jardín público plantado de árboles, cuyos

diferentes niveles estaban enlazados por imponentes escalinatas de piedra. Claudine señaló con el dedo las murallas horadadas por troneras.

—Estamos en los vestigios de las fortificaciones de París. No queda gran cosa, todo fue destruido a partir de 1920. Los últimos bastiones cayeron cuando se construyó el periférico. Encontré intacto este fragmento mientras paseaba. En medio del intercambiador de la Puerta de Charenton hay un fortín transformado en depósito de limpieza municipal… Thiers empezó a construirlos a partir de 1842… Treinta kilómetros de obras de defensa. ¡Lo más divertido es que él mismo tuvo que atacarlas en la Comuna de París, en 1871!

Nos habíamos acercado al borde de las murallas. Dominábamos un amplio espacio ocupado por un parque provisto de juegos para niños, molinetes, toboganes… El jardín limitaba a la derecha con el periférico y a la izquierda con los barrios HBM. Más lejos, en el horizonte, una multitud de pequeñas construcciones anunciaban las primeras líneas de los suburbios: Arcueil, el Kremlin-Bicêtre. En el flanco de la colina, encajonado entre la autopista y las grandes aglomeraciones urbanas, el cementerio de Gentilly. Claudine me mostró toda la extensión alargando el brazo.

—¡Mire qué tranquilidad! Sin embargo, después de la construcción de las fortificaciones, millares de personas vinieron a vivir a este barrio.

—¿Era legal?

—No. Lógicamente estaba prohibido, pero a veces la realidad logra imponerse a las leyes; la crisis de la vivienda y los precios de los alquileres, por ejemplo. Como los *okupas* actuales… ¡No hace mucho, eran nuestros abuelos los que vivían en las chabolas! Éste era uno de los barrios más sórdidos, junto con los alrededores de la Puerta de Saint-Ouen. El reino de los traperos. Ni agua, ni gas, ni electricidad. Todas las porquerías se evacuaban a través de un riachuelo, que discurría por un canal, por debajo del cementerio. La Bièvre, una verdadera alcantarilla a cielo abierto… Pero, ¿le estoy aburriendo?

—Se equivoca. ¡Simplemente pensaba que no tiene ninguna posibilidad de trabajar en la oficina de turismo de París! Continúe. Cuando la escucho, tengo la impresión de que siente nostalgia por esa época. Yo no; este rincón tenía que ser una guarida de malhechores, de asesinos. Una corte de los milagros…

—Claro que sí, pero eso no es más que una parte de la realidad. Recordamos con mayor facilidad las imágenes de *Casque d’Or*[2] y los ambientes de las novelas de Le Breton… Los domingos, los taludes de las murallas parecían el bosque de Senlis, las familias venían a tomar el aire. Incluso había estanques y se podía pescar…

—¡Muchos bares también!

—¡Evidentemente! ¡Pero es que yo prefiero la nostalgia de los merenderos a la de los puestos de salchichas y patatas fritas! Por supuesto que había peleas y ajustes de cuentas, pero los bailes públicos no son nunca tranquilos, ¿o sí? La gente venía para olvidar las fatigas de una semana de trabajo. En aquellos tiempos, se curraba sesenta horas en unas condiciones extremadamente duras. La leyenda y la literatura han suavizado ese aspecto de las cosas… se ha preferido hacer referencia a la jungla de las barreras.

—¡Créame, los criminales no debían de tener muchas dificultades para esconderse en ese laberinto de chabolas!

—Quizá, pero unas décadas antes se echaba la culpa de todos los crímenes a los habitantes de los arrabales. Coja un periódico, ábralo por la página de sucesos, se dará cuenta de que nada ha cambiado. Las ovejas negras siguen siendo los que viven en los bloques de los barrios periféricos, *Les 4.000, Les Minguettes*[3]. Los emigrantes han sustituido a los gitanos, los jóvenes en paro a los gamberros.

—¡No pretenderá hacerme creer que la criminalidad era nula! Hay datos…

—No, claro que no era inexistente. De hecho, correspondía a la de París y el departamento del Sena. Ni más, ni menos. A algunos les interesaba dar una imagen negativa de la gente del barrio. Han utilizado el fenómeno del rechazo para expulsarlos de la periferia cercana a la ciudad. Y eso sigue igual con la manipulación del tema de la inseguridad. Se intenta asimilar a las capas sociales más duramente castigadas por la crisis con grupos que representan un peligro para el resto de la sociedad. ¡Un auténtico truco de prestidigitador! Las víctimas son transformadas en verdugos. ¡Y funciona! La abuelita mejor intencionada no puede evitar apretar el bolso contra su pecho cuando se cruza con un chico con el pelo ensortijado. Nada mejor que el miedo puede legitimar las medidas preventivas que se toman contra esa gente.

—Olvida que está hablando con un poli…

Sonrió y acentuó la presión de su mano en mi brazo.

—No, ni por un momento. Vaya a consultar, si quiere, los registros de la Policía en tiempos de las fortificaciones. ¡El trabajo de sus antepasados, digámoslo así! Los delitos de sangre eran excepcionales; los más corrientes consistían en estafas miserables, robos de comida y conflictos domésticos. Sin embargo, la mayoría de las secciones de sucesos rezuman sangre. ¡Un buen filón para vender periódicos! Puede pasar por el quiosco y comprar determinados diarios y podrá constatar lo mismo: asesinos, sádicos, violadores, todos los casos sucios se los cargan a obreros, a miserables. Nunca a ciudadanos respetables… Cuando se habla de médicos, abogados, empresarios, es en la sección de Sociedad. Se citan con exquisito pudor, cuando las sumas por

asuntos de fraude, facturas falsas, malversación de fondos, son diez veces superiores al total de todos los atracos de Francia y España juntas.

—En resumen, cree que nos equivocamos de presa.

—Ustedes persiguen a las pequeñas y dejan que las grandes campen a sus anchas…

—No me conoce, mi historial como investigador prueba lo contrario…

Me apetecía decir más cosas, no pasar ante sus ojos por un cerdo poli de servicio, sin pretender justificarme por ello. Ensayé una frase en mi cabeza, pero la dialéctica decidió dejarme en la estacada. Me refugié en el silencio. Claudine notó mi vacilación y se aprovechó para introducir una nueva cuña.

—El sistema se protege eficazmente… La Policía constituye uno de los elementos claves del dispositivo. De vez en cuando, conviene encontrar una víctima expiatoria para mostrar que los altos cargos pueden estar contaminados. Y probar que su fuerza reside en el hecho de depurar a los malos, sin contemplaciones. Landru, Petiot… Se cargan las tintas al máximo y los utilizamos para establecer el lado aberrante de su conducta: evidentemente, no corresponde al orden de las cosas. El parado que atraca un supermercado forma parte de la vida cotidiana. Se presenta como un ejemplar de su clase, de su entorno social. Se convierte en un puro producto del medio y no de un sistema que le empuja a la miseria y al robo.

—Si siguiéramos su razonamiento, todos los parados tendrían que convertirse en truhanes. Afortunadamente, no es así.

Aspiró una larga bocanada de aire. Su pecho se hinchó, entreabriendo su blusa escotada. Mis ojos quedaron atrapados en el destello negro del sujetador. Mi corazón abandonó su ritmo de crucero y se lanzó al asalto de los récords.

—No quiere escucharme. Estoy dispuesta a admitir que existe cierta igualdad entre un ejecutivo y un pobre desgraciado; ambos tienen idénticas posibilidades de convertirse en maníacos sexuales. Pero no me quitará de la cabeza la idea de que un parado tiene más ocasiones de caer en la tentación de robar un escaparate, por simple supervivencia.

Claudine se apasionaba. La vehemencia coloreaba sus mejillas con el mismo rojo que su seno furtivo había incendiado las mías. Me rendí.

—No lograremos ponernos de acuerdo… Tenemos ya un terreno de entente que no hay que olvidar: yo haré todo lo posible para detener al asesino de Bernard, ya sea débil, poderoso, vagabundo o millonario. Ahora que pienso en ello, la señora Thiraud habló delante de mí de la existencia de un opúsculo, una especie de monografía de la ciudad de Drancy que su marido redactaba en momentos de ocio. ¿Lo conoce?

Claudine afirmó.

—Sí, está en casa. Bernard quería terminarlo como homenaje a su padre. Se lo puedo enviar a Toulouse mañana mismo, si cree que puede tener algún interés para la investigación.

—Prefiero que zanjemos este asunto lo más rápidamente posible. Pasaré por su casa de camino a la estación. Le pediré al taxi que dé un rodeo…

Escribió su dirección en una página de agenda y me la dio.

Siete horas después del final de esta charla, bajé del tren en la Estación Central de Toulouse. El sargento Lardenne me esperaba en el andén, aunque ya había terminado su servicio. Me dejó en mi casa y aprovechó el trayecto para informarme de sus progresos en el manejo de los juegos electrónicos. Incluso había conseguido ganar a su hijo en *La batalla de las Malvinas.* ¡Cuatro exocets[4] a dos! Un resultado inapelable… Oyéndole, eso era lo más importante que había sucedido durante mi ausencia.

[1] HBM, *Habitation Bon Marché,* viviendas baratas, subvencionadas; es un sistema parecido a los HLM, Habitation à Loyer Modéré, viviendas de alquiler bajo. *[N. de la T.]*

[2] Película francesa dirigida por Jacques Becker en 1952. *[N. de la T.]*

[3] Barrio desfavorecido de la periferia de Lyon con una tasa entre el 20 y el 30 por 100 de inmigración, famoso por los altercados violentos entre los jóvenes y la Policía. *Les 4.000* se refiere a una urbanización de 4.000 viviendas en Courneuve, barrio periférico de París, igualmente castigado por los disturbios y la quema de coches. *[N. de la T.]*

[4] Misil antibuque de fabricación francesa, que se hizo famoso en la Guerra de las Malvinas. *[N. de la T.]*

Capítulo VII

—¿Y qué, Bourrassol? ¿Tiene ya alguna pista acerca de esas citaciones falsas?

El teniente estaba sentado en mi despacho. Saltaba a la vista que no las tenía todas consigo.

Comenzó farfullando.

—No, en fin, quizá… Los servicios de Prodis en el Ayuntamiento parece que tienen algo nuevo.

Me sobresalté al oír ese apellido.

—Que quede bien claro, Bourrassol: no quiero deberle nada a Prodis. ¡Ya sabe que con tipos así hay que devolver el ciento por uno! Se creen Dios Padre. Usted es el encargado de desenmascarar a esos bromistas. Nadie más. Este caso nos afecta a nosotros, no al Ayuntamiento. Para mí se trata de un problema interno. ¿Y qué cuentan ellos?

Bourrassol se aclaró la voz antes de continuar.

—Durante las elecciones cantonales, en el 81, se exhibió un cartel falso por toda la ciudad. Se veía al candidato oficial prácticamente desnudo en una playa, en brazos de una chica joven. Tres meses antes, el hombre había tenido un accidente de automóvil. Basaba parte de su campaña en el tema de la inseguridad… ¡Reuniones con muletas, figúrese el cuadro! La leyenda del falso cartel decía en la parte superior: *«¡Su accidente de coche se debe a la venganza de un marido celoso!».* El candidato entabló pleito contra X, sin éxito, por supuesto. La semana pasada, en el transcurso de las obras de ampliación de la imprenta municipal, los obreros de una empresa de albañilería encontraron las planchas que se utilizaron para imprimir los carteles. Preguntamos a los empleados de servicio y uno de ellos confesó que participaba en las actividades de un grupo situacionista con sede en Toulouse desde 1976.

—¿Le ha preguntado por las citaciones para el fichero antiterrorista?

—Sí, ha confesado el conjunto de las operaciones llevadas a cabo desde el 77 hasta el 82. Según él, el colectivo se disgregó enseguida a consecuencia de divergencias ideológicas. Es posible que algunos miembros del grupo hayan continuado su labor de zapa en solitario, pero en condiciones más difíciles, puesto que no disponían de logística. La base de la lucha era la impresión de octavillas, carteles y la reproducción de documentos oficiales. Sin el apoyo del tipo de la imprenta municipal, tuvieron que acudir a un impresor clásico…

—En ese caso, no será demasiado complicado agarrarles. ¿Se ha

podido identificar a los demás miembros de la red?

Bourrassol puso en una esquina de la mesa el papel que estaba manoseando desde el principio de la entrevista. Cogí la hoja mecanografiada y leí los nombres en voz alta.

—Jacques Maunoury, Claude Anchel, Jean Pierre Bourrassol…

Al tropezar con este último apellido, le pregunté.

—¿Es pariente suyo?

Bajó la cabeza como un muchacho atrapado en falta y dijo en voz baja.

—Sí, inspector, es mi hijo. Ya he preparado mi carta de dimisión. No comprendo qué puede haberle impulsado a actuar así.

Se echó atrás en el sillón y estalló en sollozos. Yo no sabía cómo proceder en una situación totalmente inédita para mí. Me acerqué a Bourrassol y le di unos golpecitos en el hombro, tal como había visto hacer en el cine.

—Tampoco hay que pasarse. Lo que acaba de hacer es muy valiente. Aprecio su gesto. No hay muchos policías de su temple, dispuestos a sacrificar a su familia por un ideal de justicia y verdad. ¡No ha dudado en denunciar a su propio hijo! ¿Qué más se puede exigir a un funcionario de la Policía? Sería una injusticia hacerle dimitir por una falta que no ha cometido. Bien mirado, tampoco han causado un mal irreparable. Voy a intentar arreglarlo.

Bourrassol había dejado de llorar; aspiró con la nariz y se limpió los mocos con la manga del uniforme.

—¿Ha hablado de esto con su hijo? Le era relativamente fácil procurarse los folios con membrete y los sellos de la comisaría. Nadie habría sospechado del hijo de un colega…

Me respondió con la voz entrecortada.

—Claro que sí, yo también lo pensé, pero es imposible, mi hijo se encuentra en las Antillas desde hace cuatro meses. Está haciendo el servicio militar en la Marina. En cuanto a lo otro, no digo yo que no…; pero en este caso tiene una sólida coartada.

El timbre del teléfono interrumpió la continuación de las tristes aventuras de la familia Bourrassol. Me informaban de que se estaba cometiendo un atraco en una joyería de la alameda Jean Jaurès. El comerciante había conseguido accionar la señal de alarma sin despertar sospechas en el atracador. Había que actuar con rapidez para pillarle con las manos en la masa. Comprobé el funcionamiento de mi pistola Heckler, un modelo PS 9, y luego quité el seguro colocado bajo la culata. Lardenne me esperaba en el patio con el motor en marcha. Me senté a su lado. Estaba al corriente de los acontecimientos por la radio. Salió a toda pastilla, sin que yo tuviera necesidad de mencionar la urgencia que reclamaba la situación.

Un coche patrulla estaba escondido detrás de la iglesia de Notre-

Dame des Grâces. Le transmití la consigna de que no se moviera, que no actuara si no recibía órdenes de Lardenne por radio. Desde su posición, cubría la fachada de la joyería, así como las dos calles situadas a los lados de la tienda. Bajé por una de ellas, dando la vuelta al barrio. Detuvimos el coche justo antes de la esquina de la alameda Jean Jaurès. Dejé a Lardenne y me dirigí a la tienda, simulando el aspecto despistado de un transeúnte. Interpretaba el papel con mucha inseguridad; en esos momentos, uno echa en falta alguna clase de expresión corporal en los cursos de formación para la Policía… Observé los alrededores. Aparentemente, nadie vigilaba la acera. A no ser que un cómplice se hubiera emboscado en el umbral de una puerta. En ese caso, yo era el blanco perfecto.

Llegado a la altura de la joyería, me lancé contra la puerta de cristal. Irrumpí en la tienda gritando como un poseso y apuntando.

—¡Policía! Suelte las armas.

El bandido, un tipo debilucho, vestido como un empleado de banca –Woolmark y zapatos italianos–, dio media vuelta y me apuntó al pecho con un arma de gran calibre. Al menos tenía tanto miedo como yo.

—No juegues con eso… Te hubiera podido meter tres balas en la cabeza antes incluso de que consiguieras montar el arma.

Mi pulgar se deslizó imperceptiblemente hacia el lateral de la pistola; apretó suavemente la minúscula palanca situada a la izquierda, detrás del guardamonte. La menor presión sobre el gatillo, una ínfima crispación de mi dedo índice, bastaría para disparar.

—Escúchame bien. En un caso como éste, mi palabra vale oro. Mucho más que el que puedes afanar aquí. No tienes ninguna posibilidad de escapar. Has perdido. Hay dos coches de la Policía en la avenida. Dentro de cinco minutos, toda la pasma de Toulouse va a acudir como a un congreso. Sin contar la tele y Radio Sur…

No se movía y mantenía el brazo extendido, la mano crispada sobre la culata de su revólver.

Seguí hablando.

—… Sé razonable. De momento, te enfrentas a una condena por tentativa de robo a mano armada. Es cosa seria, pero se puede arreglar si no disparas. Me llamarán a declarar ante el tribunal. La declaración de un policía vale lo que pesa en años de chirona. Si les cuento que te has dejado detener sin ofrecer resistencia, ganas tres o cuatro años… Estás atrapado. Ahorremos más daños. Todos saldremos ganando.

Mi discurso no parecía causarle ningún efecto, o bien me había equivocado de medio a medio. Decidí precipitar las cosas.

—… El trato depende de ti. Te concedo treinta segundos para darme una respuesta y decirme si aceptas mi propuesta. Date prisa, que treinta segundos pasan enseguida.

Yo no apartaba la vista de su pistola. Comprendí que había ganado la partida cuando su mano aflojó la presión y se abrió. El arma cayó al suelo produciendo un ruido sordo, parecido al de un juguete. El joyero se echó a los pies de su agresor y recogió el revólver. Lo blandió en el aire riendo nerviosamente.

—¡Es de plástico! Nunca lo hubiera creído… ¡Es impresionante, parece auténtico!

El atracador aprovechó aquellos instantes de indecisión para llevarse las manos a la boca. Tragó algo con gran dificultad repetidas veces antes de lanzarse al suelo, donde se revolcó presa de violentos retortijones. Me arrodillé junto a él para observarle más de cerca.

—¡Acaba de envenenarse! Llame rápido al SAMU! ¡Va a reventar!

El joyero palideció.

—No, inspector, este cerdo acaba de tragarse mis diamantes y mis perlas. Se ha comido más de treinta millones. ¡Está loco!

Lardenne entró en la tienda, seguido de una horda de policías uniformados con las armas desenfundadas. Le detuve en seco.

—Hay que llevarle urgentemente al hospital. ¡Espabila!

—¿Está herido? ¡No he oído disparos!

—No es eso; este idiota se ha tragado lo más valioso de la tienda. Posee el tubo digestivo más caro del mundo…

La ambulancia nos condujo al Hospital Militar, cerca del puente de Saint Pierre. El ladrón de diamantes pasó directamente a manos de un especialista. El médico nos recibió después de examinarlo.

—No hay nada que hacer por el momento. Debo confiarle que es la primera vez que trato a un paciente por ingestión de piedras preciosas. Normalmente, encontramos objetos de menor valor: clavos, trozos de cristal, dientes de tenedor… ¡Es absolutamente increíble lo que la gente llega a tragar! ¡Afortunadamente, sólo me hago cargo de lo que pasa por la boca! Los colegas que trabajan en los otros orificios naturales podrían escribir un libro… ¡Tanto hombres como mujeres! A veces pienso que deberíamos reunir todos los cuerpos extraños extraídos desde hace diez años, nada más que en Toulouse, y montar una especie de museo perverso… Sus diamantes llamarían la atención, sin duda.

—Lo siento, pero tenemos que recuperarlos, son elementos de prueba. ¿Va a tardar mucho?

El profesor torció la boca para indicar que estaba reflexionando.

—Las piedras son de pequeño calibre. De momento están bajando al estómago. Vamos a seguir su progresión por radio o con ecografía para ahorrarle demasiadas dosis de rayos X.

El joyero intervino en ese preciso instante:

—Espero que mis piedras no corran peligro de estropearse con los rayos o los jugos gástricos.

El profesor le dirigió una mueca de desprecio y afectó ignorarlo.

—En el transcurso de las próximas horas atravesarán la segunda parte del aparato digestivo y empezarán la fase de tránsito intestinal. Es una etapa delicada que no está exenta de riesgos. No podemos desestimar la posibilidad de una oclusión intestinal y el recurso a una operación. Se trata de una intervención peligrosa, no hay que ocultarlo.

—¿Y si todo sale bien?

—Ése es mi deseo. En ese caso, probablemente volverá a ver las piedras en tres días como máximo. Se las prometería incluso para mañana, si estuviera seguro de que nuestro enfermo aceptará colaborar con nosotros…

—¿Qué quiere decir?

—Aún nos queda una posibilidad: administrarle un laxante fuerte que estimule eficazmente la acción intestinal. Por supuesto, no podemos aplicar ese tipo de tratamientos sin la conformidad del paciente. Amnistía Internacional no nos lo perdonaría nunca…

La temible eventualidad de una intervención quirúrgica decidió al atracador a aceptar la ingestión de sustancias con el fin de acelerar el proceso orgánico. Tomé la precaución de colocar un policía de vigilancia en la habitación y le di la orden de comprobar el contenido de las deyecciones del prisionero.

El comerciante aceptó agradecido la propuesta de acompañar al policía y secundarle en su tarea.

Las piedras y las perlas fueron restituidas a la mañana siguiente, gracias a un preparado de purgantes a base de magnesia calcinada, cuya fórmula había sido meticulosamente calculada por el gastroenterólogo (CaO, MgO, 2CO2), con el fin de eliminar todo riesgo de efectos secundarios.

* * *

Un telegrama enviado desde París me estaba esperando a mi regreso al despacho. Dalbois acababa de encontrar la pista del ejecutor de Roger Thiraud. Me advertía de la llegada de una carta detallada aquella misma noche.

Intenté concentrarme sin éxito en una pila de informes pendientes. Una serie de robos en unifamiliares, dos o tres conductores borrachos, un caso de resistencia a la autoridad. Maté el tiempo comprobando los estados de servicio del personal de la comisaría en el cuadro de promoción. Constaté que Bourrassol podía ascender en el escalafón al grado cuatro, a menos que el comisario Matabiau tuviera en cuenta las travesuras de su vástago y le confinara dos años más en el escalafón tres.

Me sobresaltaba cada vez que sonaba el teléfono, cada vez que alguien llamaba a la puerta. El cartero pasaba regularmente a las cinco en su recorrido de media tarde, pero yo hubiera querido que se anticipara. Me precipité a la escalera en el instante en que le vi franquear el portal. Recogí el correo y lo extendí sobre la mesa. La misiva de Dalbois estaba allí. La abrí rompiendo el sobre por la prisa. El inspector de Información General no se detenía en formulismos inútiles.

Querido Cadin:

Tu CRS se llama Pierre Cazes y pertenecía, efectivamente, a las Brigadas Especiales encargadas de liquidar a los responsables de la OAS y del FLN durante los últimos años de la guerra. De pasada, te informo que todos los hechos relativos a la Guerra de Argelia han quedado incluidos en un decreto de julio del 62 que estipula, entre otras cosas, que nadie podrá ser objeto de medidas policiales, de justicia o de cualquier tipo de discriminación, en razón de acciones cometidas con ocasión de los acontecimientos acaecidos en Argelia o en la metrópoli antes de la proclamación del alto el fuego.

Pierre Cazes está jubilado en la actualidad. Hace aún unos meses, vivía en tu región, en Grisolles, un pueblo situado entre Grenade y Verdún, en la comarcal 17.

Ten mucho cuidado, no bastará que andes con pies de plomo; debes saber que estás sobre un polvorín. Hazme un favor: destruye este papel cuando lo hayas leído; yo hice lo mismo con la foto que me confiaste.

Un abrazo,
Dalbois

Saqué un encendedor de un cajón y quemé la carta junto con el sobre en el cenicero. Entregué a la secretaria el resto del correo para que procediera a la distribución. Me puse a buscar a Lardenne.

Le encontré encogido en el asiento delantero del coche patrulla. Parecía atacado por una enfermedad nerviosa. Movía los brazos con sacudidas mientras cabeceaba. De cuando en cuando, se enderezaba para volver a echarse sobre el volante. Tuve una explicación a su comportamiento parkinsoniano cuando me acerqué a la puerta. El sargento Lardenne había dejado definitivamente los placeres matemáticos del cubo de Rubik y ahora se abandonaba a las delicias vídeo-neuróticas del Bansai. Entre sus manos sostenía una plaquita electrónica del tamaño de una calculadora e intentaba que un pequeño personaje animado superara un recorrido sembrado de obstáculos.

—¡Traiga eso, Lardenne! Arranque a Grisolles. Es un pueblucho que se encuentra en la 17, antes de llegar a Montauban.

Le dejé jugar con las líneas blancas, los stops, las preferencias y todas las buenas gentes que circulaban al final de la tarde entre Toulouse y Montauban.

Me puse a dirigir la huida del pequeño deshollinador, el pulgar derecho para ir hacia adelante, el izquierdo hacia atrás, e intenté llevarlo hasta el helicóptero que le esperaba en el tejado del rascacielos. Tenía que subir un número impresionante de escalones,

pasar una infinidad de puertas, que se cerraban cuando se aproximaba a ellas, obligándole a dar unos rodeos agotadores. La portera se entrometía también y le perseguía bombardeándole con utensilios de cocina. Por si eso fuera poco, tenía que estar atento a los movimientos de una gigantesca rata, que devoraba plantas enteras.

Al pasar por el pueblo de Verdún, conseguí colocar a mi deshollinador sobre la plataforma; pero, en el último momento, el helicóptero, desequilibrado por una falsa maniobra de mi pulgar derecho, se estrelló contra las ventanas del piso ciento trece, mientras que la portera, risueña, aprovechaba la ocasión para clavar un espantoso cuchillo de carnicero en la espalda del deshollinador. La rata se precipitó a devorar el cadáver. Una musiquilla agridulce desgranó las primeras notas de la Marcha Fúnebre.

—¿Cuántos puntos ha sacado, inspector?

Apreté el botón del marcador.

—¡Novecientos treinta y nueve escalones!

—Mi récord personal es de mil quinientos quince. No es moco de pavo… Un día de éstos voy a comprarme el Yakoon. Dicen que es apasionante. El personaje debe hacer frente a un enemigo cuya apariencia ignora y que le va enviando a sus criaturas. Nunca se sabe si el personaje que tenemos enfrente es amigo o enemigo. Si eliminamos a nuestros ayudantes, cada vez estamos menos protegidos. Hay que conseguir superar doce pruebas para acceder al combate supremo con el Yakoon. Además, la caja modifica el modelo después de cada partida. La cosa se multiplica hasta el infinito. Se necesita un mínimo de dos meses para dominar el primer nivel. ¡Es un juego fantástico!

—¿Ha visto el cartel, Lardenne?

—¿Qué cartel, inspector?

—¡La carretera de Grisolles! Acaba de pasársela. Y aquí no disponemos de doce posibilidades de volver atrás. ¡Sólo hay una solución: dar media vuelta!

* * *

Pierre Cazes vivía en una pequeña casa de campo rodeada de un jardín bien cuidado. Me acerqué a la valla y agité una campanilla sujeta al larguero. Un hombre de unos sesenta años, con rostro envejecido, apareció en la ventana de la planta baja.

—¿Qué desea?

—Soy el inspector Cadin, de Toulouse. Éste es mi ayudante, el sargento Lardenne. Quisiera hablar con usted en privado.

Apareció en la entrada y accionó un mecanismo eléctrico que controlaba la apertura de la puerta. Caminé por el sendero, con

Lardenne pisándome los talones. El hombre nos recibió a la entrada.

—¿A qué debo el honor de una visita de la Policía? Supongo que no serán malas noticias. Mi mujer ha salido de compras al pueblo, pero de todas maneras les puedo ofrecer un aperitivo.

Estábamos en una habitación grande, dispuesta alrededor de una chimenea de piedra, amueblada con buen gusto. Mientras hablaba, puso varias botellas en la mesa, después sacó dos vasos y un surtido de galletas saladas.

—Sólo saco dos vasos porque yo no puedo beber. Estoy tomando medicación…

Nos sirvió un Ricard para mí y Floc de Gascuña para Lardenne, a quien le gusta lo dulce.

—Y bien, inspector, ¿está usted investigándome a mí o a mi mujer?

—No exactamente. ¿Le molestaría dar un paseo por el jardín? Prefiero caminar un poco.

Pierre Cazes manifestó una cierta sorpresa, pero aceptó la invitación. Decidí ir directo al grano.

—Vamos a ver. En primer lugar, esta visita no tiene carácter oficial. Sería perfectamente comprensible que no quisiera contestar a mis preguntas…

Me hizo una señal para continuar.

—… Durante este mes, un joven ha sido asesinado en Toulouse… Bernard Thiraud…

Observé su rostro, pero sus rasgos no reflejaron emoción alguna al oír el nombre.

—… Ha sido asesinado en la calle, sin móvil aparente. Lo hemos comprobado todo, ni asunto de dinero, ni problemas sentimentales, nada. Misterio absoluto. Después, interrogando a la familia, me he enterado de que el padre del muchacho fue asesinado en circunstancias trágicas y similares hace veinte años. Ejecutado en la calle de un balazo en la cabeza. En aquella época no se llevó a cabo ninguna investigación sobre el asesinato. Casualmente, un equipo de la televisión belga, que estaba en París con motivo de la actuación de Jacques Brel en el Olympia, rodó los últimos instantes de la vida de Roger Thiraud, el padre de Bernard. Eso sucedía en París, en octubre de 1961. Todo induce a creer que era usted el que empuñaba la pistola.

Pierre Cazes metió las manos en los bolsillos de su mono de trabajo y cerró los puños. Sus hombros cedieron. Cerró los ojos y respiró con fuerza, con los labios entreabiertos, después se inclinó. Se sentó con dificultad sobre una de las piedras que delimitaban el camino.

—¿Cómo se ha enterado de eso? Todos los archivos son secreto de Estado…

—Por azar, ya se lo he dicho.

—Vamos a sentarnos, inspector. Saca a colación recuerdos muy dolorosos. No me esperaba una cosa así. Por más que se tomen todas las precauciones del mundo, si está escrito, no sirven de nada. ¿Qué quiere que le diga? Seguramente soy yo.

—¿Por qué mató a Roger Thiraud?

Durante una fracción de segundo su mirada se perdió en el vacío.

—No tengo ni idea. Me daban órdenes y tenía que obedecerlas.

—¿Esas órdenes venían de las Fuerzas Especiales?

—¿Por qué me lo pregunta si ya conoce la respuesta? Sí, de la dirección de las Fuerzas Especiales… Nos habían ordenado liquidar a los dirigentes más revoltosos de la OAS y del FLN. La Prefectura nos proporcionaba salvoconductos y armas de serie no identificable. Si había algún problema, teníamos línea directa con el director de Seguridad. Lo conservo aún en la memoria, pero ya no me sirve de nada. MOGador 68-33. Nos lo aprendíamos todo de memoria, para no dejar pistas. No era nada agradable, vivíamos en la clandestinidad. Frente a nosotros, nuestros enemigos no se quedaban de brazos cruzados. Ojo por ojo. No se parecía en nada al trabajo que usted hace, inspector. Éramos autónomos, con nuestros propios métodos de información y actuación.

—¿Incluso en el caso de la calle Notre-Dame de Bonne-Nouvelle?

—No, de vez en cuando, el Centro elegía a uno de nosotros para eliminar a un peón molesto. Yo prefería con mucho el resto del trabajo, la neutralización del adversario. Pero liquidar a un hombre nunca me ha procurado satisfacción. Quizás a otros… He participado en la Resistencia y en la Liberación del Este, ¿sabe? He empuñado armas hasta en Indochina. Estaba acostumbrado a mirar al peligro cara a cara: no es muy agradable vaciar un cargador en el vientre de un alemán o de un vietnamita, incluso si el enemigo está dispuesto a hacer lo mismo contigo. Pero meter una bala en la cabeza de un joven francés del que lo ignoras todo, por la espalda, un hombre desarmado… Pero había que hacerlo. Me consuelo pensando que mi acción quizá evitó un atentado o permitió acortar la guerra una hora, un día…

—¿Qué pasó exactamente con Roger Thiraud? ¿Quién lo designó?

—Lo de siempre. Un enlace depositaba un sobre en un buzón de un albergue al que yo acudía dos veces por semana. Allí encontraba las instrucciones, el camino a seguir. En lo que respecta a Thiraud, si es así como se llamaba, me proporcionaron una foto del objetivo e información acerca de sus desplazamientos, sus costumbres. Elegí actuar durante la manifestación, pues vivía cerca de uno de los lugares de reunión. En principio, tenía que regresar antes del inicio de la manifestación. Había previsto llamarle por teléfono bajo cualquier pretexto para que bajara, pero no tuve necesidad de poner en práctica

ese plan. El hombre no volvió a su casa directamente, sino que disfrutó de una sesión de cine frente al Rex. Estuve a punto de hacer el trabajo en la sala… Pensándolo bien, debería haberlo hecho, porque así no me habría filmado el equipo de la televisión belga.

—¿No se preguntó en ningún momento por qué tenía que morir justamente ese hombre?

—¿Acaso piensa que la OAS tenía problemas de conciencia cuando hizo saltar por los aires a una docena de mis mejores amigos, llenando la sala en que se reunían con treinta kilos de explosivo? Recogimos sus restos, y el más grande me cabía en la mano… ¿O cuando lanzaron una granada en el patio de una escuela? He visto caras de niños desfiguradas por las bombas… ¿Ha oído los gritos de criaturas de cinco años que se han quedado ciegas de terror? En aquel tiempo, procuraba no hacerme preguntas para no perder la cabeza.

—¿Quién le enviaba los sobres? Ahora ya puede decírmelo. Han pasado veinte años, todo eso ya forma parte de la Historia…

—No es del todo cierto. Todo el mundo sabe que las Fuerzas Especiales estaban capitaneadas por André Veillut y que estaban adscritas a la Policía Nacional, sin aparecer, no obstante, en el organigrama de servicios. La mejor prueba de ello es que mis años de clandestinidad me han contado para la jubilación, incluso puedo confiarle que cuentan el doble. Pero había también otros grupos, como el SAC, que actuaban fuera de toda jerarquía. Unos comandos paralelos. Nos ponían zancadillas, aunque estábamos en el mismo bando. No crea que el tiempo ha borrado los odios y los resentimientos. No me sorprendería demasiado que los nostálgicos de la OAS buscaran vengar alguna humillación. El FLN me sorprendería más. Son ellos quienes han ganado, y los vencedores son siempre más generosos que los vencidos.

—¿Su jefe, ese tal Veillut, fue el que dio la orden de liquidar a Roger Thiraud?

—Tenía que saberlo necesariamente. El organigrama de mando reproducía fielmente nuestro tipo de organización en comando. Teníamos que estar lo más unidos posible para tomar decisiones en un tiempo récord y tener las máximas posibilidades de escapar al sistema de detección del adversario. Veillut tenía por lo menos tres ayudantes, pero podía actuar solo en caso de urgencia.

—¿Qué hace ahora?

—Pronto, lo mismo que yo; le falta poco para la jubilación. Cuando las Fuerzas Especiales fueron disueltas, obtuvo un puesto en la Dirección de Asuntos Criminales de la Prefectura de París. El gobierno sabe recompensar a sus mejores servidores.

De repente, se agachó hacia el suelo y me invitó a imitarle.

—Venga a ver esto, inspector, un hormiguero. Aunque lo destruya

dos o tres veces al año, vuelve a construirse un poco más lejos. ¿Ha observado alguna vez el interior?

—Seguramente, cuando era joven…

—Es sorprendente, las hormigas construyen galerías, rampas de acceso. He leído que hay más de dos mil especies de insectos clasificados bajo esa denominación: hormigas rojas, hormigas negras, hormigas de miel, hormigas cazadoras, hormigas amazonas… Mirándolas de cerca, uno no puede evitar identificarse con una de esas especies. Hace poco, descubrí qué tipo de hormiga era yo…

Cogió una ramita y escarbó el borde de un pequeño agujero del tamaño de una moneda de cinco céntimos, y apenas más profundo, excavado en la arena.

—… la hormiga león. ¡Una solitaria! Cava su agujero, se instala en el fondo, en emboscada. Allí espera pacientemente que vayan cayendo pequeños insectos como ella…

La ramita azotó el suelo, con rabia. Una avalancha de arena cubrió a la hormiga león. Me levanté. Pierre Cazes me miraba con expresión socarrona, inmóvil y callado. Rompí el silencio.

—Le doy las gracias por haber aceptado hablar conmigo, señor Cazes.

El sargento Lardenne vino hacia mí y pude oler su aliento a *pastis*. ¡Se había ventilado varias copas! Dio media vuelta y tomó la carretera de Toulouse.

Tuve el tiempo justo de ver el interior del garaje, donde reinaba un enorme Mercedes verde metalizado, un 250 SE de los años sesenta, con la rejilla del radiador cromada. ¡Un sueño!

Me volví hacia Lardenne.

—¡Vaya cacharro! Los hay con suerte…

—No lo crea, inspector. Su mujer ha llegado mientras ustedes charlaban en el jardín. Creía que nos enviaban del hospital. Al pobre viejo no le queda mucho tiempo; ¿se ha fijado en su cara? Los matasanos le dan tres o cuatro meses de vida… ¡Otro que no disfrutará de la jubilación!

—¡Nadie lo diría! ¡Mantiene la moral muy alta para ser un tipo que se sabe condenado!

—Ignora la gravedad de su enfermedad, le hacen creer que tiene una úlcera gástrica.

Antes de la curva, me volví hacia atrás. Vi a una mujer mayor, vestida de gris, de pie, junto a la puerta del jardín. Me dio la impresión de que anotaba nuestro número de matrícula. Lardenne giró. Ella desapareció del campo visual del cristal trasero.

* * *

El muro situado frente a la comisaría era desde siempre el eco de los acontecimientos que sacudían el globo. Durante mis frecuentes periodos de reflexión, mi mirada vagaba minutos enteros por encima de las piedras, en las que leía múltiples veces las letras blancas de un LIBERTAD PARA HENRI MARTIN o los trazos medio borrados de un eslogan… I AL REFERENDUM, sin ser capaz de dilucidar si el I era final de un sí o un resto de la n de NO. En cuanto a ese tal Henri Martin, no sabía cuál elegir de entre la cohorte de los Martin homónimos del diccionario.

¿Era por casualidad «Henri Martin, 1830-1883, nacido en Saint Quentin, historiador francés (*Historia de Francia* 1833-1836), miembro del Collège de France»? O «Henri Martin, 1872-1934, nacido en Dunkerque; poeta simbolista francés, *Le lys et le papillon* (1902), Premio de la Academia Francesa en 1927 por su libro de poemas *Légumes et crustaces*».

O quizá «Henri Martin 1912-1967, nacido en Saint Denis, arquitecto francés. Renovación de París. Proyecto del bulevar periférico (Percée Martin)».

Vacilé, hasta el día en que Bourrassol, que ampliaba sus conocimientos del medio marino desde que su hijo navegaba a bordo de la escuadra francesa, me informó de que el Martin cuyo nombre exhibía el muro había conocido la humedad de los calabozos y el rigor de las cadenas por haberse negado a enviar unos centenares de obuses sobre los barrios populares de Haïphong, a principios de los años cincuenta.

Pero el muro no sólo vivía del pasado.

A finales del mes de junio, un equipo de propagandistas de confesión chií había trazado en letras blancas una imponente inscripción: SOLIDARIDAD CON IRÁN.

Otros artistas, en probable desacuerdo con las tesis jomeinistas, se habían limitado a tachar IRÁN y sustituirlo por PALESTINA. Eso sin contar con la reacción de los estudiantes sionistas que borraron Palestina pero hicieron suyo el eslogan, trazando en letras azules los caracteres de ISRAEL.

Por último, un listo quiso zanjar confrontaciones y poner a todo el mundo de acuerdo ocultando con un rodillo los nombres de Irán, Palestina e Israel. Para terminar de cuadrar el mensaje, tachó la preposición CON y no dejó más que la palabra SOLIDARIDAD.

El comisario Matabiau había regresado. Irrumpió en mi despacho a eso de las diez y ni siquiera me dio ocasión de dirigirle un saludo amistoso.

—Sígame, Cadin. Me gustaría aclarar lo que ha pasado aquí en mi ausencia.

Estaba de un humor execrable. El bronceado corso apenas

disimulaba su tez biliosa. No retuvo la puerta al entrar en su despacho, de modo que estuve a punto de tragármela. Matabiau colocó las nalgas en el borde de la mesa y cruzó los brazos sobre el pecho. Seguro que se había levantado a toda prisa, porque noté que se había puesto un calcetín del revés.

—¡Bueno, Cadin, estoy esperando!

—No ha sucedido nada realmente excepcional, comisario, si exceptuamos la huelga de sepultureros.

Buscaba ganar tiempo para saber si Cazes había ya intervenido para quejarse de mi visita.

—En realidad, la huelga sólo ha durado una semana y todo ha vuelto al orden con rapidez. Algunos altercados entre los huelguistas y las familias en duelo. Fuera de esto, lo habitual. No merece la pena que le haga la relación de denuncias de todo tipo que hemos recibido. Personalmente, me he dedicado al caso más importante del mes. El asesinato de Bernard Thiraud. Tengo un informe completo de mis contactos, tanto en París como en Toulouse…

—¿Eso es todo?

—Sí, no creo que haya habido nada más. No le cuento el atraco de la alameda Jean Jaurès, porque ya tiene suficiente con los periódicos…

Había hecho esta observación muy a propósito: todos los periodistas mencionaban mi valentía frente a un gángster armado; corrían un tupido velo sobre el hecho de que la pistola fuese de juguete. El recuerdo de mi hazaña reciente suavizó la actitud del comisario.

—Sí, Cadin, ya he leído todos los periódicos. Le felicito por la sangre fría de que ha hecho gala en tal circunstancia. Lo que me preocupa realmente es ese asunto de los situacionistas. Apenas he vuelto de vacaciones y me encuentro asediado por llamadas telefónicas del alcalde, del jefe de prensa, Prodis. Desconfíe de esa víbora… No he entendido nada de sus divagaciones salvo que el teniente Bourrassol está implicado en el caso. ¡Nunca he oído nada más grotesco! ¿Se imagina a Bourrassol disfrazado de situacionista? ¿Está al tanto de esa trola? ¿Puede decirme de dónde procede?

—Bourrassol no tiene nada que ver. Son capaces de inventar cualquier cosa con tal de fastidiarnos. Simplemente hemos echado el guante a la red de situacionistas que publicó falsos diarios municipales en 1977, así como el cartel trucado. El hijo de Bourrassol está pringado en esa gresca, pero no tiene nada que ver con las falsas citaciones enviadas desde la comisaría. Tiene una coartada de hormigón armado: en estos momentos está en Martinica y Guadalupe, embarcado en los «cruceros» organizados por la Marina Nacional.

El comisario Matabiau se levantó de la mesa y se plantó frente a

mí.

—¡Citaciones falsas ! ¡No doy crédito a lo que estoy oyendo! ¿No cree que esto es más importante que todo lo demás? ¡Me importa un huevo su asesinato y su faquir de joyería! Antes de marcharme de vacaciones, ya me figuraba que conseguirían entre todos cubrirme de mierda. Bueno, ¿de qué tratan exactamente esos documentos falsificados?

—Seguimos buscando. Varios centenares de ciudadanos han recibido una citación, imitando a la perfección un formulario oficial, que les ordena presentarse con urgencia en comisaría para confeccionar un fichero antiterrorista. La citación estaba firmada con su nombre y la rúbrica se parecía a la suya. Y, como por casualidad, los destinatarios han sido escogidos entre las personalidades de la ciudad: grandes comerciantes, industriales, clérigos, presidentes de asociaciones, agrupaciones de ex combatientes…

—¿Puede enseñarme uno de esos documentos?

Saqué la cartera del bolsillo trasero de mis tejanos y extraje delicadamente con los dedos un cuadrado de papel azul que desplegué antes de entregárselo a Matabiau. Examinó en silencio cada línea. Para mi gran asombro, la lectura le tranquilizó. Me devolvió la citación.

—No es falso. Este formulario es auténtico, lo firmé la víspera de mi salida hacia Córcega. ¡No comprendo cómo se ha producido este follón!

Creo que si me hubiera confesado ser el asesino de Bernard Thiraud mi sorpresa no habría sido mayor.

—¡No estoy loco, Cadin! Recuerdo perfectamente que entregué el original de esta carta al sargento Lardenne, junto con la lista de las cuatrocientas personas de Toulouse a las que iba dirigida. Pensé que usted ya tenía suficiente trabajo como para apechugar también con esta faena. Lardenne no tenía que hacer más que las fotocopias y meterlas en un sobre… Vaya a buscarlo, quiero aclarar esto inmediatamente.

El sargento acababa una partida de *flipper* en el bar de al lado. Le retiré de la máquina cien puntos antes de la partida gratis, aun a riesgo de crearme un enemigo. Le expuse rápidamente la situación, mientras nos dirigíamos al despacho de Matabiau. El comisario se había revestido de una máscara trágica. Levantó la barbilla al abrirse la puerta.

—Lardenne, estoy ansioso por escuchar su versión de los hechos. ¡Trate de ser claro y preciso; si no, me veré obligado a bajarle en el escalafón! Supongo que el inspector Cadin le ha puesto al corriente. ¿Qué tiene que alegar en su favor?

—No sé nada…

—¡Hombre, Lardenne, ponga en marcha su cerebro!

—… Pasé el trabajo a la señora Golan, de Secretaría. Le expliqué lo que usted quería que se hiciera. Con las mismas palabras…

—¡Muy bien, hombre! ¡Así que le confío una misión concreta, de la mayor importancia, y usted corre a colocársela a la primera persona que encuentra! ¡Vaya a buscar a la señora Golan!

Lardenne se ausentó un breve instante. Reapareció acompañado por la enorme matrona que, desde hacía muchos años, presidía la entrega de pasaportes y carnés de identidad. A pesar de que ocupaba buena parte del espacio, intentaba pasar lo más desapercibida posible. Era la segunda vez que traspasaba el dintel del sacrosanto despacho del jefe; la primera, con motivo de firmar su contrato de trabajo. Su actitud demostraba que apreciaba en su justo valor la solemnidad del acontecimiento. Matabiau hizo gala de mucha delicadeza: con un mínimo esfuerzo consiguió esclarecer el misterio. La pobre mujer era la bondad personificada. Rápidamente, su fama se extendió más allá de los límites del servicio de carnés de identidad. Era raro que rechazara hacer un favor a un colega en apuros. No había día en que no le pidieran que echara una mano en tal o cual departamento, acompañado de un «le devolveré el favor en cualquier ocasión»; en realidad, puro formulismo. La buena señora Golan doblaba, pegaba con cinta adhesiva, metía en sobres, grapaba para toda la comisaría.

Cuando Lardenne apareció, aureolado por su misión, y le pidió, en nombre del comisario Matabiau, que enviara las cuatrocientas citaciones para el fichero antiterrorista, aceptó encantada, dando las gracias al sargento por haber pensado en ella para un trabajo tan delicado.

Hizo lo mismo a la mañana siguiente, cuando otro jefe de departamento solicitó sus servicios con el fin de meter en sobres y enviar trescientos sesenta y ocho tarjetones que rezaban:

> *La Obra Social de la Policía de Toulouse, así como el conjunto de las Fuerzas de la Policía del distrito ciudadano, le agradecen su generoso donativo que servirá, como cada año, para aliviar el dolor de las viudas y huérfanos de nuestros colegas caídos en la lucha por la Seguridad Pública.*

No se sabe cómo la lista «antiterrorista» pasó a ocupar el lugar de la lista que enumeraba los nombres de los bienhechores. Pero si la flor y nata de Toulouse se lamentaba amargamente de haber sido confundida con sombras amenazadoras, ningún instalador de bombas, o sospechoso de hacerlo, se manifestó sorprendido de recibir un agradecimiento por una limosna fantasma.

Lardenne fue el primero en abandonar el despacho; la secretaria le pisó los talones. Matabiau cruzó la habitación a grandes zancadas, lanzando pestes contra sus subordinados y la administración en general.

—¿Se da cuenta, Cadin? En una sola hora de trabajo ya he perdido

todo el beneficio de mis vacaciones. Este asunto me ha vuelto a poner nervioso enseguida. Un mes de tranquilidad, de relax…; demasiado bonito para que durara… Habría preferido que fuera el hijo de Bourrassol el culpable de todo. Al menos, él no pertenece a la casa. ¡Pero qué listos! ¿Qué van a pensar de mí? ¿Que cualquiera puede torearme? Lardenne se va a enterar. Se va a hinchar a hacer guardias. ¡Lo juro! Bueno, acabemos con esto. ¿Qué tal va el caso de asesinato? ¿Avanzamos algo?

—Ni lo bien ni lo deprisa que quisiera. Tenemos poca cosa sustancial. Bernard Thiraud fue asesinado por un parisino de unos sesenta años. Tenemos la declaración de un testigo que vio al asesino saliendo de un Renault 30 TX de color negro, matriculado en París, con el que seguía a la víctima. Eso sucedía delante de la Prefectura, unos minutos antes del asesinato. Lardenne ha comprobado el recorrido entre París y Toulouse, las autopistas, las carreteras nacionales, pero nadie recuerda haber visto el coche sospechoso ni a un tipo que respondiera a las señas del criminal.

—Si ha sido Lardenne el que ha efectuado el trabajo, vale más comprobarlo…

—No quisiera salir en su defensa, pero en este caso concreto confío en él.

—De acuerdo, siga.

—En lo relativo a la detección del móvil, no hemos avanzado demasiado. El muchacho se dirigía a Marruecos en compañía de su novia…

—No entiendo por qué un parisino tiene que pasar por Toulouse de camino a Marruecos. No es éste el itinerario más directo hacia Marrakech.

—No, en efecto, no lo es; Bernard Thiraud y su novia son historiadores. Se han dado una vuelta por Toulouse con el fin de consultar los archivos del Ayuntamiento y la Prefectura. Legajos acerca de la historia regional. He investigado al respecto dos días con Lardenne, sin resultado. Por el contrario, me fui a París y descubrí cosas más interesantes. El padre de la víctima fue asesinado en circunstancias bastante turbias en octubre de 1961, durante una manifestación organizada por los argelinos. Puedo incluso afirmar que fue ejecutado científicamente.

—¿Por quién?

—A primera vista, se trata de una actuación de tipo político. Razones de Estado. He encontrado al agente que efectuó el trabajo. Vive en un pueblecito, en la carretera de Montauban. Está jubilado. En aquel momento, formaba parte de las Fuerzas Especiales, una especie de comandos clandestinos para neutralizar a los responsables de la OAS y del FLN. Si era necesario, incluso para hacerlos desaparecer

definitivamente. El servicio lo dirigía un tal André Veillut, un mandamás de la Prefectura de Policía. Evidentemente, se las arreglaban para evitar investigaciones y autopsias. Los informes están vacíos. No sé si serviría de algo llenarlos ahora, pues todos los acontecimientos de esa época están sobreseídos por un decreto de amnistía.

—Cree que los dos casos están relacionados, ¿verdad? No sería inverosímil pensar que el hijo de Thiraud hubiera conseguido identificar al asesino de su padre y hubiera venido a nuestra región con el fin de vengarse. Eso explicaría su itinerario.

—Esa solución no me disgustaría, pero tengo un montón de detalles que no encajan en ese esquema. En primer lugar, Pierre Cazes. Aparte de la edad, no se corresponde demasiado con el retrato proporcionado por el testigo. No me lo imagino complicando inútilmente su tarea, procurándose un coche matriculado en París para cometer el crimen, en pleno día, con el máximo riesgo.

—Si es un profesional, y tenemos que enfrentarnos a un profesional de primera, ése es exactamente el tipo de razonamiento que quisiera que adoptásemos. El asesino domina perfectamente la situación, Cadin. ¡Si no ha encontrado pistas del Renault 30 TX, quizá sea porque nunca ha hecho el trayecto París-Toulouse!

—¡Sin embargo, tiene que existir! Ningún vehículo de este modelo ha sido robado en el transcurso de la semana anterior a la muerte de Bernard Thiraud. Lo he comprobado personalmente en Tráfico.

—¿Y por qué no suponer que le hayan prestado el coche? Investigue todos los pasos de ese tal Pierre Cazes y compruebe si uno de sus amigos no circula por ahí en un Renault negro… ¿Ha vuelto a los archivos después de descubrir esa historia de la manifestación argelina?

—No. ¿Por qué? ¿Debería haberlo hecho?

—Si estuviera en su lugar, iría a dar una vuelta. Ahora ya sabe lo que busca: una relación con ese Pierre Cazes o con las Fuerzas Especiales. Merece la pena fisgonear un par de horas. Puede encontrar algo, por pequeño que sea, que le ayude en la investigación. Pero quizá regrese con las manos vacías si la víctima hubiera consultado realmente un informe relacionado con su trabajo como historiador… En ese caso, el asunto Thiraud conservará su misterio. Hasta el día en que caiga en nuestras manos un formulario de un seguro de vida o una banal carta de ruptura sentimental. Los crímenes más hermosos son también los más sencillos, ¿no?

—Éste no. Hay demasiadas coincidencias, demasiadas ramificaciones. A decir verdad, tengo que desenmascarar al asesino de Bernard Thiraud, pero la única cosa que me interesa realmente es comprender por qué un agente de la Policía Política disfrazado de

CRS, en el curso de una manifestación argelina, asesina a un simple profesor del instituto Lamartine. Si me atreviera, iría a preguntarle la razón de todo esto a André Veillut, el antiguo jefe de las Fuerzas Especiales. Ya está todo amnistiado y no arriesga nada al hablar…

—No voy a enseñarle a llevar una investigación, Cadin, aunque no renunciaré a darle algunos consejos. Escuche, trabaje como quiera; puede remontarse a la batalla de Alesia o a la noche de San Bartolomé, si lo cree indispensable y logra arrestar al culpable. El objetivo es resolver el problema: sinceramente, me importan poco los medios que utilice para conseguirlo. Pero si se sale, aunque sea un poquito, de la legalidad, no espere protección especial. Proclame bien alto que ha sido Cadin y nadie más. ¡No quiero que mi nombre se vea mezclado en una chapuza! Queda advertido.

—Siempre he asumido mis responsabilidades, comisario. Estoy convencido de que estos dos crímenes están relacionados…

—Por el momento, la relación es sólo de parentesco. Nada le autoriza a sacar conclusiones. Sea prudente. Acaba de evocar la existencia de dos crímenes, mientras que hace sólo cinco minutos admitía que la muerte de Roger Thiraud estaba cubierta por la amnistía. Mire atentamente en dónde pone los pies, Cadin.

—Eso intento, comisario.

—No basta con intentarlo. Sobre todo, no se base en sus convicciones. Deje eso para los jueces. Necesito un culpable tan presentable como el cadáver que recogimos cerca de la iglesia de Saint Jerôme. Desde todo punto de vista, sería preferible que permaneciera al frente de la comisaría hasta dar carpetazo a esta investigación. Tendrá más libertad de movimientos. Me quedan aún dos o tres días de vacaciones. Pensaba tomármelos más adelante, pero nada me impide utilizarlos esta semana. ¿Qué le parece?

Yo no pedía tanto…

—Estoy de acuerdo. La cosa vale la pena.

Sin embargo, tenía la ligera impresión de que esa repentina generosidad escondía algo. Matabiau me sacó de dudas.

—Aprovecharé para hacer bricolaje en casa. Siempre hay algo que hacer en las casas. Una última cosa, Cadin, mire a ver cómo arregla con Prodis el asunto de los ficheros equivocados. Cuento con su sentido de la diplomacia para solucionarlo de la mejor manera posible.

Capítulo VIII

Me encargué de cumplir con la tarea encomendada llamando por teléfono al jefe de prensa. Prodis me dejó hablar menos de diez segundos y me interrumpió bruscamente.

—¡Inspector, me importan un bledo sus cuatrocientas tarjetas de agradecimiento! Es poca cosa… Creíamos haberlos atrapado cuando descubrimos las planchas en la imprenta municipal. Pues no. El oficial del *offset* nos ha debido pasar una lista de nombres escogidos al azar. Y su trabajo de zapa se consolida cada vez más. Por todas partes se nos indica la distribución de una carta del INSEE que anuncia la anulación del censo general de la población de Toulouse por orden del Ministerio del Interior. Le leo la carta…

Escuché el ruido característico que hace un papel al ser desplegado.

> *Un grupo denominado INSEE (Intervención Nacional de Equipamiento Electrónico) ha sustraído bastantes informes confidenciales y, circunstancia agravante, la contratación a la ligera por parte del Ayuntamiento de personal encargado del censo ha permitido la infiltración de individuos que, sirviéndose de un malestar legítimo con respecto a la informática, tratan de perjudicar la puesta a punto de un fichero y la planificación de las relaciones sociales. Ello nos obliga a anular el censo en todo el distrito de Toulouse y alrededores.*

—A continuación, recomiendan a la gente que pase sin tardanza por el Ayuntamiento para retirar sus informes. ¡No son 400 personas las que se nos echan encima, sino al menos diez mil, según los primeros sondeos!

Colgué rápidamente y dejé a Prodis con su paranoia. Llamé a Bourrassol. El hombre había trabajado pacientemente la hipótesis de que el asesinato de Bernard Thiraud se reducía a una simple equivocación y que la víctima no constituía el blanco real. Después de una minuciosa labor, había conseguido elaborar la lista de la mayoría de individuos presentes en los locales de la Prefectura el día del asesinato, entre las 16:00 y las 18:00.

—Mire, inspector, en vez de colocar a nuestros hombres de vigilancia en los barrios conflictivos, deberíamos recomendarles para que les contrataran como conserjes en la Prefectura. He conseguido una lista increíble. ¡Una decena de peces gordos, que nunca caen en nuestras redes, se pasean sin temor a dos pasos del despacho del prefecto! A Joé Cortanze, por ejemplo, si no me equivoco, se le busca por atraco a mano armada.

—Sí, exacto.

—¡Pues eso no le impide ser recibido de forma oficial por el secretario general adjunto y por el jefe de gabinete!

—¡Vamos, teniente, ya lleva suficiente tiempo en el oficio para saber que nuestros éxitos se deben en un 95 por ciento a las confidencias de los soplones! ¡Acaba de descubrir el huevo de Colón! Usted también tiene algunos enlaces cerca de los institutos para seguir la pista de la droga… ¿O no?

—¡Sí, pero no de ese calibre!

—¿Y qué más?

—Me he tropezado con un viejo amigo, el sargento retirado Potrez. Se parece ligeramente a Bernard Thiraud. La misma corpulencia, el mismo aspecto. Tiene unos cinco años más, pero para alguien que trabaje a partir de una foto, la confusión es posible…

—No me acuerdo de este apellido… Potrez…

—Era un as con la pistola, el mejor de la segunda brigada territorial, hasta el día que abrió fuego contra un motorista sin echar el alto. Estaba de vigilancia para pillar con las manos en la masa a una banda de ladrones de coches: la banda de los BMW. Un chaval en moto que pasaba por el barrio tuvo miedo al ver a un tipo que se paseaba con un Magnum en las manos. Y salió a escape. Un blanco perfecto. El forense extrajo cinco balas, todas alojadas en una superficie del tamaño de mi mano… Potrez fue expulsado de la Policía; ahora curra en una empresa de transportes de fondos. En la prensa, me acuerdo que los amigos del joven motorista se declaraban dispuestos a vengarle…, sucede a menudo bajo los efectos de la ira, después todo se calma…

—Sí, o se lleva a cabo. Costó varios años, pero a Tramoni lo mataron por el asesinato de Pierre Overney. Incluso si existe una posibilidad entre mil de que la pista nos conduzca hasta el asesino, vale la pena llegar hasta el final.

* * *

Decidí retirarme temprano aquella noche; me metí en la cama después de las noticias de las ocho. Podía escoger entre una repetición de «Juegos sin fronteras», que oponía a Bécon les Bruyères contra Knokke de Zoute, un reportaje consagrado al renacimiento del arte lírico en los Vosgos y un debate sobre el escalonamiento de las vacaciones. No tenía alternativa: mi vídeo se había quedado en Poitiers. Me lancé sobre Gutenberg y registré las estanterías de la biblioteca, en busca de algún libro olvidado. Tropecé con la monografía inacabada de Roger Thiraud que Claudine me había entregado. La sopesé, examiné la cubierta y me decidí a abrirla. No era propiamente un libro, solamente una maqueta. Parecía estar destinado a ser reproducido tal cual. La página de guarda se adornaba con el escudo de la villa de Drancy, rematado por una dedicatoria

caligrafiada: «A Max Jacob».

El título estaba rotulado en *letraset:*

DRANCY, de sus orígenes hasta nuestros días
por Roger THIRAUD
profesor en el instituto Lamartine

Hojeé rápidamente el volumen. Muchas páginas contenían espacios en blanco, encuadrados a lápiz y con anotaciones. Roger Thiraud había previsto el emplazamiento exacto de las ilustraciones, fotos, gráficos, planos. En cada una de ellas indicaba la fuente y la referencia bibliográfica. El primer capítulo del estudio presentaba en unos párrafos la historia de la Tierra en la Era Secundaria.

El comisario no había llegado tan lejos. ¡Se había detenido en Alesia! Leí en diagonal, reteniendo el sentido general del texto. «… El mar cubría la región parisina. Sedimentos arcillosos y calcáreos se depositaron en el emplazamiento donde, miles de años más tarde, nacería Drancy.»

Salté algunos milenios pasando al capítulo tres. Me enteré de que el nombre de la ciudad provenía «de un colono romano TERANTIACUM, transformado en DERANTIACUM, DERENTI y, después, en DRANCY».

Me divertí declinando mi patronímico, en sentido inverso. Llegué a conseguir un CARADINATIACUM satisfactorio.

En el año 800, la aldea no tenía escuela y su población ascendía a 200 personas.

Di un salto de ocho siglos consagrados a las siembras y las cosechas para trabar conocimiento con la primera celebridad local: «CRETTE DE PALUEL, un pionero de la maquinaria agrícola», tal era el título seductor de aquel capítulo. Roger Thiraud proyectaba dedicar una página entera a la reproducción del busto del eminente sabio. Anotó: «Realizar foto de la colección de estampas de la Biblioteca Nacional». Me sumergí en la breve biografía de Crette de Paluel, «nacido en Drancy en 1741, inventó el cilindro dentado, la máquina de arrancar raíces, la de cortar la paja y el arado-cosechadora para las patatas. Gran amigo de Parmentier, compartió con él la tarea de divulgación de este tubérculo».

Roger Thiraud, en párrafos de un lirismo obsoleto pero eficaz, intentaba poner fin a esa injusticia y se dedicaba a consolidar la fama del gran hombre.

La Revolución no había dejado huellas profundas en los surcos drancineanos, pero la caída y posterior explosión, el 16 de octubre de 1870, de un globo dirigible inflado en el gasómetro de la Villette ocupaba una apreciable cantidad de espacio.

El periodo contemporáneo constituía la segunda parte de la obra; se abría con una cita de *Los miserables.*

París-Centro, la circunferencia de los arrabales, ése es el territorio de estos niños. Jamás se atreven a ir más allá. A dos leguas de los cercados, ya no existe nada más para ellos. Ivry, Gentilly, AubenTilliers, Drancy, ahí termina su mundo.

Cerré los ojos un breve instante; estas palabras me recordaban las pocas horas pasadas con Claudine en los restos de las fortificaciones.

Roger Thiraud pasaba muy rápidamente sobre los acontecimientos políticos nacionales, en la medida en que no incidían en su ciudad natal. Insistía más en las variaciones de partido de los candidatos municipales y en la construcción de los primeros equipamientos modernos. En los últimos capítulos, ponía de relieve la vocación de precursores de los alcaldes anteriores la guerra y su proyecto urbanístico para toda la ciudad. Se trataba de la edificación de una vasta ciudad-jardín, que comprendía varios millares de viviendas individuales y colectivas. Una especie de metrópolis ideal, un falansterio del siglo XX, en el que cada ciudadano tendría a su disposición todo un conjunto de servicios y equipamientos colectivos: escuelas, campos de deporte, hospital, guarderías, comercios…

Las obras de la ciudad residencial se iniciaron en 1932; la población llegó a duplicarse, hasta alcanzar cerca de cuarenta mil habitantes.

En 1934 se lanzó un programa aún más atrevido: ¡en Drancy se construirían los primeros rascacielos franceses! Cinco torres de catorce pisos cada una, una serie de edificios alineados y una impresionante urbe en forma de herradura de cuatro niveles, reagrupando varios centenares de viviendas repartidas en una treintena de escaleras. Bautizaron el conjunto como La Muette, nombre de un lugar situado cerca de allí.

Por desgracia, las esperanzas de vida comunitaria que agitaban el espíritu de los arquitectos de vanguardia tuvieron un destino bien diferente.

Las técnicas empleadas en la edificación mostraron sus limitaciones y aparecieron numerosos defectos de construcción, incluso antes de empezar a alquilar los pisos. Si las casas individuales encontraron compradores, los primeros *sky-scrapers* franceses no tuvieron entre el público el éxito que esperaban sus promotores. Plantas enteras quedaban vacías a pesar de lo módico de los precios de alquiler.

Tuvieron que rendirse a la evidencia. ¡Las uvas no estaban todavía maduras! Se saldó el barrio entero al Ministerio de Defensa, que instaló en él un regimiento de Fuerzas Especiales.

Me levanté un momento para beber una cerveza y hacer una pausa, pero volví a las aventuras de la ciudad-jardín de Drancy. Roger Thiraud se apasionaba por el tema; abundaban los detalles.

En el año 1940, precisaba el número exacto de soldados alemanes hechos prisioneros en el frente e internados en la ciudad de La Muette.

De paso, conocí aquel detalle que sonaba a verdadera revelación: el ejército francés había conseguido hacer prisioneros durante la guerra.

Pero pronto los alemanes se instalaron en Drancy. Cambiaron los papeles: de prisioneros pasaron a carceleros. A partir del verano de aquel año, internaron allí a restos de los ejércitos franceses e ingleses, así como a civiles yugoslavos y griegos, detenidos en París. El 20 de agosto de 1941, la ciudad de La Muette fue oficialmente transformada en campo de concentración destinado al agrupamiento de los judíos franceses, antes de su traslado a Alemania y a la Polonia ocupada.

Roger Thiraud citaba la cifra de 76.000 personas, mujeres, niños, ancianos, todos reunidos, en tres años, a pocos kilómetros de la plaza de la Concordia y deportados a Auschwitz. Estimaba en menos de dos mil el número de los supervivientes.

Cada semana, tres mil personas pasaban por Drancy, custodiadas por cuatro soldados alemanes, ayudados en su tarea por varias decenas de colaboradores franceses. Roger Thiraud subrayaba la cifra de cuatro.

Reconstruía la vida en el campo recurriendo a recortes de prensa y a entrevistas con supervivientes. Tuve que hacer un esfuerzo para leer algunos pasajes:

> *Cuando hablábamos de Drancy delante de los niños, habíamos inventado un nombre, para no asustarlos. Un nombre casi alegre, Pitchipoï. Drancy era Pitchipoï.*

La página siguiente estaba tachada a lápiz e ilustrada con una leyenda explicativa: «Reproducir el facsímil de la carta del comandante de Drancy anunciando a Eichmann la salida del primer convoy que traslada a niños menores de dos años (convoy D 901/14 del 14-8-1942)».

Algunos de estos documentos se encontraban reunidos en un anexo, en un sobre de papel de embalaje. Saqué una nota de la «Oficina de Alimentación», fechada el 15 de abril de 1943.

> *En respuesta a su nota del 9 del corriente, tenemos el honor de comunicarle las informaciones siguientes:*
> *1) Niños menores de 9 meses: 347.*
> *2) Niños de 9 meses a 3 años: 882.*
> *3) Niños de 3 a 6 años: 1.245.*
> *4) Niños de 6 a 13 años: 4.134.*
> *5) Cantidad de leche recibida actualmente (al mes): 3.223,50 litros.*
> *En razón de los frecuentes cambios de efectivos, las informaciones supraescritas no dan más que una idea aproximada, pudiendo variar el número de niños en ± frecuentes 50 unidades de un día a otro.*

Otro legajo llevaba la denominación: «Elementos cifrados. Para clasificar», escrito a mano por Roger Thiraud. Largas columnas de cifras se superponían bajo títulos de secciones cuya concisión aumentaba la impresión de tragedia: «Fecha de salida», «Convoy»,

«Número de orden», «Campo de destino», «Gaseados a la llegada», «Seleccionados H», «Seleccionados M», «Supervivientes en el 45».

El total de deportados censados ascendía a 73.853; el de supervivientes, a 2.190.

El último cuadro establecía, región por región, el origen geográfico de las personas internadas en Drancy; incluía una especie de clasificación por franjas de edad.

La región parisina se encontraba a la cabeza, seguida de la de Mediodía-Pirineos, muy por delante del Norte o del Centro, cuyos naturales judíos parecían haber escapado a la red de la Gestapo. La región parisina ocupaba los primeros lugares en ese siniestro *hit-parade,* a excepción de la primera franja de edad de niños menores de tres años. Mientras que la inmensa mayoría de las circunscripciones confesaban unos porcentajes situados entre el cinco y el ocho por ciento, Paris alcanzaba el once y Mediodía-Pirineos franqueaba la barrera del doce por ciento.

Cerré el libro inacabado de Roger Thiraud, aquejado de una profunda angustia. Dudé mucho rato antes de atreverme a apagar la luz. No lograba conciliar el sueño. Me volví a levantar para ver el último telediario. Me dormí de madrugada, cuando la calle se despertaba con el ruido de los primeros trabajadores.

El primero en salir a escena fue el comisario Matabiau, extrañamente vestido con una amplia capa negra y la cabeza cubierta con un capuchón. Yo sabía que era él sin ver su rostro. Caminaba lentamente y recorría un pasillo, cuyo principio se fundía en el infinito. Su máscara atraía los reflejos azulados de los fluorescentes empotrados en el suelo. Matabiau avanzaba, con la cabeza ladeada hacia el hombro derecho; repartía pequeños cuadrados verdes de cartón, con la foto de Prodis, a una multitud de seres escuchimizados. Yo me encontraba en medio de su camino, completamente desnudo. Me reprochó la indecencia de presentarme de esa guisa al entregarme un papel. Bajo la foto del jefe de prensa, pude identificar el sello oficial de la comisaría; pero las líneas del texto se emborronaron cuando intenté descifrarlas.

Me di la vuelta hacia los demás participantes en esa inquietante ceremonia e identifiqué sin dificultad a la mitad de los que me rodeaban.

Familias de duelo se mezclaban con los ex huelguistas de los servicios funerarios, mientras que una unidad de guardias de asalto intentaba extraer una imponente pepita de las amarillentas entrañas de un hipopótamo cachondo. De pronto, un ruido ensordecedor, producido por crujidos sobreagudos y explosiones, petrificó a la concurrencia. Matabiau se volatilizó en el destello del embaldosado.

El pasillo se había ensanchado; las paredes, como reblandecidas, se

movían al ritmo de un corazón ausente. El horizonte se oscureció y un Renault negro, desmesurado, surgió directamente hacia nosotros, con las ruedas colocadas sobre raíles deslumbrantes que parecían nacer de su mismo movimiento.

Un rostro horripilante, deformado por las imperfecciones del parabrisas, hacía muecas detrás del volante. De golpe, distinguí los rasgos de Pierre Cazes. Me quedé paralizado y cerré los ojos para no ver mi muerte. No conseguí nada. Mi mirada taladraba el velo de mis párpados. El CRS estaba afectado por una especie de locura; saltaba en el asiento vociferando. Tenía la boca, los ojos, la nariz llenos de miles de hormigas negras, de patas fosforescentes, que trataba de quitarse de encima arrojándolas contra los cristales del vehículo. El coche, en su loca carrera, arrastraba una fila interminable de vagones. Viejos vagones de mercancías construidos de madera marrón, cuyos montantes se plegaban bajo las violentas sacudidas de la tracción. El final del convoy lo componían unos contenedores sin techo que saltaban por el aire y volvían a caer pesadamente sobre los raíles, provocando surtidores con olor a pólvora. En cada salto, miles de cráneos, de un blanco calcáreo, salían de los contenedores y estallaban en el suelo del pasillo.

Claudine Chenet apareció en el lindero de un bosque situado a mi izquierda. Estaba acompañada por el archivero del pie contrahecho de la Prefectura de Toulouse. Los dos consiguieron detener la marcha desenfrenada del gigantesco convoy y fueron abriendo una a una las puertas precintadas. Centenares de argelinos ensangrentados salieron de los vagones y formaron inmensas filas lastimeras que cercaban el horizonte. Un empleado de la RATP desenganchó el coche y liberó a una señora mayor del maletero en el que estaba encerrada. Creí distinguir la primera sonrisa de la señora Thiraud cuando el tren se puso en movimiento. Las ruedas empezaron a chirriar hasta producir un lamento insoportable. Dos manos monstruosas se colocaron a cada lado del capó del Renault; los pulgares obstruyeron los faros del vehículo. Me sentí como aspirado muy lejos, hacia el fondo de la cama. Toda la escena se fundió a una velocidad vertiginosa en un punto rojo minúsculo que alcanzó el infinito. Tuve tiempo de ver una silueta, cuyos contornos recordaban a los del sargento Lardenne, que se inclinaba sobre la pequeña pantalla de un videojuego que imitaba la forma de un automóvil. Una música obsesiva de ritmo entrecortado se superponía al estruendo del tren. Miles de voces infantiles marcaban el ritmo del convoy: «Pitchipoï, Pitchipoï, Pitchipoï…».

Me desperté sobresaltado, cubierto por un sudor frío. Permanecí unos minutos despavorido, esforzándome por contrarrestar el miedo y olvidar esos paisajes de muerte. Intentaba imponer otras imágenes a mi mente, aquel paseo por las fortificaciones, la comida en Dalbois. En

vano. El rostro de Claudine se desvanecía y era imperceptiblemente reemplazado por el de Bernard Thiraud. Dalbois adoptaba los rasgos de Pierre Cazes. Conseguí eludir mi terror volviendo al libro de Roger Thiraud.

El retrato del barrio de La Muette acababa en menos de una página. El campo liberado en agosto de 1944 cobijó, a partir del mes de septiembre, a varios miles de franceses acusados de colaborar con el enemigo. Roger citaba el nombre de las personalidades más significativas, de Tino Rossi a Sacha Guitry, que pasaron brevemente por Drancy en aquel momento. En 1948 se procedió a la rehabilitación de los edificios, que fueron devueltos a su primer destino. En un anexo, el autor indicaba el título de una película rodada en el barrio, en 1936, *L'enfer des Anges,* con Mouloudji como protagonista.

La contribución del hijo, Bernard Thiraud, se limitaba a diseñar un plan para terminar el libro con el periodo de 1948 a 1982.

El sol inundaba la habitación. Me aproximé a la ventana; unas pesadas nubes negras se formaban en el horizonte, anunciando la tormenta. Volví a tumbarme en la cama con las manos bajo la nuca y allí me quedé, con la mente en blanco, hasta las ocho. Me tomé un café instantáneo y luego decidí ir a la comisaría.

Cuando llegué, sorprendí al sargento Lardenne subido a un mueble metálico que se balanceaba con el peso. Estaba descolgando un enorme mapa de carreteras de Francia, edición de 1971, que cubría prácticamente toda la pared de entrada.

—¿Qué hace usted, Lardenne? ¡Se va a romper la crisma!

Se volvió hacia mí y farfulló una respuesta en la que resultó imposible distinguir la mínima palabra.

—Hable más claro, no entiendo nada…

Se llevó la mano a la boca y escupió media docena de chinchetas.

—La Dirección Provincial de Recursos nos ha enviado un mapa actualizado. Incluye las nuevas carreteras, incluso el trazado de las autopistas programadas hasta el 85. Voy a tirar esta antigualla.

Me detuve un breve instante para admirar el talento que, como factótum, poseía el sargento. Desplegó el nuevo plano y lo colocó en la pared, clavando una chincheta cada veinte centímetros.

Una vez realizada la tarea, se bajó del archivador y vino a mi lado para juzgar su obra con la necesaria perspectiva.

—No hay comparación, inspector; introduce una nota de color en el despacho, ¿no le parece?

No lograba apartar la mirada del trazado de las autopistas que surcaban toda Francia. El grafista no había escatimado la paleta: las arterias más importantes estaban subrayadas mediante un trazo amarillo bordeado de dos líneas paralelas de un naranja vivo.

—Mire con atención el mapa, Lardenne. ¿No nota nada con

respecto a las autopistas?

Me observó con visible desconcierto.

—No, veo que hay un montón… ¿Cree que han cometido algún error?

—Observe cuidadosamente. ¡Es evidente! ¡Va a iniciar de nuevo la investigación! Desde ahora mismo.

—¿Qué investigación, inspector?

—¡No tenemos mil entre manos, Lardenne! Estoy hablando de la del asesinato de Bernard Thiraud. Vuelva a preguntar en todos los puestos de policía situados en la autopista entre París y Toulouse, gasolineras y restaurantes de carretera, en ambos sentidos. Ya tiene usted trabajo.

—Pero, inspector, me van a responder lo mismo que hace quince días. ¡Sin contar a los que les falle la memoria o me manden a paseo!

Me puse bajo el mapa. Con una regla, marqué un trayecto color naranja.

—¿Quién habla de preguntar a las mismas personas? Nos equivocamos de dirección la última vez. Quizá no viniera por la A10 sino por la A6…

—¡Eso es una tontería, hay que hacer trescientos kilómetros más!

—Pero se pueden hacer. Lardenne, esta noche quiero un informe por teléfono del trayecto hasta París. ¡No olvide nada: un rastreo a fondo! No dude en llamarme a cualquier hora, aquí o a mi casa. Que Bourrassol le firme la orden de salida, y buena suerte.

Lardenne se despidió y yo me dirigí a la Prefectura de Toulouse. Di el nombre de Lécussan a la recepcionista que controlaba el acceso a los pisos; me dejó pasar. El archivero jefe me saludó amistosamente en cuanto me vio. Se decidió a venir a mi encuentro, renqueando trabajosamente. Hacía un esfuerzo ímprobo por levantar el pie cojo a cada paso, cuando un simple deslizamiento de la prótesis sobre la tarima le habría evitado una sobrecarga de fatiga y habría puesto fin a esa penosa impresión que produce el contoneo de los discapacitados a los ojos de quienes los observan.

—Señor inspector, encantado de volverlo a ver. Nuestras antiguallas tienen su encanto, ¿eh?

Le di tiempo de llegar a mi lado antes de responderle.

—Sí. ¡Nunca lo hubiera sospechado! Me gustaría echar una nueva ojeada a los documentos del otro día, los que estaba revisando nuestro desgraciado joven.

—¿Va usted por buen camino? Si no resulta una indiscreción…

—¡Simple comprobación! Por otra parte, creo que lleva al día un fichero con las personas que solicitan consultar los libros.

—Claro. Es una norma en todas las bibliotecas administrativas francesas. ¿Por qué me lo pregunta, inspector?

Inventé rápidamente una explicación plausible.

—Es una idea del comisario Matabiau. Estamos en la pista de un jubilado de la Policía que conoció a la familia de Bernard Thiraud. Quisiera saber si su nombre anda rondando al azar por algún fichero.

Lécussan se mostró muy amable.

—Se lo puedo buscar yo; para mí, es simple rutina. Así podrá dedicarse a los informes.

—No hace falta. Muchas gracias. Indíqueme el lugar donde se encuentra el fichero.

—Está detrás de usted, en el despacho de la archivera adjunta. Cada ficha de lectura está numerada y después clasificada por orden cronológico.

—¿No por orden alfabético?

—No; no sería útil. Además, es un trabajo mecánico. Estas fichas nunca han servido para nada, pero la ley nos obliga a hacerlas.

La archivera adjunta, una mujer joven, con el rostro parapetado tras unas grandes gafas de concha, me entregó la colección de fichas del año en curso. Encontré sin dificultad la tarjeta sobre la que Bernard Thiraud había escrito su nombre, el motivo de su investigación y las referencias a los informes que deseaba consultar: «conjunto del registro DE».

Pasé un buen rato hojeando las fichas sin encontrar nada que se pareciera al nombre de Pierre Cazes.

Devolví el fichero a la archivera. Impulsado por una súbita inspiración, le pedí que me diera la compilación del año 1961. Abrí febrilmente el volumen por el mes de octubre. La sensación fue tan violenta que me cortó el aliento, cuando cayó en mis manos una ficha del 13 de octubre de 1961 a nombre de Roger Thiraud.

Cerré los ojos y la leí de nuevo por segunda vez, con calma, para estar seguro de no equivocarme.

«Prefectura de Toulouse-Biblioteca Administrativa»

FECHA: 13-X-1961

Nombre del solicitante: Roger Thiraud
Domicilio: París 2.°
Objeto de la consulta: personal
Tipo de documentos consultados: conjunto apartado «DE».

Devolví el documento a la joven.

—¿Ha encontrado lo que quería, señor?

—Creo que sí, gracias.

El jefe de servicio me esperaba en el pasillo, con una caja de fichas archivadas que mantenía bajo el brazo.

—Ahí tiene el apartado DE. Son exactamente los mismos papeles de

cuando nos visitó usted anteriormente. Quizá ahora tenga más suerte. ¿Ha encontrado la pista de ese antiguo policía?

—No, creo que el comisario Matabiau se equivocaba.

Extendí el contenido de la caja en una mesa de consulta y seleccioné las diferentes carpetas. Dejé a un lado las de DEducciones, DEfensa pasiva y otro, DEsbrozado, DEsinfecciones, para concentrar toda mi atención en las decenas de documentos con la referencia DEportación.

Afronté con disgusto el horror insidioso de las notas de servicio que intercambiaban los funcionarios con el fin de perfeccionar la máquina de triturar cuerpos. Una serie de cartas sacaba a la luz las diferentes fases de la deportación de los niños judíos de la región de Mediodía-Pirineos. En primer lugar, una carta del «Secretario para asuntos judíos» de la Prefectura de Toulouse, firmada con las iniciales A. V., preguntando a Jean Bousgay, ministro del Interior, si tenía que ejecutar las órdenes alemanas. Éstas preveían el envío a Drancy de los niños judíos cuyos padres habían sido ya deportados.

El ministro respondía afirmativamente. El «Secretario para asuntos judíos» de Toulouse daba instrucciones a la Policía Local para poner en marcha el programa nazi.

¡El perfecto funcionamiento de la administración local iba a permitir que esta región arrebatara el primer puesto a París en el campeonato del terror, muy por delante del resto del país!

Ningún documento mencionaba el nombre de Pierre Cazes; no tenía ánimos para empezar de nuevo. Volví a colocar todas las carpetas en la caja. Llamé a la puerta del despacho de Lécussan sin obtener respuesta. Di una vuelta por todas las secciones sin encontrarle ni escuchar el característico sonido de su desplazamiento. Terminé por dirigirme a su adjunta:

—¿Se ha marchado el archivero jefe?

—No, el señor Lécussan ha salido hará unos diez minutos. ¿Quiere dejarle algún recado?

—No merece la pena. Dele simplemente las gracias de mi parte por su inestimable ayuda.

* * *

Las primeras gotas de lluvia me sorprendieron en las escaleras del pórtico de la Prefectura. Unas ráfagas de viento, cada vez más violentas, levantaban el polvo seco acumulado en las aceras y las alcantarillas. Me apresuré a volver a la Comisaría para evitar que me cayera encima la tormenta.

Aún no eran las seis, pero ya estaba oscuro: una cortina de gruesas nubes ensombrecía el cielo. Se habían encendido los plafones de la

sala de juntas y una luz pálida envolvía la habitación en una atmósfera siniestra. La llamada telefónica de Lardenne me sorprendió en el despacho de Matabiau, buscando una guía telefónica de Toulouse.

—Inspector, quizá tenga razón; creo que estoy en una pista…

—¿Desde dónde me llama?

—Desde Saint-Rambert d'Albon, en la A6, entre Lyon y Valence. ¡He recorrido más de quinientos cincuenta kilómetros desde Toulouse! Es un rincón muy bonito, se puede ver el Ródano abajo. No queda lejos del monte Pilat…

—Ya me leerá el folleto de turismo en la próxima sesión del comité de empresa, Lardenne. ¿Qué ha encontrado?

—Mañana lo sabré con certeza… Acabo de citarme con unos policías de Tráfico que se encargan de la autopista entre Lyon y Aviñón todo el día. Uno de los chicos estaba de servicio la noche siguiente al asesinato de Bernard Thiraud. Trabajaba de pareja con otro policía, por eso necesito esperar a mañana.

—Explíquese con más claridad. ¡Resulta aún más difícil entenderlo que cuando tiene un puñado de chinchetas en la boca!

—En dos palabras, François Leconte, el motorista en cuestión, estaba comprobando la documentación de un camionero, a la altura de Loriol, pasado Montelimar. A las once y cincuenta y siete exactamente…

—¡Vaya memoria!

—No, es que le puso una multa al camionero; la hora figura en la matriz del talonario… Mientras tanto, su colega detuvo a un Renault 30 TX negro que circulaba a más de ciento cincuenta por hora…

—¿Matriculado en París?

—Estoy en ello. En todo caso, el conductor se identificó como un pez gordo. Enseñó un carné con la bandera; al menos es lo que François Leconte recuerda. Estaba ya a punto de rellenar la multa…

—¡Pregunte a su colega, iremos más deprisa!

—Precisamente ahí está el problema. Se encuentra de vacaciones desde principios de semana. Estoy intentando localizarlo. Creo que está de camping en Bretaña.

—¡Vaya suerte! Nuestro único testigo está en plena naturaleza, sin teléfono…

—¿Quiere que me dé una vuelta por Brest, inspector?

—No, siga sonsacando a los motoristas y trate de obtener la dirección de su colega. Eso parece encajar a la perfección. El crimen sucedió a las seis. Tuvo que hacer quinientos kilómetros antes de medianoche, incluida la salida de Toulouse… Estamos avanzando, lo presiento. Cuando haya acabado en Saint-Albert de Rambon…

—Saint-Rambert d'Albon.

—¡Como sea! En cuanto termine, salga inmediatamente hacia París. Espéreme en mi hotel, no tardaré en llegar.

—Coja la A10, inspector, es un camino más directo. Sigo sin comprender por qué, si se trata de nuestro hombre, hizo el trayecto ida y vuelta de París a Toulouse por la autopista del Sol, en lugar de seguir sencillamente el itinerario por Burdeos. Lo he calculado: París-Burdeos-Toulouse, ida y vuelta, son 1.600 kilómetros, mientras que París-Lyon-Montpellier-Toulouse, ida y vuelta, pasa con mucho los 2.200 kilómetros. ¡No creo que haya hecho seiscientos kilómetros de más para contemplar el paisaje!

—El monte Pilat nada tiene que ver con este caso, Lardenne; ¡al menos de eso estoy seguro!

—Entonces, ¿por qué?

—Porque, hasta el momento, él es quien fija las reglas del juego…

* * *

Tenía que tramitar diversos expedientes aún en vías de resolución; me decidí a abandonar las dependencias de la comisaría a la llegada del turno de noche. Un pesado bochorno dejaba atrás el frescor de la tormenta vespertina. Al contacto con el asfalto recalentado, el agua se evaporaba; una especie de vaho nauseabundo subía del suelo. Decidí bajar andando hasta mi casa. Rodeé la iglesia de Saint-Sernin para dirigirme hacia el Garona por la calle Lautmann. Ya había pasado la ola de vehículos y peatones que utilizaban el puente Saint-Pierre a las horas de entrada y salida de las oficinas. Seguí paralelo al río para alcanzar el barrio de los Catalanes, así me ahorraba un rodeo por la alameda de Brienne.

A la altura de la avenida Séjourné, tuve por primera vez la sensación de que alguien me seguía, como un eco desfasado de mi propio movimiento. Caminé unas decenas de metros más para asegurarme y me giré bruscamente escrutando el muelle. Una silueta se destacó a la luz de una farola, pero no pude distinguir sus rasgos, velados por el contraluz. El hombre, bajito, se apoyaba ostensiblemente sobre la pierna derecha. Me estaba apuntando con una pistola oscura, cuyo cañón destellaba con la luz. Me di cuenta de que había otra farola a menos de dos metros detrás de mí. Mi adversario debía distinguirme también en la penumbra. Dirigí lentamente el brazo derecho hacia el vientre y me desabroché la chaqueta con infinitas precauciones. Mi tentativa no provocó reacción alguna en quien me estaba apuntando. No era difícil comprender que utilizaba un arma por primera vez en su vida: estaba con los miembros tensos, la columna vertebral rígida; sostenía el arma con el brazo extendido, dirigido a la altura de mi rostro.

A esa distancia, no tenía ni una posibilidad entre diez de acertarme. Habría tenido que flexionar las rodillas, doblar los riñones, plegar el brazo derecho, apuntarme al pecho, asegurando la estabilidad de la postura con ayuda de la mano libre.

Le interpelé para distraerlo aún más.

—¿Qué quiere? Si se trata de dinero, estoy dispuesto a arrojarle la cartera…

—Eso no me interesa, inspector Cadin, no necesito dinero. No tenía que haber metido las narices donde no le llamaban… Yo no quería…

El tono de voz me resultaba familiar, pero no conseguía identificarlo exactamente. El hombre se encargó de refrescarme la memoria, balanceando un pie deforme hacia delante.

—Está loco, Lécussan. No saldrá de ésta con vida. Baje el arma mientras está a tiempo.

El archivero jefe avanzaba, siempre con paso irregular, apuntándome con la pistola.

Por mi parte, había logrado liberar la presión del estuche. Me dejé caer hacia la izquierda, sosteniendo en mi caída la culata de la Heckler. Instintivamente, mi dedo índice se deslizó por ella y desbloqueó el seguro antes de apoyarse en el gatillo.

Tendido sobre el pavimento húmedo del muelle, vacié la primera bala del cargador, al tiempo que del puño de Lécussan salían chispas. El proyectil silbó por encima de mi cabeza. Apreté varias veces más el gatillo, sin pensar, jadeando. Sólo el miedo a morir me impulsaba a disparar. Lécussan se había desplomado después de su primer disparo. Su arma había caído en un charco de agua. Me levanté para recogerla. Al orientarla hacia la luz para eliminar los reflejos, pude distinguir la inscripción grabada en el cañón: «Llema. Gabilondo. Y. Vitoria».

Un modelo idéntico al utilizado por el asesino de Bernard Thiraud.

Lécussan estaba muerto. Dos de mis proyectiles le habían partido el cráneo, un tercero se había alojado en el pie deforme, justo por encima del talón. Llamé por teléfono a la comisaria desde una cabina situada en el muelle. Di la consigna imperativa al jefe de guardia de que la información se mantuviera en secreto durante veinticuatro horas.

Los transeúntes, intrigados por las detonaciones, empezaban a hacer corros, pero ninguno se atrevió a preguntarme por lo ocurrido…

Mientras me alejaba, escuché la sirena estridente del SAMU mezclada con la del furgón policial que llegaban al lugar del tiroteo.

A las doce y media de la noche, el expreso de París salía de la Estación Central de Toulouse. Afortunadamente, pude conseguir una litera. Me dormí antes de pasar Montauban, arrullado por los ronquidos satisfechos de dos comerciales.

Capítulo IX

Se habían acostado temprano, como de costumbre. Ella dormía sin ruido; él la miraba con ternura, desde la penumbra. No cesaba de dar vueltas en la cama, molesto por las sábanas, por el calor procedente del colchón, sensible como nunca al mínimo rumor que llegaba del jardín, o a los crujidos de la escalera. No era su enfermedad lo que le impedía descansar, ni el último examen del médico a media tarde de aquel mismo día.

Hacía tiempo que sabía que le estaban engañando. Exactamente un año, cuando había empezado a leer los libros de medicina que su mujer escondía en el trastero. Luego, lo había notado en la forma de arrojarse con avidez sobre el más pequeño artículo…

Había comprendido que su úlcera no era tal y que la bestia inmunda lo devoraba desde su propio interior.

Aparentaba no enterarse de nada, como si creyera lo que le decían. Cuidaban de él, escogían sus platos, le ahorraban el más mínimo esfuerzo.

De esta manera, habían conseguido un año de felicidad, una prórroga de unas decenas de semanas… ¡la eternidad en suma!

No, si el sueño no llegaba, no era por esa razón, sino por la visita de ese insignificante poli de Toulouse y por todo lo que había conseguido reavivar: recuerdos, asco, vergüenza. No dejaba de pensar en ello. Las imágenes desfilaban, trágicas, por su memoria, saltándose los buenos momentos que habían señoreado hasta entonces su día a día. Se levantó. Su brusquedad despertó a su mujer, siempre al acecho.

—¿Te encuentras mal? ¿Quieres algo, una infusión?

La tranquilizó y se dirigió hacia el teléfono de la entrada. Marcó el número de la comisaría que le había dejado el inspector Cadin. El policía de guardia descolgó el auricular.

—Quisiera hablar con el inspector Cadin, es muy importante.

—El inspector no está en Toulouse, se marchó a París urgentemente para seguir una pista.

—¡No puede ser! ¡Qué idiota…! ¿Puede darme el número de teléfono de su hotel?

—Lo siento, señor.

Colgó el teléfono, reflexionó un momento y luego se vistió a toda prisa. Sacó una caja de cartón escondida encima del armario y, de entre un trapo grasiento, extrajo una pistola Browning modelo 1935, su arma preferida. Sacó el cargador y lo llenó de balas. Lo cerró con un golpe seco de la palma de la mano.

Su mujer estaba de pie delante de él, en silencio. Era inútil

pronunciar cualquier palabra.

Cuando terminó de comprobar el arma, la deslizó en el bolsillo de su americana y se dirigió al garaje.

El Mercedes verde metalizado respondió al primer intento de arranque, sin necesidad de utilizar el estárter.

Menos de diez minutos más tarde, Pierre Cazes circulaba por la autopista en dirección a París. Llevaba puestas las luces largas y la aguja del cuentakilómetros no bajaba de 180.

Capítulo X

El sargento Lardenne acababa de desayunar en el bar del hotel, intentando descifrar las definiciones del crucigrama de *Le Figaro*. Lo vi dejar a un lado su rebanada de pan untada con mantequilla y llenar varias líneas de una sola vez.

—¡Buenos días, Lardenne! ¡Por lo que veo, también es aficionado a los crucigramas! ¡Debería ir al casino de vez en cuando! Es lo único que le falta…

Se sobresaltó al oír mi voz.

—¡Ya está en París, inspector! No le esperaba hasta la tarde. Ha viajado de noche… ¿Ha podido dormir?

—Sí, conseguí una litera. ¿Ha logrado encontrar al motorista?

—Sí, ayer noche hacia las once. En el camping de Marrek, en Trebeurden. Un policía de Lannion se acercó por allí y condujo al motorista hasta la comisaría de Trebeurden. Hablé con él por teléfono. El Renault 30 TX está efectivamente matriculado en París. Tengo que ponerme en comunicación con Tráfico para que me den el nombre del propietario…

—¿No lo anotó?

—No. Tan pronto como lo pararon, el tipo sacó un carné con la bandera francesa; se puso a vociferar que estaba de servicio. El policía lo dejó marchar, pero retuvo el número, por rutina. El 3627 DHA 75.

—Excelente, Lardenne. Yo me encargo de comprobar el nombre del propietario del coche. Usted corra a casa de la señora Thiraud, calle Notre-Dame de Bonne-Nouvelle. Pregúntele si se acuerda de que su marido hiciera un viaje a Toulouse en octubre de 1961, pocos días antes de su muerte. Luego, pase a recoger a Claudine Chenet a su domicilio. Espérenme los dos muy quietecitos en el Café du Palais. Se encuentra a orillas del Sena, un poco más arriba de la Prefectura. Allí estaré yo a las dos.

La mañana dio de sí lo justo para permitirme pasar por Tráfico, obtener el nombre del propietario del Renault, encontrar el vehículo y conversar con su chófer habitual.

Acto seguido me puse en contacto con el responsable de Asuntos Generales de la Prefectura de Toulouse, el cual respondió favorablemente a mis preguntas. Para concluir, me cité con Dalbois.

—¡Hola, Cadin! ¿Mi carta te ha servido para algo? No me ha sido fácil dar con tu hombre, ¿sabes? Mantienen todo en riguroso secreto. ¿Era él o no?

—Sí, él ejecutó a Roger Thiraud en el 61, cumpliendo órdenes. Por el contrario, no creo que tuviera nada que ver con el asesinato del

hijo. De hecho, me he encontrado frente a un jubilado enfermo que no desea más que una cosa: que le dejen tranquilo. A menos que sea muy buen actor…

—Es muy posible; tu apacible jubilado se ha movido después de tu visita. Me han llegado noticias procedentes del colega que me ha pasado su ficha. Sobre todo, no te fíes de esa clase de individuos ¡Para hacer un trabajo como ése, no valen niñatos! Ten mucho cuidado…

—Puede que tengas razón. No le perderé de vista. Mi entrevista con él me ha sido de gran utilidad. Si no me equivoco, estoy pisando los talones al asesino. ¡Sólo me falta una pieza y el rompecabezas quedará completo!

—Y, si no me equivoco, piensas encontrarla aquí…

—Tienes razón. Sólo me falta una confirmación. Tengo formada mi opinión, pero ya sabes que hacen falta pruebas… Cada funcionario de la Policía es seguido por la Administración, desde el día de su entrada en servicio hasta el que se retira. Yo tengo mi expediente y tú el tuyo. Cada año se pone al día con una mención del superior jerárquico, ¿no es así?

—Sí, es natural. ¡No veo cómo podría dirigirse un cuerpo de casi cien mil hombres de otra manera!

—No critico el sistema. Toda nuestra carrera se resume en ese documento, que se transmite al comisario en el momento de los traslados. Cuando llegué a Toulouse, Matabiau conoció mi trayectoria y la opinión de mis anteriores superiores. Pues bien, desearía tener una fotocopia de un expediente de ese tipo. ¿Es posible?

—¿Tu expediente personal? No, no puedo. Está archivado en Toulouse. Aquí sólo puedo acceder al fichero de París.

—¡Me importa un bledo mi expediente; me lo sé de memoria! Lo que quiero es consultar el de un funcionario de la Prefectura de París.

—Así está mejor. Voy a buscar a un delegado sindical que pueda echar una ojeada al servicio de personal…

—¿Tú compadreando con los sindicatos? ¡Es lo último que me esperaba de ti!

—Moderadamente. Cuando uno curra en Información General es indispensable tener amigos hasta en el infierno… algunos resultan sorprendentes, pero son útiles. Los sindicatos de la Policía son bastante especiales, sobre todo los minoritarios. Cuando consiguen menos del diez por ciento de votos en las elecciones, entonces buscan apoyos en cualquier sitio. Moraleja: es el momento de intervenir. Si logran crecer, uno siempre puede recordarles algunas relaciones poco recomendables. Todo se negocia, especialmente la honradez. Dame el nombre del tipo y espérame en el pasillo. Te traigo el documento dentro de una hora.

* * *

Por toda comida me conformé con un *souvlaki* comprado en el puesto de un falso griego. Engullí el bocadillo mientras caminaba hacia la isla de la Cité. Demasiada cebolla.

El sargento Lardenne y Claudine Chenet charlaban, sentados tranquilamente en la terraza del Café du Palais. Se había puesto un vestido; por primera vez pude ver sus piernas esbeltas y bronceadas. Se levantó cuando me acerqué.

—¿Qué sucede, inspector Cadin? Su colega no quiere decirme nada. ¿Hay algo nuevo?

—Sí, ya no estamos lejos del desenlace. Quiero que esté presente cuando el asesino de Bernard confiese. ¿Se siente con fuerzas?

—Sí, vamos.

Entré en el patio de la Prefectura, seguido del sargento y de Claudine. Un Mercedes verde metalizado estaba aparcado en el patio principal. Un ujier uniformado nos indicó la puerta C, tendiendo el brazo hacia la bóveda. Habían instalado un despacho y un sillón a la entrada. El ordenanza nos detuvo al pie de una escalera monumental.

—¿Qué desean ustedes?

Avancé hacia él.

—Quisiéramos una entrevista con el señor Veillut.

—El señor director está ocupado. Está en audiencia. ¿Tiene cita con él?

Respondí negativamente. Me tendió un registro y una pluma.

—Escriba su nombre y el motivo de su visita en este cuaderno.

Rechacé el registro.

—¡No podemos esperar! Acabo de llegar de Toulouse especialmente para hablar con él. Coja el teléfono y comunique al señor Veillut que el inspector Cadin está aquí y que quiere verle ahora mismo.

De mala gana, marcó el número del director de Asuntos Criminales. Cuando colgó el teléfono, bajó la cabeza y dijo con voz ahogada:

—Es imposible, señor Cadin. Intente volver por la tarde o mañana…

Decidí no hacerle caso. El ujier trató de interponerse, pero le empujé sin consideración alguna. Una alfombra gruesa cubría los peldaños, subíamos sin hacer el menor ruido.

El estruendo seco de una detonación nos sorprendió en el momento de llegar al segundo piso, donde se encontraba el despacho de Veillut. Lardenne sacó su arma, instintivamente, mientras que mi primer impulso fue pegarme al suelo con Claudine. Desenfundé también mi arma. Un segundo disparo resonó entonces al otro lado de la puerta del despacho. Unos policías uniformados irrumpieron en el rellano. Por un instante, creyeron que éramos un grupo de asesinos y nos

apuntaron con sus armas.

Levanté los brazos.

—Somos colegas. Soy el inspector Cadin, de Toulouse. ¡Los disparos proceden del despacho del director!

Dos policías tomaron posiciones a uno y otro lado de la puerta. Se disponían a echarla abajo, pero no tuvieron necesidad de poner en práctica su proyecto, porque la puerta de abrió, dejando paso a un hombre viejo con el rostro totalmente desencajado, como si estuviera herido por dentro.

Lardenne me tocó en el hombro.

—¡Pero si es el jubilado de Montauban!

Los policías se habían quedado inmóviles, sorprendidos por la aparición de aquella figura trágica.

Entré en el amplio despacho de Veillut. El director de Asuntos Criminales había muerto. Un hilo de sangre brotaba de su sien, absorbido enseguida por la espesa moqueta azul. Cerca de él estaba colocada una Browning, un viejo modelo de colección de antes de la guerra.

Cuando regresé al pasillo, Pierre Cazes esbozó una dolorosa sonrisa.

—Te habría liquidado, chaval…; era una muerte anunciada.

Y se lo llevaron.

* * *

Un poco más tarde, mientras comíamos en un pequeño restaurante turco, cerca del Sentier, Lardenne y Claudine me cosían a preguntas.

—Nunca se sabrá si de verdad fue él el asesino. ¿Cómo lo adivinó?

—Pues está muy claro… Fue Veillut quien mató a Bernard Thiraud el 18 de julio pasado en Toulouse. Él también ordenó el asesinato del padre de Bernard en octubre del 61, mientras dirigía las Fuerzas Especiales.

—¿Está seguro?

—¡Por supuesto! El 18 de julio, Lécussan, el archivero jefe de la Prefectura de Toulouse, llamó por teléfono a Viellut para advertirle de que un joven llamado Bernard Thiraud había solicitado consultar los documentos clasificados en el apartado «DE». Lo mismo que veintidós años antes había hecho otro Thiraud…

Claudine me interrumpió.

—¿Cree que eso es una prueba? ¿Cómo puede asegurar que Lécussan le llamó? Él también ha muerto.

—Un poco de paciencia. La llamada telefónica se produjo. La Prefectura de Toulouse posee una central electrónica que selecciona las llamadas y las clasifica por servicios. Esta central fue instalada por motivos de rigor presupuestario, para determinar el consumo

telefónico de cada empleado. Las comunicaciones urbanas se graban una tras otra en una casete, pero las llamadas interurbanas e internacionales se detallan aparte. Con una simple solicitud, el sistema puede proporcionar la lista de llamadas desde tal o cual extensión. Lécussan utilizaba la 214. La cinta grabó una comunicación con la Prefectura de París el 18 de julio a las 8:46 horas. Si quieren tener completa seguridad, llamen a Trombel, del servicio de asuntos generales de la Prefectura de Toulouse, que tendrá el gran placer de confirmarlo.

Claudine y Lardenne sacudieron la cabeza al mismo tiempo. Yo seguía lanzado.

—Creo que él pidió a Lécussan que se deshiciera de Bernard Thiraud, pero el otro se negó pretextando su defecto físico. Veillut estaba acorralado. No vaciló ni un segundo. Abandonó su despacho al momento; su rango le permitía esos privilegios. Bastaría con interrogar a su secretaria o al bedel para confirmarlo. A pesar de todo, le reconozco una dosis de ingenio: cualquier criminal se habría precipitado hacia Toulouse utilizando el camino más corto y nos habría facilitado su detención. ¡La autopista A 10 París-Burdeos-Toulouse! El tipo ha obrado con astucia. No tenía ni la más ligera duda de que a nosotros lo primero que se nos ocurriría sería ir verificando los lugares de paso. Nos ha engañado escogiendo el camino más largo, la autopista del Sol. Un verdadero recorrido turístico: París-Lyon-Aviñón-Carcasona-Toulouse. Mil cien kilómetros… Tú, Lardenne, te hiciste el recorrido completo por Burdeos, en los dos sentidos, interrogando a los gerentes de los restaurantes de carretera, a los empleados de las gasolineras, de peajes, Policía de Tráfico… Total para nada. Creímos andar tras la pista de un coche fantasma. ¿Quién podía adivinar que un tipo más astuto que los demás se tragaría una propina de trescientos kilómetros a la ida y otros tantos a la vuelta para confundir las pistas? ¡Ha estado a punto de salirle bien! La Dirección Provincial de Recursos del Alto Garona nos proporcionó la pista, sin saberlo, al sustituir el viejo mapa de carreteras por uno actualizado, en el que las líneas de las autopistas son casi fosforescentes.

El rostro de Lardenne se iluminó.

—Ya decía yo que lo del mapa tenía su importancia.

Volví a mi exposición de los hechos.

—Veillut cubrió los mil cien kilómetros con la aguja a tope. Solo paró para llenar el depósito y nada más. Llegó a Toulouse antes de las seis y aparcó delante de la Prefectura para esperar la salida de Bernard Thiraud. Lécussan se lo había descrito por teléfono y se las arregló para retenerlo hasta la noche. Cuando el joven apareció, lo siguió y lo asesinó en el momento propicio. Salió zumbando inmediatamente

hacia París, a fin de que pudiera constatarse su presencia en el despacho desde primeras horas de la mañana. Para su desgracia, el destino se interpuso en su camino. Esta vez se presentó bajo la foma de un motorista en los alrededores de Montélimar… en…

El sargento completó la frase.

—Saint Rambert-d'Albon.

—Gracias, Lardenne. A las 11:57 exactamente, aquella misma noche. El motorista nos ha proporcionado el número de matrícula del vehículo en cuestión, un Renault 30 TX. He estado charlando un rato con el chófer de Veillut en el garaje de la Prefectura… Como todos los conductores profesionales, está pendiente de su herramienta de trabajo. Sobre todo, porque, en caso de avería, se la carga él. No se le pasó por alto el salto en el cuentakilómetros la noche del 18 al 19 de julio. ¡Más de dos mil kilómetros! Y mucho más cuando había programado el cambio de aceite para el 21: el coche alcanzaba ya los 35.000 kilómetros. Veillut no le dirigía nunca la palabra; si no, le habría señalado que el jefe del garaje le había echado una bronca por haber sobrepasado el kilometraje de mantenimiento.

Claudine había permanecido en silencio hasta entonces.

—Es curioso, pero su muerte no me alivia lo más mínimo… Creía que el arresto del asesino de Bernard me haría feliz…

Pagué la comida. En la acera, antes de que se alejara, le dije bajito:

—Podríamos cenar juntos esta noche, no me voy hasta mañana por la mañana.

Ella hizo una señal en dirección a Lardenne y bajó la voz.

—¿Con el sargento?

—No, él prefiere las compañías electrónicas. ¡Está esperando con impaciencia que inventen el plato-vídeo!

—De acuerdo. Nos vemos a las ocho. Pase a recogerme a casa. ¿Se acuerda de la dirección?

¡Como si un policía de mi temple pudiera olvidar una información de esa importancia!

Capítulo XI

El juez declaró culpable a Pierre Cazes a la caída de la tarde, poco después de las siete. Se dudaba de que pudiera sobrevivir hasta el proceso. Una buena ocasión para echar tierra sobre el asunto. Corrí a buscar a Claudine Chenet. Me abrió la puerta. No me dejó tiempo ni de ver la habitación en la que entraba. Se abrazó a mí y me cogió la cabeza con las manos. Las mías se deslizaron por su espalda. La besé con los ojos cerrados, mientras que con el pie derecho empujaba la puerta que daba al pasillo. Se separó de mí en silencio y se sentó en el borde de la cama. La miré sin atreverme a hacer nada: estaba llorando.

—¿Por qué lloras? Todo ha terminado. Hay que olvidar…

—No, no es por lo que crees. Siento vergüenza de ser feliz después de todo lo sucedido. No puedes comprender cuán sola me he sentido, abandonada desde aquel día… Necesitaba sentir a alguien cerca de mí…, concretamente, a ti. Es difícil confesar esto, pero no quiero que se apodere de mí la desgracia, como a la madre de Bernard.

Me sonrió y me besó de nuevo.

—¡Venga, se acabó! ¡Ya no lloro más! Mira, he comprado fruta. Fresas y melocotones, ¿te apetece?

Me senté en la cama y la tomé entre mis brazos.

—Yo también te necesitaba, desde el primer día.

—No volveré a hablar de ello, te lo prometo. Pero explícame por qué ese viejo desgraciado se la tenía jurada a Bernard. Y a su padre. Necesito comprender. ¿No será un secreto?

—No. Los periodistas deben estar trabajando duro sobre el caso en todas las redacciones parisinas. André Veillut no tenía nada en contra de la familia Thiraud. Vio una sola vez a Bernard, en Toulouse. Creo que ni siquiera conocía a Roger Thiraud…

—Entonces, era un loco…

—No, un simple funcionario. Comenzó su carrera administrativa en 1938, en Toulouse. Tenía sólo veinte años. Intentaba conquistar la Prefectura lo antes posible, a base de méritos. En menos de un año, pasó a ser secretario general adjunto encargado de la sección social: se ocupaba de la ayuda a familias necesitadas. En 1940 dirigía la organización de la asistencia a personas desplazadas y la acogida de los franceses que huían del avance de las tropas alemanas. En 1941, sus competencias se extendieron al departamento de «Asuntos de refugiados y judíos».

»Como buen funcionario, Veillut siguió al pie de la letra las instrucciones del Gobierno de Vichy. Organizó celosamente el traslado

de las familias judías hacia el centro de reagrupamiento de Drancy. Ni por convicción política ni por antisemitismo, simplemente por obediencia al reglamento y por ejecutar las órdenes de la superioridad. Actualmente, montones de sórdidos jefes de servicio deciden la cantidad de tomates o melocotones que irán a parar al vertedero a causa de un exceso de producción. Para ellos, los miles de toneladas de fruta que acabarán rociados de fuel tan sólo son un número y un código en una relación mecanografiada. En 1942-1943, Veillut hacía lo mismo, alimentaba la máquina nazi de destrucción y liquidaba a centenares de seres humanos en lugar de gestionar los excedentes de stock. Lécussan trabajaba con él, en la secretaría administrativa. Un equipo temible: la región que cubrían estaba a la cabeza de todas las regiones de Francia en cuanto a deportaciones de niños judíos. En las otras prefecturas, la gente intentaba ocultar las documentaciones, poner sobre pistas falsas a los esbirros de la Gestapo. Nada de eso sucedía en Toulouse, Veillut se anticipaba a los deseos de los alemanes. Por simple prurito de eficacia. Nunca se habría producido una masacre semejante si los nazis no hubieran contado con la complicidad de muchos franceses. Incluso delataron a niños menores de dos años, que quedaban fuera de la legislación del Gobierno Pétain…

—Pero el padre de Bernard era un niño en esa época. Él no pudo andar mezclado en todo eso.

—Roger Thiraud nació en Drancy, ésa es la relación. ¡Y de qué manera! Para entretener sus ratos de ocio, redactaba una pequeña monografía sobre su ciudad natal; ese librito que me dejaste. Excepto Crette de Paluel, Drancy no tenía ningún interés, salvo el campo de concentración que la hizo tristemente famosa. El padre de Bernard le ha consagrado un largo capítulo, así como al proyecto inicial de los arquitectos de edificar allí una ciudad futurista. Compulsó centenares de documentos de arquitectura, estadísticas, listas de nombres. Y un buen día se dio cuenta de la cantidad desproporcionada de niños deportados desde la región de Toulouse. Como historiador consecuente, se dedicó a investigar las causas de semejante desproporción. Quizá existía aquí una comunidad judía importante, o un centro de reagrupamiento interregional… Roger Thiraud se trasladó a Toulouse, primero al Ayuntamiento y luego a la Prefectura. Enseguida comprendió, al estudiar con detalle los documentos clasificados en el apartado «DE», que la responsabilidad del numeroso contingente de niños incumbía a un alto funcionario tolosano encargado de asuntos judíos, identificado sólo por las iniciales A. V. Volvió a París decidido a encontrar la identidad de ese desconocido. Para su desgracia, Lécussan, que ocupaba el cargo de archivero jefe, estaba al corriente de su visita y del objeto de sus investigaciones. Al

momento advirtió a Veillut de que un historiador se interesaba demasiado por unos documentos de contenido comprometido.

Claudine me interrumpió.

—¿Pero no hubo una investigación después de la Liberación para determinar las responsabilidades de cada cual?

—Claro que sí. Veillut y Lécussan no son idiotas. Lo han demostrado quedando al margen de toda sospecha durante más de cuarenta años. A principios del 44, se dieron cuenta de que los grandes momentos de la colaboración tocaban a su fin, que pronto tendrían que rendir cuentas. Tomaron sus distancias con Vichy y consagraron sus esfuerzos a ayudar a la Resistencia de forma notoria. ¡Veillut fue condecorado por su valor en el momento de la Liberación! Nadie se hubiera permitido dudar de los méritos de un héroe que exhibe el distintivo de la medalla al valor en la solapa. A partir de ese momento, Veillut no ha cesado de subir peldaños: secretario general de la Prefectura de Burdeos en 1947, jefe de gabinete del prefecto de París en 1958. En el curso del año 1960 se le confió una misión secreta: formar un equipo encargado de liquidar a los responsables del FLN más activos. En 1961, su campo de acción se extendió también a la OAS.

Cogí un albaricoque de la fuente de fruta y seguí.

—… Cuando en 1961 Lécussan le avisó de las investigaciones llevadas a cabo por Roger Thiraud, el padre de Bernard, Veillut utilizó con total desenvoltura las competencias de uno de sus hombres, Pierre Cazes. Evidentemente, omitió el verdadero motivo de la ejecución de Roger Thiraud. La semana pasada, el policía estaba aún convencido de que había puesto fin a las actividades de un peligroso terrorista. Como buen profesional, Pierre Cazes aprovechó los disturbios del 16 de octubre de 1961, la manifestación argelina, para cumplir con su misión. Bernard, al querer terminar el libro de su padre, llegó a las mismas conclusiones sobre la deportación de niños que su padre había formulado antes. Quiso comprobar las fuentes y el resultado es que corrió la misma suerte. Pero esta vez de la propia mano de Veillut. Veinte años después de su padre…

—¿Crees que la prensa publicará toda la verdad?

No podía responderle que ya me habían ordenado rebajar el tono de lo sucedido. En el ministerio estaban preparando un argumento más conforme con la idea que los ciudadanos tenían que hacerse acerca de los vigilantes del orden público.

—Quizá no salga completa, pero tendrán que soltar un buen trozo.

Claudine se inclinó y se apoyó contra mi pecho. Dejé de hablar. Suavemente, le acaricié los cabellos, meciéndola a derecha e izquierda, como si la estuviera acunando y protegiendo a la vez. El sueño me sorprendió, mucho más tarde, envuelto en el olor de su piel.

Epílogo

Lardenne regresó a Toulouse sin mí. Me tomé un día de descanso. Claudine y yo habíamos salido para recoger mi maleta en el hotel. La estación de Bonne-Nouvelle se encontraba muy cerca de allí. Estaba en obras. Una decena de obreros, encaramados en unos andamios, intentaban arrancar las sucesivas capas de carteles que cubrían los paneles publicitarios. Más lejos, al borde del andén, otros dos obreros rascaban los azulejos blancos con espátulas metálicas.

Al rasgarse, los carteles desvelaban viejos anuncios de diez o veinte años antes.

Una pareja de punks con el pelo de punta, teñido, se besaba bajo un cartel de Savignac que proclamaba los beneficios del aceite Calvé, el aceite ligero, cien por cien vegetal.

Un ejecutivo joven, con el portafolios en la mano y los auriculares puestos, deambulaba delante del eslogan de un agua mineral: «Y badadí y badadá…».

Claudine se detuvo en un extremo del muro. Me enseñó una baldosa de cerámica medio recubierta de jirones de un papel amarillento, que se resistía a los esfuerzos de un trabajador argelino. No se podía leer más que una parte del texto, pero el sentido general se entendía perfectamente:

> *… está prohibido en Francia… culpable será condena…, corte marcial… lemana… nadie que lleve… súbditos jud… pena que puede llegar a la mue… elementos irrespon… apoyar a los enemigos de Alemania.*
>
> *… avisa… culpables ellos mismos y la población de los territorios ocupados.*
>
> *Firmado: el Militärbefehlshaber*
> *Stülpnagel*

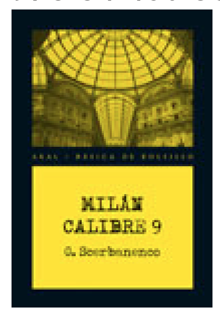
Aubervilliers.
Enero-febrero de 1983



TRAIDORES A TODOS
Giorgio Scerbanenco
978-84-460-3618-0



MUERTE EN LA ESCUELA
Giorgio Scerbanenco
978-84-460-3619-7



MILÁN CALIBRE 9
Giorgio Scerbanenco
978-84-460-3548-0



VENUS PRIVADA
Giorgio Scerbanenco
978-84-460-3614-2



LOS MILANESES MATAN EN SÁBADO
Giorgio Scerbanenco
978-84-460-3549-7